
CIRCULO DEL CRIMEN
SUBITA MUERTE
DE MI DAMA FAVORITA
STANTON FORBES
A CENTURY
of
PROGRESS
EDICIONES
FORUM
Nº 28

Annotation

La ciudad de Chicago vibraba de animación ante la próxima inauguración de la Feria Mundial. Corría el año 1933 y para Buddy Carmody los acontecimientos se precipitaron: su padre les abandona y él y su madre se ven forzados a admitir huéspedes. Su casa se llena de unos personajes que traen consigo el aire del teatro, la diversión y la belleza. Especialmente la exótica Lurlane Salomé, la dama de sus sueños…, tan inquietante como la serpiente que la acompaña en su actuación teatral.

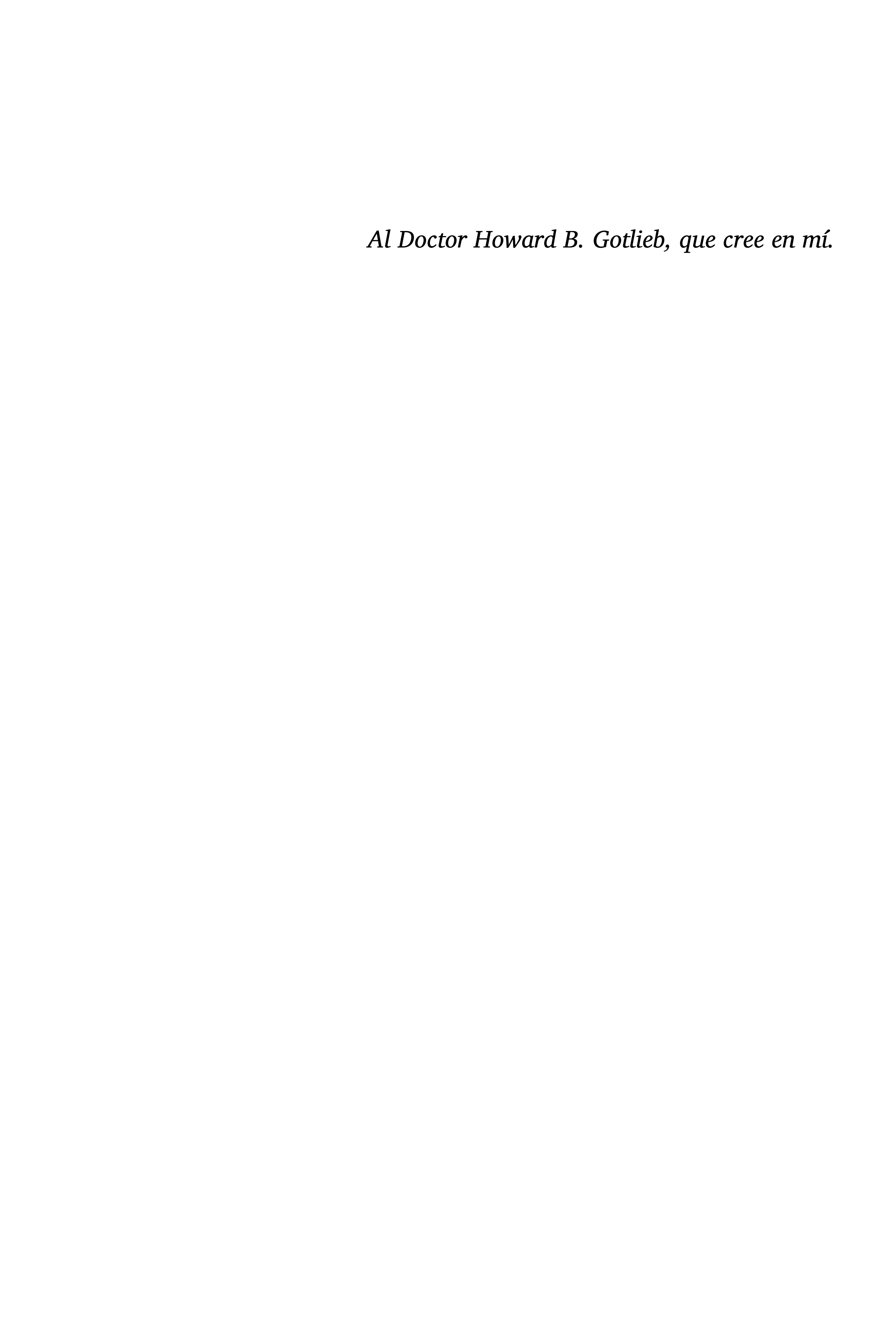


Súbita muerte de mi dama favorita

Stanton Forbes

SÚBITA MUERTE DE MI DAMA FAVORITA

Círculo del Crimen Nº 28



Al Doctor Howard B. Gotlieb, que cree en mí.

1

Hubo una gran bronca entre mi padre y mi madre la noche antes de que padre nos abandonara. Su habitación estaba junto a la mía y pude oír cuando empezaron los gritos.

Mi madre chilló:

—¡Vas a acabar conmigo, Donal Carmody, óyeme bien lo que te digo!

Mi padre aulló:

—¡Siempre fisgoneando y entrometiéndote! ¿Por qué crees que odio poner los pies en esta casa? ¿Por qué, eso, por qué? ¡Sienta la cabeza, Donal Carmody, eres un holgazán y un vago, me vas a matar! Esa es tu letanía. La repites mañana, tarde y noche como el rosario.

—¡Pero esta vez, para mí se acabó! —La voz de mi madre sonó como un alarido.

—¿Qué esta vez se acabó? Llevas años diciendo lo mismo.

—¡Espero que dé contigo y que te golpee hasta dejarte hecho papilla! ¡Eso es lo que me gustaría!

—¿Te gustaría, verdad? ¿Te encantaría verme bajo tierra y tú allí derramando ríos de lágrimas, verdad?

Y ella, como una serpiente, siseó roncamente.

—¡Lo haría yo misma si fuese un hombre!

Hubo un estallido, como de porcelana rota; supongo que fue el Niño de Praga que tenía en su mesilla.

—¡Arpía! —gritó mi padre.

—¡Bestia, bestia, bestia! —chilló ella.

Entonces hubo ruido de cosas que volaban por los aires y se estampaban contra las paredes. Yo me puse a dar puñetazos en la pared.

—¡Déjala en paz, déjala en paz! —gimoteaba.

De repente se hizo el silencio. Hubo un portazo y ruido de pasos. Respiré profundamente y, entre hipos, dije:

—¿Mamá, estás bien?

Después de un interminable minuto, ella contestó:

—Duérmete, Francis.

Su voz sonó agonizante.

Por la mañana, mi padre se había ido.

Mi padre se fue poco antes del fallido atentado contra Franklin Delano Roosevelt en el que resultó muerto el alcalde de Chicago; Anton J. Cermak, de un disparo hecho por Giuseppe Zangara en Miami, Florida. Nunca olvidaré que mi padre dejó Chicago, a mi madre y a mí el 12 de febrero de 1933, porque se largó exactamente tres días antes de que Zangara intentase matar al presidente electo,

fallando y dándole al alcalde. Yo le pregunté a mi madre si mi padre se había ido porque había tenido algo que ver con el intento de asesinato. Ella contestó enfadada.

—¿Estás loco? Debes estar loco para decir algo así.

Más adelante me contó que mi padre se había ido a buscar trabajo a algún sitio, a cualquier sitio, porque las cosas estaban muy difíciles en todas partes.

Yo sabía que ella me ocultaba algo, pero cabía la posibilidad de que me dijese la verdad. Siempre lo hacía, aunque generalmente la adornase un poco pensando en mí. Yo, perversamente, prefería imaginar a mi padre escondido en un lejano sótano, sin salir nunca de allí, con la «poli» tras de él; en fin, un hombre muy perseguido. Lo imaginaba con toda nitidez como un ser encorvado, con su raído smoking de terciopelo verde como única protección contra la humedad, sus ojos como los de un animal en la oscuridad, moviéndose ágilmente de aquí para allá, buscando por todas partes el peligro, un peligro indescriptible.

Mi padre era un hombre que «olía» a peligro. Además, los periódicos decían que Zangara era un anarquista y mi padre era un libertario irlandés que siempre hablaba de Sacco y Vanzetti y de la Rebelión Irlandesa. Yo estaba seguro que era un hombre temerario, aunque otras personas parecían no darse cuenta de ello.

En realidad, sabía que mi padre no tenía nada que vez con el asunto Zangara. En primer lugar, estaba seguro de que no podía haber conducido desde Chicago a Miami en tres días, aunque tuviese coche, que no lo tenía. Y luego, la escena de la chaqueta de smoking no terminaba de encajar, pues cuando salió disparado se la dejó. Colgaba tranquilamente en el armario del vestíbulo, donde siempre la guardaba.

La verdad es que me creí la explicación de mi madre: se marchó porque no aguantaba más. Se ganaba la vida como músico, o por lo menos lo intentaba. Nunca había habido mucha demanda de artistas, y en aquellos días la Depresión hasta el más prestigio músico podía estar pidiendo por las esquinas. No puedo imaginar en qué estaría pensando cuando decidió hacerse músico de profesión y trasladarse a América, donde todos los irlandeses un poco astutos eran o trabajadores de la construcción, o policías, o políticos.

Al irse, empeñamos el arpa y cuando se nos acabó ese dinero pusimos un cartel en la ventana: SE ALQUILAN HABITACIONES.

Una vez oí decir que cuando tiras una piedra a un charco las ondas no terminan nunca, y la piedra de nuestro charco fue la partida de mi padre, que hizo que nuestra casa se transformase en una pensión. Otra piedra en otro charco fue la Exposición Mundial de Chicago, la Exposición del Siglo del Progreso, que trajo a Lurlane

Salome y a su hija Tamara a nuestras dos habitaciones exteriores del segundo piso. Y, créanme, eso sí que fueron ondas.

Yo estaba de pie en la escalera, en calcetines, comiéndome una manzana, preguntándome qué iba a ser de mí y dónde narices iba a conseguir trabajo. Vivíamos cerca del recinto de la feria, pero ya era demasiado tarde para entrar en la nómina de la Exposición. Mi madre no me dejaba trabajar hasta que no terminase el bachillerato. Me dijo que ella sabía lo que pasaba y que no quería que nada retrasara mi graduación. Así que allí estaba yo, graduado, hecho todo un hombrecito, o sea, un auténtico pipiolo, cuando el timbre de la puerta hizo ¡rrring!, me sacó de mi trance y tuve que bajar a abrir.

Era una señora. Tenía el pelo color paja, amarillo y brillante, todo rizos y ondas. Su rostro era sonrosado y blanco y sus labios del color de las cerezas. Donde tendría que tener las cejas mostraba dos perfectas líneas que recordaban a las alas de un pájaro dibujadas con lápiz negro y trazo firme. Llevaba un minúsculo sombrero con velo que hacía juego con el vestido azul celeste y ambos, vestido y sombrero, entonaban con sus ojos.

Dulcemente, muy dulcemente, dijo:

—Buenos días. He visto en el cartel ene se alquilan habitaciones. Soy la señora Salome y ésta es mi hija. ¿Está en casa la señora?

Aunque no me fue fácil dejar de mirarla, vi a su lado una versión más joven y más pequeña de lo mismo, con la diferencia de que ésta iba vestida de rosa. Contesté atropelladamente:

—Mi madre. La señora de la casa es mi madre, la señora Carmody. Pasen, por favor.

Abrí la puerta de tela metálica, ellas cruzaron el umbral delicadamente y se quedaron sonriéndome sobre la vieja alfombra persa de imitación. Dejé la manzana a medio comer en el estante del perchero y dije:

—Voy a buscar a mi madre.

Recorrí el pasillo como en un sueño, al final giré a la derecha y me di contra la puerta de la cocina.

—Mamá, hay dos señoras que quieren alquilar una habitación. Han visto el letrero que pusimos en la ventana.

Mi madre, con su cabello rojo recogido en un moño, suspiró y se pasó el extremo del delantal por su acalorado rostro. Tenía las manos llenas de jabón de fregar los platos y mientras se las secaba dijo:

—¿Dos señoras? Vaya, no pensaba que iba a venir gente tan pronto. Francis, espero que lo que estamos haciendo esté bien... —Se alisó el pelo y se quitó el delantal— ¿Parece buena gente?

Tragué saliva, sintiendo cómo mi nuez subía y bajaba.

—Lo parecen, sí señor. Son guapas de verdad. Bien vestidas. Parece gente fina.

—Dios santo. No sé si las habitaciones serán lo suficientemente... Yo había pensado que serían más adecuadas para hombres...

Se quedó parada con el delantal en las manos como si no quisiese ponerse frente a ellas. Al final, le quité el delantal de las manos, lo colgué en una percha y le dije:

—Venga, mamá. No puedes tenerlas todo el día esperando.

Se estiró, haciendo acopio de todo lo irlandés que había en ella y salió por la puerta batiente de la cocina. Corrí tras ella vislumbrando al final del pasillo la silueta azul celeste y la rosa que parecían dos extrañas flores sobre el fondo de revestimiento de madera y papel pintado.

—¡Oh, señora Carmody, ¿cómo está usted?

La señora Salome —vaya nombre tan raro— extendió una mano enfundada en un guante blanco y, viendo la forma en que mi madre la recibió, supe al instante que, a primera vista, las Salome no eran de su agrado. ¿Por qué sería?, me pregunté esperando que se produjese un pequeño milagro y que ella dijera: sí, pueden quedarse.

—Esta es mi hija Tamara —prosiguió la señora Salome—. Hemos venido de Nueva York para la Feria y estamos buscando un sitio limpio y adecuado que pueda ser nuestro hogar—. Sonrió y un par de hoyuelos se formaron a ambos lados de su boca de cereza—. Como la casa está bien situada, podremos ir caminando al recinto ferial. Siempre que haya habitaciones disponibles, por supuesto.

—Pues, no lo sé... —mi madre retiró la mano, no supo qué hacer con ella y terminó poniéndola detrás, junto con la otra—. ¿Dice usted aparecer en la feria? Y ¿en qué consistiría el hecho de aparecer en la feria?

De nuevo la sonrisa.

—Cuando le diga que mi nombre es Lurlane Salome, lo comprenderá.

Mi madre se retorcía las manos nerviosamente.

—No, el nombre no me dice nada.

La señora Salome hizo una ligera mueca de desencanto y Tamara intervino.

—Mamá es una *soubrette*. —Su voz me recordó el tintineo de campanitas de cristal.

—¿Una *soubrette*? —Mamá se cruzó de brazos—. Jamás había oído esa palabra.

—Trabajo en la escena. Hago el papel de protagonista femenino en las representaciones teatrales —explicó la señora Salome, ahora menos sonriente, sin ninguna clase de hoyuelos.

—¿Una actriz? —preguntó mi madre en tono irritado.

La señora Salome se rió. Reía de la misma manera que hablaba su hija, do-re-mi-do-re-mi.

—En realidad, un poquito más que una actriz. Preferiría ser modesta, pero parece ser que usted no lee las noticias teatrales. En Nueva York y en algunos otros lugares soy bastante conocida.

Mamá abrió la boca, pero antes de que pudiera decir lo que yo tanto temía, intervine.

—¿Cuántas habitaciones van a necesitar? ¿Y por cuánto tiempo?

La señora Salome me regaló su sonrisa.

—Dos nos vendrían muy bien. Y nos quedaremos algún tiempo. Hasta que termine la feria, probablemente.

—Tenemos dos habitaciones que dan a la fachada, comunicadas por un cuarto de baño —dije rápidamente, y mi madre a continuación:

—Son siete dólares por habitación, a la semana; quizá esto les parezca un poco caro...

—Espléndido —sonrió la señora Salome. Tenía una forma de pronunciar muy elegante, como una gran dama inglesa.

—¿Podríamos verlas?

—Por supuesto. Las acompaño arriba. —Me dirigí hacia las escaleras, a punto de caer tropezando en mis propios pies.

—Francis... —Mi madre utilizó un tono que me hizo detenerme, pero cuando me volví, las Salome estaban subiendo detrás de mí y mamá dudó. Al final asintió con la cabeza. Sólo que el gesto no significaba que se podían quedar, sino simplemente «sube con ellas»—. Seguiremos hablando cuando bajen —dijo mi madre.

La señora Salome, radiante, contestó:

—Por supuesto.

Las habitaciones eran grandes y luminosas. El papel pintado —en una habitación rosa, en la otra, azul, lo cual me pareció apropiado— era nuevo. Poner papel pintado había sido una de las últimas y, a decir verdad, una de las pocas tareas domésticas que había realizado mi padre. Además estaba bien puesto, bueno, si no se miraba de cerca. El mobiliario era viejo, pero mi madre conseguía sacarle mucho partido con la gamuza, y brillaba. Uno de los colchones, el de la habitación rosa, estaba un poco apelmazado, pero no pareció importarle mucho a Tamara.

—Qué hogareño resulta todo —dijo la señora Salome—. Nos quedamos.

—El desayuno y la cena están incluidos —añadí. No estaba seguro de que lo supiese.

—Estoy convencida de que tu madre debe ser una buena cocinera.

Tamara estaba a mi lado y me miró a los ojos. Olía a especias.

—Sí, lo es.

—¿Cómo te llamas?, —me preguntó la señora Salome—. Tu madre te llamó Francis, ¿no es así?

—Francis X. Carmody —le respondí—. Pero todo el mundo me

llama Buddy.

—Buddy. —Tamara se abrazó a sí misma—. Es un nombre muy bonito.

—Sí, ¿verdad? —La señora Salome y su hija intercambiaron una mirada.

—Bueno, Buddy, creo que vamos a estar todos muy a gusto aquí. Seremos, espero, una gran familia feliz.

Una pregunta cruzó por su mente.

—¿Hay más inquilinos?

—Son los primeros. —Recordé que mi madre estaba esperando abajo con su irlandés subido y crucé los dedos. Iniciamos la bajada, yo detrás de ellas. Tamara me miró.

—¿Qué edad tienes, Buddy?

Tragué saliva.

—Diecisiete. ¿Y tú?

Ella rió con picardía, negando con la cabeza.

—Es prerrogativa de la mujer no tener que decir la edad.

—Señora Carmody —la señora Salome encontró a mi madre tal y como la había dejado, en la misma postura—. Las habitaciones son encantadoras, tan bonitas, y tan entrañables... Vamos a estar muy bien hospedadas aquí.

—Sí, claro, pero yo prefería caballeros. Le dije a Francis que pusiera en el letrero preferentemente caballeros...

—¿Dijo siete dólares por semana? —La señora Salome se cambió de brazo la sombrerera de mimbre, abrió su cartera de encaje blanca y sacó dinero—. Pensé que podíamos pagar la cuenta ahora. —La vimos contar veintiocho dólares—. Aquí van dos semanas por adelantado.

Mamá apretó los dientes.

—Preferiría que pagase por meses.

Estaba deseando coger el dinero, yo lo sabía, pero a la vez le molestaba mucho aceptarlo.

—Muy bien —trinó la señora Salome, y añadió otros veintiocho dólares al montón sin parpadear. Se lo entregó a mi madre y ella, tras un segundo de vacilación, lo cogió.

—Le haré un recibo —dijo de mala gana.

—Gracias, señora Carmody. Tamara, querida ¿te importaría decirle al taxista que traiga nuestras cosas? Buddy, a lo mejor le puedes ayudar.

—Sí, señora. —Salí con Tamara hacia el taxi amarillo, pavoneándome un poco tal vez, puesto que sabía que nuestra vecina, la entrometida señora Hennessey estaba husmeando, como siempre. Me dieron ganas de echarle una sonrisa maliciosa y gritarle, «¡mire, señora Hennessey, tenemos dos huéspedes, y además una es *soubrette*!».

El taxista se limitó a sacar el equipaje del coche y dejarlo en la acera, dos grandes baúles y dos bolsas de mano bastante pesadas, y fui yo el que lo subió todo. Pero no me importó. Ni siquiera acepté la moneda que me ofreció la señora Salome.

Mi madre refunfuñaba en la cocina mientras extendía el recibo. «Si no fuera porque necesitamos tanto ese dinero», era su cantinela.

—Pero, ¿qué mal ves en ellas, mamá? Son elegantes y muy educadas. ¿Por qué estás en contra de ellas? Y además, ¿qué problema hay con que sean mujeres? Puede que incluso sea mejor. Las mujeres son más refinadas.

—Y más quisquillosas —replicó—. Además crean muchos más problemas, siempre están dando vueltas por la casa, lavando ropa, planchando y gastando electricidad.

—Pero les cobraste dos dólares más a cada una por semana —señalé—. Cinco dólares es lo que tú habías pensado cobrar.

Sus labios se tensaron.

—Creí que no lo pagarían. Casi estaba deseándolo.

—Pero, ¿por qué, mamá? No lo entiendo.

—¡Oh, Francis! —Movió tristemente la cabeza y un mechón pelirrojo se escapó del moño y se transformó en un rizo en forma de sacacorchos—. Te queda tanto que aprender. ¿No te das cuenta de que son unas liantas?

No, no me daba cuenta, pero no me iba a servir de nada decírselo.

—De todas formas han pagado un mes por adelantado. —Bajo este punto de vista, yo estaba recitando la cantinela de mi madre: hay que buscar el lado bueno de las cosas.

—Sí —y acarició los billetes—. Este dinero nos viene como agua de mayo; bien lo sabe Dios. De todas formas espero que estemos actuando bien...

Le di unas palmaditas en la espalda.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Si yo ahora pudiese conseguir trabajo, ya todo iría sobre ruedas.

—Ya darás con él, Buddy, sigue intentándolo. —Dobló los billetes y los metió en su monedero, cerrándolo con un clic—. Ten en cuenta que tienes un título, y eso nadie te lo puede quitar.

—Ya. Con eso y cinco centavos puedo tomarme un café.

2

Aquella tarde corté el césped con un ojo clavado en las ventanas del segundo piso. Lo único que pude ver fueron las cortinas de encaje de mi madre meneándose con el viento. Justo cuando yo volvía a entrar en casa, ellas salían. Se habían cambiado de ropa. Ahora Tamara iba de verde claro, del color de las manzanas nuevas, y la señora Salome iba toda de amarillo, como un rayo de sol.

—Buenas —dije amablemente, confiando en que mi pelo no se hubiese despeinado—. Espero que hayan encontrado cómodas las habitaciones.

—Oh, claro que sí. —El sombrero de la señora Salome era de una sola ala ancha, y su rostro quedaba en la sombra, con lo que uno tenía la tentación de mirar debajo del ala para ver sus ojos—. Nos vamos a la feria. ¿A qué hora sirve la cena tu madre?

—A las seis. —Tamara no llevaba sombrero, simplemente un pequeño lazo verde a ambos lados de su cabeza dorada.

—Para esa hora, ya estaremos de vuelta —me dijo la señora Salome mientras se alejaba caminando por la acera.

Vi a la señora Hennessey fisgoneando a través de sus cortinas. Aunque, claro, era un espectáculo verlas. Se le podía perdonar.

Me fui a la cocina, me lavé la cara y las manos en la pila y me serví un vaso de leche. Mientras bebía eché una mirada furtiva al espejo del fregadero. Efectivamente, el pelo no se me había descolocado, pero tenía dos granos en la barbilla que creía que habían desaparecido. Curiosamente, estaban más rojos que nunca. ¡Jopé! Jimmy Crosby, que era casi seis meses más pequeño que yo, tenía ya la piel de un hombre; hasta se afeitaba todos los días. Y yo aquí, con cara de crío, lleno de granitos.

Mamá estaba ablandando los filetes con la piedra y pelando patatas.

—Tienes que ir al ensayo del coro esta noche. Deberías practicar un poco —me dijo.

Hice una mueca a sus espaldas pero me fui al piano del salón y me puse a repasar el canto gregoriano que me habían encargado. Luego mis dedos vagaron por el teclado y me encontré cantando algunas canciones irlandesas, las favoritas de mi padre, para terminar con «Kevin Barry», la que más me gustaba.

> «Un mocito de dieciocho primaveras, colgado de la horca, Kevin Barry, dio su joven vida por la causa de la libertad...»

Seguí tocando, suavemente, y echando una mirada de vez en cuando al reloj de bronce de la repisa de la chimenea. Eran casi las cinco. La señora Salome y su hija estarían de vuelta a las seis, pero no podía contar con que me sorprendiesen al piano, a no ser que lo calculase muy bien. Yo sabía que tenía una buena voz de tenor, mucha gente me lo había dicho, incluso el padre Connolly, que había intentado llevarme al sacerdocio, sólo que yo prefería la vida seglar. Me quedaban muchas cosas por hacer en la vida y por lo menos quería probarlas.

Además, la señora Salome trabajaba en el teatro y si me oía cantar, a lo mejor decía: «Buddy, necesitamos a alguien como tú en nuestro número; vente conmigo ahora mismo y...»

Sonó el timbre.

Serían las Salome. Fingí no oírlo y ataqué de nuevo el «Kevin Barry»: «En una solitaria prisión inglesa...».

El timbre se hizo más insistente.

Me levanté del piano, me palpé el pelo para estar seguro y salí al vestíbulo. Al otro lado de la puerta había un hombre mirándome.

—Hola.

Abrí la puerta de rejilla para verle mejor. No era demasiado alto, pero era ancho de hombros y parecía corpulento. Vestía un traje mil rayas azul realmente elegante y una camisa que parecía de seda. Llevaba en la mano un sombrero de paja y su pelo castaño peinado hacia atrás formaba un pequeño copete. Sus ojos marrones tenían una mirada profunda y llevaba un cuidado bigotito a lo Clark Gable.

—Hola, muchacho —respondió. Señaló hacia el letrero de la ventana—. ¿Alquilan habitaciones?

Asentí con la cabeza y miré detrás de él. Junto a la acera había un flamante deportivo coupé negro, un Chevy 1930 con tapacubos rojos.

—¡Caramba! —exclamé.

—Si me quedo, a lo mejor un día te llevo a dar una vuelta. —Sonrió. Cuando sonreía toda su cara se transformaba, se iluminaba. Era difícil no quedar encantado con su sonrisa.

—Adelante. Me llamo Buddy Carmody. Las dos habitaciones exteriores del segundo piso están ocupadas, pero tenemos dos más que dan a la parte de atrás y otras dos en el tercer piso. Voy a buscar a mi madre.

—¿Otro? —preguntó mamá. Esta vez tenía las manos llenas de harina, estaba amasando el pan—. ¿Dices que este es un hombre?

—¡Tiene el coche más impresionante que hayas visto!

—Si le ponemos en el segundo piso tendrá que compartir el cuarto de baño con esas señoras, pero en el tercero solamente hay un lavabo... —Preocupada, se limpió las manos y se quitó el delantal.

—Bueno, mamá, ¿y eso qué importa? Pueden turnarse, como todo

el mundo.

—Oh, Francis, es que tú no lo entiendes. Estas cosas no son tan fáciles como tú crees.

La seguí por el pasillo otra vez. Desde luego, la casa se estaba llenando, a toda velocidad, de gente interesante.

—Mi nombre es John Hall, señora Carmody. El chico dijo Carmody ¿no? Vengo de Indianápolis para ver la exposición. Pienso tomármelo con calma y no sé cuánto tiempo me quedaré; puede que una semana, puede que dos, puede que un mes. O incluso más.

—El alquiler son siete dólares por semana, con el desayuno y la cena incluidos —dije. Si los demás estaban dispuestos a pagarlo, él también. Entonces me lancé—: Sólo alquilamos por meses. —Quizá nunca volviese a ver ese sport coupé.

Me echó una rápida mirada, y de nuevo aquella sonrisa.

—Este chico tiene cabeza para los negocios. Pero me fío de ti, Buddy.

—Pero si todavía no ha visto la habitación. —El tono de mi madre parecía indicar que las cosas estaban yendo demasiado deprisa para ella.

—Se ve que es una casa limpia —respondió—, y me llega un buen olor de la cocina. ¿En el tercero, muchacho? ¿Hay alguien más en el tercero?

Negué con la cabeza. «La habitación que da al frente es la mejor con diferencia. La otra es más pequeña y solamente tiene una ventana.»

—Entonces me quedaré con la que da al frente. Me gusta estar solo, así que el tercer piso estará muy bien.

Ni siquiera tuve que subir su bolsa negra de piel. La levantó como si fuera una pluma y la subió él mismo. Le dije a mi madre:

—¡Otros veintiocho dólares! Este es un día de suerte.

Mi madre suspiró y guardó el dinero en el bolsillo. Entonces hubo una gran agitación en el porche. La señora Salome y Tamara entraron seguidas de dos hombres.

—¡Oh, señora Carmody! —gorgojeó—. Justo a quien quería ver. ¡Le traigo dos nuevos huéspedes!

Así fue cómo nos sentamos a cenar a las seis y media en lugar de las seis y cómo fuimos siete a la mesa. Mamá estaba sentada en un extremo, cerca de la cocina para poder entrar y salir. A su derecha se sentó el señor Hall y a su lado el joven delgado y rubio que la señora Salome había traído. Se llamaba Albert Pfenn, pronunciado Fenn y llamado Al y cantaba en el espectáculo de la señora Salome. Le pregunté si era tenor y me dijo que sí, con lo que mi idea de una primera noche triunfal en el mundo del espectáculo se esfumó.

Yo estaba sentado al otro extremo, en frente de mamá, donde mi

padre solía sentarse cuando vivía en casa, Tamara estaba a mi derecha y después venía el otro nuevo, un tipo regordete llamado Herbert Dawes, conocido por Bert. Según Tamara, era humorista en el Hindustani Palace, que era el nombre del local donde las Salome actuaban. Digo las Salome porque, como luego supe, Tamara también estaba en el espectáculo. «Yo bailo», dijo ella con afectación.

Siguiendo en el orden de la mesa, la señora Salome se sentaba a la izquierda de mi madre, donde yo no podía verla demasiado bien, y ahí se acababa el círculo. Recordaba lo que la señora Salome había dicho acerca de una gran familia feliz y deseé que se cumpliese. Se había quitado el sombrero y ahuecado el pelo y si yo me ladeaba un poco podía verlo brillar alrededor de su cabeza como si fuese el halo de un ángel.

—Buddy —dijo mi madre cortante—, deja de fantasear y ponte a comer. Tienes que estar en la iglesia a las siete.

Tamara me miró con unos ojos interrogantes, azules y redondos.

—Yo canto. —Al decirlo quise mostrarme tan seguro como ella.

—¡Oh! —Miró hacia su plato y luego de nuevo a mí—. Me gustaría oírte algún día.

—Bueno. —La encontré demasiado tontita, abanicando con sus pestañas de esa manera. Decidí que era demasiado joven. A la luz del día me había parecido mayor.

—¿En qué trabaja, señor Hall? —Mamá daba conversación. Se ruborizó un poco cuando se lo preguntó. No estaba acostumbrada a este tipo de charla.

—Sí —intervino la señora Salome—. ¿A qué se dedica que le deja tanto tiempo libre para ver la feria?—. En la mesa era una mujer elegante, que cortaba la carne en trocitos pequeños de forma que su boca no tuviera que trabajar mucho. Sin embargo, Bert comía a paladas y sus carrillos recordaban a los de una ardilla atiborrada de nueces.

—Estoy metido en el negocio de las lavanderías—. El señor Hall no había hablado mucho durante la cena, callaba y miraba. Pensé que quizá ésa fuese la razón por la que la señora Salome le prestaba atención y lo apunté en mi lista de formas de comportamiento en presencia del sexo opuesto.

—¿Ah, sí? —La señora Salome reía al coger su taza de café y beber elegantemente con el dedo meñique extendido—. Tengo un amigo en Nueva York que está en el negocio de las lavanderías.

—No me diga —Se miraban de una forma rara por encima de la mesa. Mi madre tomó la fuente de puré y se la pasó a la señora Salome.

—¿Más puré?

—Oh, no, gracias. Hay que vigilar la figura.

—Yo estaré atento—, dijo Bert guiñando un ojo. La señora Salome rió.

—Buddy, se está haciendo tarde —advirtió mamá.

—Sí, mamá. —No quería irme. No había tenido tiempo suficiente de conocer a toda aquella gente, pero no había nada que hacer. Mi madre era tremendamente estricta con respecto a la Iglesia y todo eso. Acabé a toda prisa y me fui a St. Patrick. Jimmy Crosby me esperaba, como siempre, en los escalones de la iglesia.

—He conseguido un trabajo en la feria —dijo como saludo. Parecía como si a Jimmy Crosby le tocara siempre todo lo bueno.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Necesitan a alguien más?

Hizo una sonrisa forzada.

—No, no lo creo. Friego los platos en el «Calles de Paris».

—¿Y qué es el «Calles de Paris»?

—Es una espacie de club nocturno.

Hay una chica, no la he visto aún, pero un tío de la cocina me ha dicho que hace un baile con abanicos y que no lleva nada más.

—¿Sí? ¿Y cómo se llama?

—Sally nosequé. Toma, ¿quieres un Wing? —Me ofreció un paquete de cigarrillos arrugado.

—No, gracias. En mi casa están viviendo cuatro actores —Por primera vez estaba por encima de él; y además seguro que todo eso de la chica de los abanicos se lo había inventado.

—¿Sí? ¿Quiénes son? ¿Qué hay, Ed? —esto último a otro chaval que también llegaba tarde, subiendo a toda prisa las escaleras—. Dile al padre que en seguida vamos.

Recité sus nombres.

—Nunca he oído hablar de ellos —de repente, Jimmy se había convertido en un experto.

—Actúan en el Hindustani Palace —Hice que sonase lo más rimbombante posible.

—¿Sí? —Se volvió para entrar en la iglesia y ladeó un poco la cabeza—. ¿Dónde?

—En el Hindustani Palace.

—¡Vaya, vaya! —Hizo una mueca, a modo de sonrisa, que iba de oreja a oreja.

—¿Y a qué viene eso?

Una cabeza asomó por la puerta arriba de las escaleras.

—Buddy, Jimmy. Venga, que vamos a empezar.

—Sí, padre. —Mientras Jimmy y yo empezábamos a subir la escalera, le susurré—. Anda, dímelo…

—Luego —susurró también—. Luego nos vamos a casa y nos trincamos unas cervezas de mi viejo.

Bebí un trago de la cerveza casera del padre de Jimmy y dije:

—Tonterías, no me lo creo.

—Es verdad, te lo juro.

Estábamos abajo, en la bodega, detrás de la caldera. Cada uno tenía su botella de cerveza y estábamos sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la carbonera y los ojos clavados en la rechoncha caldera.

—¿La danza del vientre? —dije lleno de dudas—. ¿Que la señora Salome hace la danza del vientre?

—Esa es la historia. El Hindustani Palace es un local de varietés, eso es lo que dice en el cartel que están colocando. Cuando la feria se inaugure, allí estará ella contorneándose y meneando las caderas. ¡Chaval, estás de suerte! ¡En tu propia casa!

—Pásame un Wing. —No me gustaba mucho fumar, pero la ocasión lo merecía—. ¿En qué consiste ese baile?

Normalmente no me hubiese atrevido a reconocer mi ignorancia, pero Jimmy parecía estar tan impresionado que me lancé y se lo pregunté.

—En fin, ya sabes. ¿Nunca has visto un espectáculo de varietés? No, claro, supongo que tu mami no te separa de sus faldas. Me tendré que poner de pie para que lo veas.

Se levantó y empezó a mover las caderas de delante atrás, para adentro y para afuera. Como el hula-hula, pero un poco más...

Al ver a Jimmy hacerlo, la cosa no me pareció para tanto.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —dije contrariado. Jimmy era un sabelotodo.

Se volvió a sentar.

—Se lo oigo a mi padre. Después de todo es policía y anda mucho por ahí. Por cierto, esta noche, en la cena, dijo que John Dillinger salió ayer de la cárcel.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Supongo que le dieron la libertad provisional o que compró a alguien, no lo sé. De todas formas, mi viejo dice que apostaría uno de los grandes a que Dillinger va a venir aquí.

—¿A Chicago? ¿Para qué?

—Caramba, qué tonto eres, Buddy. Todos los grandes gangsters se esconden —y se echó un gran trago de cerveza.

—Dillinger no es un gángster, ¿verdad? Es decir, no está liado con Capone, Nitti y ésos. —Me preguntaba si yo sería capaz de echar un trago tan grande. Jimmy estaba más acostumbrado a beber cerveza que yo. Mi madre no la dejaba entrar en casa. Mi padre tenía que acercarse a una taberna clandestina para encurdarse.

—No. Es más bien del tipo Robin Hood. Aunque mi padre dice que es de los duros.

—Pues yo he leído que no mata a nadie, que solamente roba

bancos y cosas así.

«¿Qué narices me importa?», pensé, y tomé un gran trago de cerveza. Lo que hizo que se me llenasen los ojos de lágrimas.

—Oye, Buddy —Jimmy arrugó los ojos como si no me viera bien, y eso que no estaba a más de un metro.

—¿Sí?

—¿Hay noticias de tu padre?

—No. Creo que se ha ido para siempre.

—¿Sí? Puede ser. ¿Qué dice tu madre?

Preferiría que dejase de hablar de ello.

—Nada. A veces creo que se alegra. Se peleaban mucho, ¿sabes?

—¿Sí? Eso debe de ser duro.

—Sí que lo es. No lo tomes a mal, Jimmy, pero a veces pienso que tienes mucha suerte con sólo tener a uno de tus padres. Los dos juntos es un lío.

—Puede. Yo no me acuerdo de mi madre. Debía ser buena persona. Mi padre siempre está hablando de ella.

—¿Por qué crees que la gente se casa?

—Por lo del sexo y todas esas cosas. Y lo de tener hijos.

—Sí. Sólo que no puedo imaginarme a mi padre y mi madre... ya sabes.

Jimmy se rió.

—A ti lo que te pasa es que no has mirado bien a tu padre.

—¿Qué quieres decir? —Realmente estaba empezando a molestarme.

—Bueno, es que he oído hablar a mi padre. Hay quien dice que Donald Carmody es un viva la vida.

Me agarré a la pared de la carbonera para recuperar el equilibrio.

—¡No vuelvas a decir eso! Mi madre no es así.

—Hombre... —Jimmy movió la cabeza—. Eres tan quisquilloso con respecto a tu madre... Yo no dije nada de ella, hablaba de tu padre.

Me llevé la botella a la boca.

—Espero que no vuelva jamás.

Jimmy asintió con la cabeza, perdió el interés y yo me alegré.

—¿Vas a ir a la feria el día de la inauguración? —me preguntó. Cambió de postura y yo le imité. Estaba empezando a sentirme incómodo y la bombilla desnuda me nublaba la vista. Las ideas empezaban a bailarme en la cabeza. Me bebí otro trago.

—No sé si mi madre podrá darme el dinero. En serio, me gustaría tener un trabajo. Eres un tío con suerte, Jimmy. ¿Por cierto, cómo has conseguido el tuyo?

—La cuestión es conocer a alguien.

Mi viejo conocía a uno de los dueños y le habló de mí. Si está

viviendo en tu casa esa gente de varietés podrían intentar mover algunos hilos. ¿Por qué no se lo preguntas?

No sé si yo oía bien, pero me pareció que su voz se estaba haciendo un poco pastosa.

—Buena idea —asentí—. Se lo preguntaré.

—Sí. Porque no te querrás perder la inauguración... Va a ser lo más importante que haya pasado nunca por Chicago.

—¡Jimmy, Jimmy! ¿Estás ahí abajo?

—Una voz de adulto nos gritaba desde arriba de las escaleras. Nos miramos y pegamos un brinco. Me di un golpe en la cabeza contra una tubería y vi las estrellas. Jimmy cogió rápidamente las botellas de cerveza y las tiró a la carbonera, mientras decía «Sí papá». Nos abrimos paso por detrás de la caldera al tiempo que oíamos unas fuertes pisadas bajar las escaleras de la bodega.

—¿Qué estáis haciendo aquí abajo?

—El padre de Jimmy, de dimensiones colosales, con su uniforme azul, nos taladró con la mirada.

—Hablando nada más —Jimmy sonrió débilmente—. Creí que tenías el turno de noche, papá.

—Conque turno de noche... Dándole otra vez a mi cerveza, ¿a que sí?

Jimmy respondió avergonzado.

—Sólo una botella cada uno.

—¿Sí? ¿Y os atrevisteis con toda la botella? —Yo miraba los ojos del sargento Crosby intentando encontrar en ellos algún retazo de misericordia, pero parecían dos cubos de hielo.

—¡Oh, no, padre! Puede que la mitad, como mucho.

Yo puse mi granito de arena.

—Quizá ni siquiera eso.

—¿Qué hicisteis con ellas?

—¿Qué? —Jimmy movió nerviosamente los pies—. ¿Qué hicimos con qué?

—Con las botellas a medio llenar. ¿Dónde las habéis puesto?

—En la carbonera.

—Sacadlas de ahí.

—Sí, señor —Jimmy anduvo revolviendo por detrás de la caldera y volvió con una botella en cada mano. Efectivamente, estaban medio llenas.

—Muy bien —dijo el sargento Crosby—. Brindad.

—¿Que brindemos? —Mi voz se quebró en mitad de la palabra, y repentinamente tuve miedo de que, en un solo día, pasase de tenor a barítono. Hubiese sido terrible después de haber tenido que estudiar tantas partituras de tenor.

—Sí, que brindéis. Bebéroslo todo hasta el final, sin parar—. El

señor Crosby estaba muy serio.

Jimmy inclinó la botella y bebió. Yo miraba hipnotizado viendo cómo el líquido color ámbar desaparecía. Cuando la botella se vació, a Jimmy le dio una arcada y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Bebe —me ordenó el sargento Crosby mirándome fijamente. Bebí atragantándome y no sé cómo conseguí hacerlo bajar. En principio, mi estómago entumecido lo recibió, pero al cabo de un minuto lo volvió a mandar para arriba.

—¡Oh, Dios! —farfullé lleno de vergüenza.

—Ahora —dijo el sargento Crosby— ya podéis limpiar todo esto. Y que no quede ni rastro.

Llegué a casa después de medianoche, y fui porque no tenía otro sitio. Mi madre me mataría si me descubriese.

Me descalcé en la acera. Los escalones de madera y el porche iban a crujir. Las dificultades se iban acumulando.

Efectivamente, la luz del cuarto de mi madre estaba encendida. Mi corazón se encogió aún más.

Tenía el pie preparado para colocarlo en el primer escalón cuando una voz surgió desde el otro lado del porche, donde la hamaca brillaba pálidamente en la oscuridad.

—¿Cómo fue el ensayo del coro, Buddy?

Subí rápidamente los escalones y me llevé el dedo a los labios, pero la señora Salome no hizo ni caso.

—Estaba tomando el fresco. Es una noche calurosa, casi demasiado calurosa para dormir.

Esperaba oír la voz de mi madre de un momento a otro, pero no fue así. Me acerqué y me senté en la mecedora. La señora Salome estaba tumbada en la hamaca. Llevaba puesto algo largo y vaporoso. Un negligée, supuse. Sólo había visto negligées en las películas.

—¿Está mi madre dormida? —dije casi en un susurro.

—No creo. Me parece haberla oído en la cocina.

—¡Oh! —me relajé un poco. Al menos, desde allí no podía oírnos. Tarde o temprano tenía que dar la cara, pero quizá, si me quedara un rato más, mi cabeza acabaría por despejarse y puede que se me borrase el aliento a alcohol.

—Señora Salome... —empezaba a recordar lo que quería preguntarle.

—Preferiría que me llamases Lurlane, Buddy. Me haces sentirme tan vieja cuando me llamas señora Salome.

—Sí, señora Lurlane. Quería saber si habría algún trabajo en el Hindustani Palace. Necesito de verdad un trabajo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

—¿Un trabajo? Pues ahora mismo no sé... Puedo preguntarle al señor Max Henry; es el gerente y él es el que tiene que decidirlo.

—Se lo agradecería muchísimo.

—Mañana hablaré con él —prometió. Bostezó y se llevó la mano a la boca—. ¡Cielos! Estoy cansada. Ha sido un día muy ajetreado y mañana hay muchísimo que hacer, ensayos y todo eso—. Hizo ademán de levantarse—. Mañana será otro día.

—Sí, señora. —Si entraba ahora, en absoluto silencio, podría atravesar el pasillo y llegar a mi habitación…

La puerta de tela metálica se abrió y se cerró sin ningún ruido.

—¡Qué calor hace esta noche! —El señor Hall se reunió con nosotros. Yo me asusté.

—Y todavía estamos en mayo —dijo la señora Salome… Lurlane. El señor Hall cruzó el porche y se puso a mi lado. Era curiosa la forma tan ligera de moverse que tenía, siendo un hombre de tan sólida complexión. Aún tenía puesta su camisa de seda y el traje, pero se había quitado el abrigo y la corbata.

—Creí que estarías en la cama a estas horas, Buddy —me dijo.

—Acabo de volver del ensayo.

—Pues se ha perdido una magnífica partida de mah-jongg. —Al parecer, Lurlane había cambiado de opinión en lo de irse a la cama. Estaba tumbada de nuevo en la hamaca; y los vuelos de su negligée caían grácilmente sobre el suelo del porche.

—El póquer es más de mi estilo. —El señor Hall se llevó la mano al bolsillo de la camisa, extrajo un puro y lo encendió. Durante un segundo pude ver su rostro iluminado por la llama de la cerilla. Parecía recién afeitado.

—Por supuesto. —La voz de Lurlane era un poco melosa—. Es un juego de hombres. Pero he de confesar que, aunque no sea de señoras, he jugado una o dos veces.

—Y yo también —añadí. En realidad, sólo una vez, pero como ella había dicho una o dos veces…

—Podríamos echar una partida amistosa alguna noche —dijo el señor Hall.

—Me encantaría. —La señora Salome Lurlane suspiró—. Pero mañana empiezo y voy a estar trabajando por las noches.

—Yo pensaba que la feria no se abría hasta la semana que viene —dije.

—Están los ensayos, ya sabes —balanceó sus pies hacia el suelo—. ¿Pero no se sienta, señor Hall?

—Bueno —tomó asiento a su lado.

—He oído decir que el alcalde Bowes va a hacer los honores a Chicago y a la feria en su programa de radio —les expliqué.

—Pues cuánto lo siento —el señor Hall se cruzó de piernas antes de que yo tuviese tiempo de preguntarle por qué sentía que el alcalde Bowes fuese a hacer los honores a Chicago, y prosiguió—. Esperaba

poder llevarías de paseo en coche a usted y a su hija alguna noche.

—Qué amable de su parte —Lurlane acarició su angelical cabello —. Podría pasarse una noche y ver nuestra actuación.

—No se preocupe, tengo intención de hacerlo.

—¿Dijo que vivía en Indianápolis?

—Parte del tiempo. Viajo mucho. Tengo una cadena de lavanderías.

—¿Ha estado alguna vez por mi tierra?

—¿En New York? Una vez o dos. Tiene un ritmo demasiado acelerado para mí.

—No lo puedo creer. Usted parece un hombre de esos que pueden recorrer New York en dos zancadas.

—Un día iré a New York. Me he propuesto ir —señalé.

—¿Ha estado alguna vez en Indianápolis? —preguntó el señor Hall.

—No, pero por mi trabajo he ido a veces a Detroit y a Los Angeles, y una vez estuve en Wichita, Kansas.

Tuve la repentina sensación de que sobraba. Probé a decir, «Bueno, será mejor que me vaya a planchar la oreja...».

—El hombre ése de las lavanderías de Nueva York —el señor Hall hizo que no me oía— ¿es alguien que yo pueda conocer?

No hacía falta que me echasen los perros para que me diese cuenta de lo poco popular que era entre ellos.

—Buenas noches —dije en voz alta y me levanté. Por detrás de la hamaca podía ver moverse las cortinas blancas en casa de la señora Hennessey. Su casa estaba a oscuras, lo cual quería decir únicamente que así podía ver mejor. Si yo no tuviese nada que hacer, haría lo mismo; a veces me gustaría ser una mosca en la pared para ver y oír sin que nadie se diese cuenta, como en este momento, pero como no podía, entré en casa. Dejé que la puerta de tela metálica diese un portazo y fui directamente a la cocina. Qué narices, si ahora era yo el hombre de la casa, ¿qué iba a pasar porque mi madre me regañase? Me comportaría como un hombre y le diría: «Mamá, ya no soy un niño...».

Excepto que no había nadie en la cocina, nadie en absoluto. Las luces estaban encendidas y la puerta de atrás abierta, nada entre la casa y la noche, sólo la puerta de tela metálica. Mamá no estaba allí.

Salí al porche de atrás e intenté ver en la oscuridad.

—¡Mamá! —grité, pero la única respuesta que recibí fueron los ladridos del fox terrier de la señora Hennessey en la puerta de al lado.

Empecé a bajar las escaleras; el jardín estaba lleno de sombras. ¿Y si mamá hubiese salido a tirar la basura y le hubiese ocurrido algo? Podría haber salido; sólo tenía que abrir la puerta de la valla. A lo mejor ahora estaba abierta. Adiviné un claro en la sólida sombra de la

valla, pero ¿qué podría estar haciendo mamá en el paseo a estas horas de la noche?

Entre ladridos de perros oí una especie de susurro que podía ser de la brisa o si no de unas voces hablando muy bajo. Crucé el jardín hasta la valla. El mundo parecía tan oscuro y tan silencioso… Me quedé allí apoyado en la valla, aguzando el oído. Podía oír los latidos de mi corazón. Algo al final del paseo captó mi atención, ¿una sombra que cambiaba de forma? ¿Alguien moviéndose? ¿Alguien alejándose rápidamente? Bueno, que se fuese, a mí qué me importaba, pero ¿y si le hubiese ocurrido algo a mi madre…?

Luego tuve miedo. No sabía por qué, sólo sabía que aquella sombra que había al final del paseo me daba miedo; una sombra que a lo mejor ya había desaparecido o tal vez se había sumergido en la oscuridad. ¿Tenía algo de familiar la forma en que se movía aquella sombra? No me quedé para comprobarlo. Me alejé de la valla a toda prisa, tropezando con un arbusto, hacia el recuadro iluminado que dibujaba la puerta de la cocina. El perro de la señora Hennessey ladró violentamente y, detrás de mí, la puerta de la valla se cerró de golpe.

Di un salto y dejé escapar un gemido al oír la voz de mi madre en la oscuridad.

—¿Qué estás haciendo aquí, Francis? ¿Y dónde has estado?

Me dio tal susto que mi voz no sonó como yo quería que lo hiciera.

—¿Dónde has estado tú? —repliqué.

—Pues en la cocina, naturalmente. Haciendo pan. Alimentar a siete personas no es como dar de comer a los pájaros. Si vinieses a tu hora me podrías echar una mano. Estoy cansada, la verdad, totalmente agotada, y todavía no he terminado…

La oía con dificultad. Por primera vez en mi vida había pillado a mi madre en una mentira.

Aquella sombra en la avenida… Sus movimientos me recordaban a los de mi padre. ¿Se había visto ella en secreto con mi padre en la avenida? ¿Puede que realmente él hubiese matado a alguien? ¿Por qué iba a tener tanto miedo a entrar en su propia casa?

Incluso se podían hacer cosas peores que matar. Se lo había oído decir a alguien. ¿Un destino peor que la muerte? No podía imaginármelo.

3

No discutí con mamá. Después de todo, podía ser producto de mi imaginación... Una profesora del colegio, la Hermana Mary Joseph, me había dicho más de una vez que yo tenía mucha imaginación. Tal vez mi madre había estado en la despensa, tan ocupada que no me había oído. Y algún trapero en su ronda nocturna pudo haber cogido un atajo y pasar por la avenida. Bien pudo ser así. Recordé haber oído decir a alguien que la discreción era la mejor parte del valor, así que fui discreto, dije buenas noches y me fui a la cama. Me propuse mantener bien abiertos los oídos para oír volver a Lurlane y al señor Hall, pero me quedé dormido casi inmediatamente..., o al menos creo que me quedé dormido porque eso es todo lo que recuerdo.

A la mañana siguiente, mi madre tenía la mirada ardiente y mucha energía. Energía que cayó sobre mí. Me echó otro discurso sobre el trabajo que costaba llevar una casa de huéspedes; inmediatamente después del desayuno yo tenía que subir y ponerme a hacer las habitaciones.

—¿Y si todavía están en la cama, mamá? —le pregunté. Me echó una mirada furiosa.

—Ninguna persona decente se queda en la cama pasadas las siete —farfulló. Este argumento era un arma de doble filo porque ella sabía que yo podía dormir hasta mediodía si me dejaban.

Aun así, nadie se levantó para el desayuno.

Nadie en absoluto. Mamá permaneció junto a la cocina con el delantal puesto y una espátula en la mano y con cara de pocos amigos.

—¿Les dijiste la hora del desayuno? —le pregunté—. Tú sabes que no lo hiciste. Además, son gente de teatro todos, excepto el señor Hall, y no están acostumbrados a levantarse pronto. —Me pregunté si me atrevería a volver a la cama y decidí que no. En lugar de ello, comí copos de avena, huevos revueltos, tostadas con mermelada y me ofrecí a bajar a la bodega para limpiar el cuarto de las provisiones. Al menos, allí estaría fresco y, si no me equivocaba, había un viejo colchón en el cuarto trastero que podía servir de cama provisional.

—El cuarto de las provisiones no necesita limpieza—. Mi madre fue escueta.— Las ventanas del cuarto de estar están asquerosas. Haz un poco de músculos con ellos.

Así, armado con un cubo de agua con amoniaco y hojas de papel de periódico para el brillo, estuve media mañana subido en una escalera por fuera de la casa. Por dentro y por fuera; las quería bien limpias. Y había muchas ventanas: tres pequeñas y cinco grandes.

La señora Hennessey me espiaba. La saludé con la mano para molestar y el perro ladró. En todos los años que yo llevaba viviendo

allí, es decir, toda mi vida, la señora Hennessey jamás me había dirigido la palabra excepto para decirme que no pisase su césped o que me bajase de su manzano, que crecía por encima de la valla en el jardín de atrás. Vivía sola con el perro y a mí me parecía más vieja que Dios. Nadie acudía a verla, aparte de su hijo y su familia, que venían de Omaha, y como mucho una vez al año. Alguna vez pensé que, estando tan sola, le gustaría hablar con alguien para matar el tiempo, pero no. Ni siquiera con mi madre, aunque lo hubiese intentado. Lo más que hacía era cotillear y volverse a esconder detrás de las cortinas. Se lo estaría pasando muy bien ahora, imagino, con toda aquella gente tan rara entrando y saliendo.

Nuestros invitados empezaron a bajar a partir de las once. Yo estaba con la última ventana y, con el ejercicio, empezaba a tener hambre. Bert Dawes, el cómico gordo, fue el primero en llegar. Me observó desde el porche mientras yo daba los últimos retoques a la ventana.

—Buenas. ¿Qué hay del desayuno, chaval? Me comería una vaca con patatas fritas.

Le hice una mueca.

—El desayuno fue a las siete y media —dije secamente—. Se les pasó la hora.

Al Pfenn, el tenor rubio, estaba justo detrás de él.

—¿Qué dice? —preguntó al señor Dawes. Decidí que tenía un aspecto realmente andrajoso por las mañanas.

—Dice que se nos ha pasado la hora del desayuno. ¿Dónde está tu madre, chaval? Quedamos en dos comidas al día...

—Buenos días, Al. Buenos días Bert —era Lurlane y aparecía como si acabasen de sacarla de un paquetito lleno de lazos, todas las ondas del pelo bien colocadas y alineados los pliegues de su falda color lavanda... Y tras ella venía Tamara, de nuevo vestida como su madre, pero en color albaricoque. Todos parecían descansados y, bueno, tenían que estarlo. Eran las once y cuarto en el reloj del pasillo.

Mi madre venía de la cocina. Cogí mi cubo y me puse más cerca de la puerta. No quería perderme un solo detalle.

—Eran dos comidas —protestó Bert Dawes—. La hora no tiene nada que ver. —No tenía un aspecto muy cómico esta mañana, mejor dicho, este mediodía.

—Estuve esperándoles esta mañana —Mi madre tenía la cara muy sonrosada. Yo sabía que estaba irritada—. Desayunamos a las siete y media.

—Oh, querida. No tiene por qué levantarse a esa hora tan terrible por nosotros —dijo Lurlane riendo alegremente—. Somos unos dormilones. Tomaremos algo a mediodía y una comida a las seis. Por

la noche estaremos fuera. Trabajamos hasta muy tarde, ¿comprende? Así que, por la mañana, no tiene por qué molestarse.

—Vaya, vaya. ¿Todo el mundo en pie? —El señor Hall se había reunido con nosotros.

—Usted dijo dos comidas —Lurlane sonreía amablemente a mi madre—. Y yo estoy segura que usted es una mujer cumplidora. De nada nos sirve una comida a las siete y media de la mañana.

Sabía que lo de mujer cumplidora había dado en el blanco. Mi madre era cabezota cuando se trataba de cumplir lo prometido, fuese lo que fuese. La vi achantarse un poco. Claro, ellos no podían verlo; pero yo sí.

—Lo único que puedo darles ahora es lo que había para esta mañana —dijo a regañadientes.

—Espléndido —Al Pfenn se alisó su pálido cabello—. Estoy hambriento.

—Les llamaré cuando esté preparado —dijo mamá.

—Esperaremos en el salón —dijo Lurlane radiante—. Vamos, caballeros. Parece que hace un día maravilloso. ¿Hay por ahí algún periódico?

Fui a guardar la escalera entrando por la puerta de atrás. Cuando vi a mi madre, me lanzó un gruñido, y comprendí que estaba de muy mal humor. Mientras me lavaba las manos en la pila, planeé ir a la feria después de comer dando un paseo. Buscaría el Hindustani Palace y le recordaría a Lurlane lo de mi trabajo. No estaba nada seguro de que se acordase. Todavía no dejaban entrar a nadie, pero yo podía decir que estaba citado. Lurlane había dicho que hoy tenían ensayo. Podría decir que ella me estaba esperando. Pero antes tendría que darle tiempo a que llegase...

—Ten un sandwich —dijo mi madre ariscamente, poniendo un plato delante de mis narices—. Y cuando acabes puedes empezar con las habitaciones de arriba.

—Pero si llevo trabajando toda la mañana... —dije, arrastrando las palabras. Me bastó una mirada para comprender que era inútil. Engullí el sandwich de huevo y cogí la escoba, las bayetas y el recogedor de la despensa. Tal vez ahora todo fuese sobre ruedas en cuestión de dinero, pero, la verdad, llevar una casa de huéspedes es mucho trabajo. Y tampoco le estaba dando muchas alegrías a mi madre.

Subí las escaleras mientras ellos estaban sentados a la mesa. En primer lugar entré en la habitación de Tamara y me quedé en la puerta. Había cosas de mujer por todas partes, bragas, medias, un revoltijo de colores y de seda, todo esparcido aquí y allá como si hubiesen vaciado la maleta por el suelo. Acaricié una media; parecía una nube. Ni siquiera me atreví a recogerla. ¿Dónde la iba a poner?

Volví al pasillo y me puse a la escucha. Sus voces me llegaban desde el comedor. Oí la tintineante risa de Lurlane. Mejor sería que hiciese primero las habitaciones de los hombres y así para cuando hubiese terminado estarían de vuelta las mujeres y habrían empezado a recoger por su cuenta.

Crucé el pasillo hacia la habitación de Al Pfenn, abrí la puerta y lancé un suspiro de alivio. Esto ya estaba mejor; un juego de cepillos de plata alineados sobre el tapete del buró, los zapatos colocados en fila a lo largo de la pared, incluso la cama hecha. Abrí un cajón del buró y vi un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio. Camisas —quizá los cuellos parecían un poco gastados, pero estaban limpios y almidonados—, calcetines de B. V. D., de los más finos, con dibujo en el tobillo... Su armario igual, todo bien colgado e incluso abotonado. Pasé la bayeta por encima del buró. Loción para el afeitado y tónico capilar y una botella que no pude identificar. Miré la etiqueta con más detenimiento. Peróxido. Reí tontamente. El señor Al Pfenn, tenor, se teñía el pelo.

La habitación de Bert Dawes era otra historia. La mitad de sus cosas estaba todavía guardada en la bolsa, y había un aro dibujado en la mesa, la huella de una botella ya vacía. La olí, era una bebida alcohólica; no llevaba ninguna etiqueta. Yo no sabía tanto sobre asuntos de contrabando como para identificarla. Mi madre era una empedernida abstemia y yo era hijo de la Prohibición. Ahora que la Ley seca estaba en decadencia por todo el país, quizá yo pudiese empezar a añadir algo a mi educación. Esos tipos que en las películas brindaban con champán rodeados de señoritas, tan trajeados, me gustaban. ¿Cómo sería la vida de un hombre de mundo? En el buró del señor Dawes había una bigotera con un poco de agua; me pregunté para qué podría servir. El no tenía bigote. Luego encontré un frasco de limpiador de dientes postizos y lo descubrí. Ahí ponía el señor Dawes su dentadura por la noche.

Arreglé todo lo mejor posible, hice la cama y volví a salir al pasillo. Enfrente, la puerta de la habitación de Lurlane, seguía cerrada. Estaban abajo.

De repente sentí una gran curiosidad por ver su habitación, así que me acerqué y abrí la puerta. Y por qué no; era lógico que yo estuviese aquí arriba.

Su dormitorio estaba impecablemente ordenado en comparación con el de su hija. Es cierto que los zapatos estaban amontonados en el suelo del armario y que se había dejado la sombrerera de mimbre en una silla junto a la ventana, pero su ropa interior estaba guardada.

Había muchos frascos de perfume y de cremas encima de la cómoda. También había una caja cuadrada de cuero y miré dentro. Contenía tubos de maquillaje, barras de labios, colorete y muchas

otras porquerías. Para el teatro, supuse. Igual que aquellos elegantes vestidos largos que había al fondo del armario.

Empecé a hacer la cama. De la almohada se desprendía el olor de un perfume exótico. ¿Por qué mi madre nunca se echaba perfume ni se arreglaba. Se me ocurrió pensar que si mi madre se hubiese cuidado un poco, mi padre no la hubiese dejado.

El armario de la habitación del tercer piso del señor Hall no contenía muchas cosas; simplemente un par de trajes, el mil rayas y otro de verano color tostado, que me gustó bastante porque la chaqueta llevaba un cinturón en la parte de atrás. La mayor parte de los cajones de la cómoda estaban vacíos, pues sólo estaba de paso. Esto lo confirmaba.

Me acerqué a la cama y encontré una pistola debajo de la almohada. Me quedé mirándola. Era negra con un dibujo en las cachas. Volví a dejar caer la almohada sobre ella y pensé que sería mejor no hacer la cama del señor Hall. Al menos por ahora. Volví al segundo piso para enjuagar la bayeta y fregar el cuarto de baño. Si en lugar mío hubiese subido mi madre a limpiar, ahora tendríamos un inquilino y una renta menos. No se lo iba a decir. No, señor. Sus razones tendría él. Había mucha gente que en estos tiempos llevaba pistola. Había mucho arreglo de cuentas entre pandillas. Cada vez que abrías el periódico...

Arreglos de cuentas entre gangsters. Me quedé mirándome al espejo del lavabo. No podía hablarle a mi madre de la pistola del señor Hall, por ahora, pero podía contárselo al padre de Jimmy. ¿Y si el señor Hall era realmente un gángster? No le iba a agradar mucho saber que había sido yo el que había puesto a la Poli tras él.

La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y yo salté hacia atrás. Me encontré al señor Hall mirándome fijamente. Tenía una mirada muy extraña y pensé: «¡Dios, sabe que he visto la pistola, lo sabe!»

—Oye, tú —se le veía muy serio y muy seco; amenazador. Sí, eso es lo que parecía.

—¿Sí, señor?

—Tengo que entrar al servicio —dijo el señor Hall.

—Oh, sí, señor. Ya he terminado. Perdone, señor Hall —salí lo más rápido que pude del cuarto de baño y me di con Lurlane y Tamara en el pasillo.

—Perdón —farfullé—. He estado limpiando las habitaciones del segundo piso; sólo las del segundo...

—Por la mía no te preocupes —me dijo Tamara—. No he terminado aún de deshacer las maletas.

Lurlane había abierto la puerta de su dormitorio.

—Ya ha arreglado la mía, y ha hecho la cama muy bien. Gracias,

Buddy. Nos vamos dentro de un rato a la Feria y no creas que se me ha olvidado preguntar por lo de tu trabajo —se encerró en su habitación, Tamara fue a la suya y yo oí girar el picaporte de la puerta del cuarto de baño, así que salí disparado.

Me quedé en el pasillo delante de la cocina.

—¿Me puedo ir ya, mamá? He hecho lo más que he podido...

—¿Has terminado de arreglar todas las habitaciones?

Mamá asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Parecía estar cansada, muy cansada.

—Hice todo lo que pude. Las cosas de Tamara estaban tiradas por el suelo y me dijo que lo dejase tal cual hasta que ella lo recogiese.

—Hay que pasar la aspiradora por el salón y el vestíbulo —dijo mi madre. Sólo pensaba en la limpieza; me sentí disgustado. Sí. Mantener la casa limpia y requetelimpia. A eso había dedicado toda su vida. Tenía que haber cosas más importantes en el mundo.

—Lo haré después —prometí mientras me dirigía a la puerta—. Tengo que ver a alguien ahora mismo.

—¿Y quién es ese alguien? —siempre con sus preguntas.

—Jimmy. Tiene que irse a trabajar dentro de un rato —¿es que no podía dejarme salir tranquilamente en lugar de tratarme como si fuese un niño pequeño?

—¿Irse a trabajar? ¿Dónde?

—A la Feria —yo tenía la mano puesta en el picaporte de la puerta de tela metálica, preparado para salir corriendo. Si por lo menos se callase...

—¿Y qué hace en la Feria?

—Trabaja en la cocina de un restaurante. Mamá, me tengo que ir..., es importante.

—Pues vete entonces. Y recuerda, no te pases todo el día allí.

Salí a toda velocidad y fui corriendo hasta llegar a la casa de Jimmy. No se había ido aún; sólo me dijo:

—Vamos, Buddy, ¿por qué no me acompañas hasta la Feria? ¿Cómo te has levantado esta mañana? Yo tenía una resaca, chico...

—Escúchame bien —le dije apenas sin aliento; y le hablé de la pistola del señor Hall.

Me miró como si yo estuviese chalado.

—Estás bromeando.

—No, te lo juro. Era así de grande —se lo mostré—, y negra, bueno, negra no, más bien negra-azulada...

—¿Parecida a la de mi padre?

—No, la mitad de tamaño.

—Hmmm —Jimmy se miraba los pies mientras caminaba—. Lo suficientemente pequeña como para caber en una pistolera guardada debajo del brazo y que no se note —alzó la cabeza—. Dime otra vez

qué aspecto tiene ese tipo.

—Tiene el pelo castaño. Ojos marrones. Bastante robusto. Ancho de hombros. Lleva un pequeño bigote. Una expresión dura. Sí, se podría definir así, expresión dura.

—Hmmm. Vamos, que tenemos que cruzar —se quedó pensativo, con la mirada perdida. Se paró bruscamente en mitad de la calle. Un Buick dio un bocinazo al tiempo que intentaba esquivarle. Jimmy miró hacia atrás y seguimos cruzando hasta llegar a la acera de enfrente.

—¡Caramba! —dejó escapar un silbido.

—¿Qué significa eso?

—Creo que sé quién es.

—¿El señor Hall?

Jimmy asintió con la cabeza y reanudó la marcha, más de prisa ahora.

—¿Recuerdas? Te lo dije. Buddy, ¿sabes quién puede estar viviendo en tu propia casa? ¡John Dillinger!

—¡Estás más loco que una chiva!

¿Qué iba a buscar John Dillinger en mi casa? Esta es una ciudad muy grande, y si un gángster como Dillinger buscase un escondite iría a algún lugar elegante al otro lado de la ciudad o incluso por las afueras.

Jimmy me miró con suficiencia.

—Chico, eres tonto de verdad. Tu casa es exactamente el tipo de escondite que él elegiría, ¿no te das cuenta?

Aquí es fácil pasar desapercibido. Ya sé que ésta es una gran ciudad; pero en realidad es como muchas ciudades pequeñas. Hay sitios en donde ni tú ni yo hemos estado nunca. Pero, ¿qué mejor lugar para esconderse que éste, rodeado de visitantes que van a la Feria? Dillinger es demasiado listo como para meterse en Cicero o un sitio parecido donde le encontrarían inmediatamente.

—Sí. Claro que sí. Eres un sabelotodo, ¿verdad?

—De sabelotodo, nada. Piensa un poco. Métete en su camisa. El sale de la cárcel, ¿entiendes?, y quiere dar un nuevo golpe porque está sin blanca, pero necesita tiempo para planearlo y para reunir a los otros tipos. Lo único que no quiere es atraer la atención mientras lo hace, así que se busca un agujero de lo más corriente del que nadie sospeche…

—¿Qué quieres decir con lo de agujero de lo más corriente?

—Venga, Buddy, sabes lo que quiero decir. Un sitio donde no puedan pillar a los gangsters y se los carguen, en lugar de uno ostentoso del estilo del Palmer House.

—No sabía que los gangsters se alojan en el Palmer House.

—Bueno, puede que no. Yo no sé por dónde andan, pero lo que sí

sé es que si yo fuese un gángster preferiría con mucho quedarme en el Palmer House que en tu casa, y no te ofendas.

—¡Dillinger! —dije en plan de burla—. No se parece a él en nada, por lo menos no se parece a la foto que vi en el periódico.

—La foto de un periódico no dice mucho —Jimmy siempre tan seguro de sí mismo—. Además, mi padre dice que aquí en Chicago hay un médico de cirugía plástica que se forra cambiando caras de gangsters.

—¡Bah! —luché contra una sensación de creciente excitación. Por supuesto que no podía ser John Dillinger, pero ¿y si lo fuera? O Pretty Boy Floyd, o Baby Face Nelson. Empecé a silbar una melodía sin darme cuenta y al llegar a las puertas de la Feria vi que lo que iba silbando era: «¿Quién teme al lobo feroz? Tra, la, la, la, la.»

4

Cuando llegué a casa, en la radio estaba sonando «*Annie doesn't live here anymore*», y se oía claramente desde la acera, cosa que no era propia de mi madre.

Corrí hasta el porche y entré por la puerta. El aparato Atwater Kent del salón estaba puesto a todo volumen y tendida en el sofá, con una pierna vendada y apoyada en una almohada, estaba Tamara.

—Oye, eso está muy alto. A la señora Hennesey le va a dar un pasmo —dije, y bajé el volumen. Luego pregunté—: ¿Qué te ha pasado?

Sonrió valientemente.

—Me torcí el tobillo bajando las escaleras. Alguien había dejado una escoba y un recogedor en lo alto y no lo vi —me miró con unos ojos redondos—. Tuve suerte de no romperme

La miré fijamente.

—No te preocupes —sonrió dulcemente—. Mi madre dice que no me va a poner un pleito aunque falte algunos días al ensayo.

Tragué saliva.

—Dejé las cosas allí, me parece. Lo siento.

—¡Oh!, no es culpa tuya —suspiró y arregló las almohadas en las que se apoyaba—. Si te digo la verdad, soy propensa a los accidentes.

—¿Eres qué?

—Es psicológico. Mamá tiene un amigo en Nueva York, uno de esos psiquiatras estilo Sigmund Freud. Se lo explicó todo.

—Ya —yo había oído el nombre de Freud, pero no tenía ni idea de qué, claro que no iba a preguntárselo—. De todas formas lo siento de veras. ¿Dónde están los demás?

Lo que en realidad yo quería saber era dónde estaba el señor Hall. Jimmy y yo habíamos acordado conseguir más información acerca de él antes de decírselo al sargento Crosby. Si realmente era Dillinger y el padre de Jimmy podía cogerle con las manos en la masa le ascenderían o le darían una recompensa, o algo parecido.

—Tu madre está en tu habitación con el nuevo inquilino.

—¿El nuevo inquilino? ¿En mi habitación?

Tamara asintió con la cabeza. Sus rizos rubios se balancearon.

—Vas a tener que mudarte a la pequeña habitación del tercer piso, se lo he oído decir a tu madre; él va a ocupar tu cuarto.

—¿Y por qué tengo yo que... —frené en seco. Estando en el tercer piso con el señor Hall, podría espiarle mejor. Puede que este nuevo inquilino fuera un enviado de Dios. De cualquier forma eso quería decir más dinero—. ¿Quién es el nuevo huésped?

Se encogió de hombros graciosamente.

—No lo sé. No lo he visto —hizo una mueca, dio unas palmaditas en el sofá—. Siéntate y háblame. ¿Quieres que juguemos con la uija?

—Tendría que estar ayudando a mi madre —me había pillado otra vez. No sabía lo que era una uija.

—Ya te llamará cuando te necesite. Está ahí, en la mesa. Tráelo.

—¿El qué?

—El tablero de la uija. ¿No sabes cómo se utiliza? Te enseñaré.

—Francis, ah, estás aquí —mi madre estaba en la puerta y parecía preocupada. Pensándolo bien, últimamente siempre estaba preocupada. Como se descuidase, las rayas esas que tenía iban a convertirse en arrugas y se iba a poner muy vieja.

—¿Tenemos otro inquilino? —le pregunté.

Asintió con la cabeza de forma extraña.

—Le voy a instalar en tu habitación. Tendrás que subir al tercer piso, con el señor Hall —me echó otra extraña mirada y luego miró a otra parte.

«Caramba, este nuevo inquilino debe ser un tipo importante», pensé. Ella trataba a los demás como si le importasen un comino, y ahora, sin embargo, me sacaba a mí de mi cuarto para meter a éste. Empecé a decir: «¿Quién demonios es...», cuando se acercó un hombre. Me fallaron las palabras y me quedé con la boca abierta.

—Buenos días, muchacho.

—Hola —respondí débilmente.

—Ven —hizo un gesto de acogida—.

Te ayudaré a instalarte.

—Sí, señor.

—Pero luego vuelve, Buddy, y hazme compañía —gritó Tamara desde el sofá.

Seguí a mi madre y a mi padre hasta mi habitación y cerré la puerta. Parecía como si nunca hubiese estado fuera, con su chaqueta de smoking y todo. Lo mismo que si fuese el rey del mundo, exactamente igual.

—¿Y ahora qué pasa? —me encaré a ellos en plan acusador—. Tengo derecho a saberlo.

Se miraron el uno al otro y después mi padre extendió los brazos hacia mí. Me eché para atrás.

—Bien, Buddy, te lo contaré —intercambió otra mirada con mi madre—. La cosa es esta —metió los pulgares en los bolsillos de la chaqueta, una postura falsa que él solía poner, y se enderezó—. Verás. He estado metido en un pequeño lío. Esa es la razón por la que os dejé, a tu madre y a ti en febrero; no quería que ninguno de los dos os vieseis mezclados en el asunto.

—Y sigues metido en él —dije fríamente. Puede que hubiera convencido a mi madre, pero yo era harina de otro costal.

—Sí, en cierto modo. Pero tu madre y yo —otra vez ese intercambio de miradas—, tu madre y yo nos echábamos de menos, así que decidimos que si éramos discretos y yo volvía tranquilamente, nadie en absoluto se iba a dar cuenta.

—Tú decidiste. Me imagino que viniste anoche como un furtivo para ver si no había moros en la costa y que estuviste con ella mientras yo la estaba buscando… ¿Por quién te quieres hacer pasar, por Charles Farrell o algo parecido?

—Bueno, se lo diremos a los huéspedes, por supuesto. Pero ellos no hablan con los vecinos, ni son parientes que se vayan a poner a chismorrear. Tampoco son amigos que puedan ir contando por ahí que Donal ha vuelto. En realidad, Buddy, tu madre no ha conocido nunca a ninguno de mis amigos, porque, a decir verdad, tu viejo es bastante vulgar, mientras que tu madre es una buena mujer. No iba a faltarle al respeto trayendo a mis amigos por aquí.

—No puedes ir contando que tu padre ha vuelto, Francis. Ni a Jimmy Crosby ni a nadie —mi madre apretó los labios. No me gustó cómo lo hizo. Los había dejado reducidos a una delgada línea.

Entonces vi su arpa en un rincón de la habitación cubierta con la funda verde. Habría utilizado dinero nuestro para desempeñarla. ¡Seguro que lo primero que hizo fue sacar el arpa de la casa de empeño!

—¿Has conseguido trabajo entonces? —pregunté, y añadí cruelmente—: ¿O sólo has vuelto para compartir nuestra recién inaugurada prosperidad? Ya sabes lo que dice Roosevelt. ¡Ya están aquí otra vez los días felices!

—Ah, qué chico tan duro de corazón —suspiró profundamente y se frotó los ojos. «¡Embustero!», pensé, «¡embustero!»—. Pero no te culpo. Si pudiese contarte, Buddy, el lio en el que me metieron. Yo era un inocente espectador, yo era…

—¿Por qué no me lo cuentas? —quizá no utilicé el tono adecuado, porque suspiró de nuevo y se volvió hacia mi madre.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —me dijo ella.

—Tienes razón —repliqué sarcásticamente—. ¿Sabes? Tienes toda la razón. ¡Eso mismo te digo yo a ti! —dicho esto, empecé a vaciar la ropa del armario y de la cómoda y, cargado hasta los topes, salí dando pisotones, traspasé el salón y subí dos pisos. Lo tiré todo al suelo lleno de polvo y me arrojé en la hundida y estrecha cama. Clavé la mirada en la pared; el papel se estaba despegando. Mucho después, di una vuelta en la cama, me levanté y me puse a guardar la ropa.

Cuando bajé Tamara estaba esperándome y nos pusimos a jugar con la uija. Era una bobada. Se trataba de un tablero con el alfabeto pintado en la parte de arriba, números en la parte de abajo y un sí a un lado y un no al otro. Colocábamos las puntas de los dedos sobre un

pequeño cubilete que se ponía encima del tablero y le hacíamos preguntas. Al cabo de un momento el cubilete comenzaba a moverse y a deletrear las respuestas. Ta mara decía que yo empujaba el cubilete y yo que no. Ella insistía que ella tampoco. Le preguntó a la uija a qué edad se casaría. Contestó que a los dieciséis años y ella se rió como una tonta. Le preguntó con quién se casaría y el cubilete empezó a dar vueltas intentando decidirse. Luego deletreó, «ya sabes». A ella le pareció encantador.

—Pregúntale algo, Buddy.

Me planteé todas las cuestiones cuya respuesta quería conocer, pero estaba seguro de que la uija no tenía esas respuestas, así que actué tan estúpidamente como ella y pregunté que con quién me casaría. Supuse que contestaría «nadie». Esa debería ser la contestación si de verdad aquello tenía algo de auténtico.

El tablero me dio las iniciales J. S. Tamara se puso histérica.

—Ni siquiera conozco a ninguna J. S. —dije irritado.

—Oh, claro que la conoces —arqueó las cejas.

—¿Quién es?

—Jenny Stanley.

—No conozco a ninguna Jenny Stanley.

Ella dejó caer las pestañas.

—Soy yo.

—¿Tú? ¿Pero no te llamabas Tamara Salome?

—En serio, Buddy —por primera vez su voz sonó como la de una chica de verdad, no tan cuidada en sus sostenidos y bemoles—. No creo que nadie pueda llamarse Tamara Salome. Es un nombre artístico.

—¿Qué tiene de malo Jenny Stanley?

—Pues supongo que nada, sólo que es tan corriente que la gente no se queda con él. Por eso mamá eligió Salome de apellido. Salome fue una famosa bailarina de la biblia. Lurlane sí es su nombre auténtico, pero ella pensó que Jenny no servía. Dijo que había sido muy poco previsora a la hora de ponerme el nombre; pero la verdad es que la madre de mi padre se llamaba Jenny y me lo puso para que la familia se quedara tranquila, aunque de bien poco sirvió. Me ha dicho que hay muchas bailarinas rusas famosas y Tamara suena a ruso, así que pensó que me quedaría muy bien. Me encanta, es tan romántico. Hazle otra pregunta a la uija. ¡Esto es muy divertido!

Arrugué la cara al mirar al absurdo tablero. ¿Quién podía creer en esas bobadas? Hice la pregunta más tonta que se me ocurrió:

—¿Qué hizo mi padre en febrero?

El cubilete pareció temblar. Tamara me lanzó una mirada de curiosidad y luego volvió a concentrarse en el tablero. El cubilete se movía despacio, como hacía el perro de la señora Hennessey cuando

se ponía a olfatear los sitios donde otros perros habían hecho sus necesidades. Finalmente se detuvo vacilante junto a una M, luego junto a una U, una E, una R, una T y una O. Después el cubilete se paró del todo y no volvió a moverse.

Me levanté y me acerqué a la ventana. El sol hacía que el mundo pareciese verde y dorado, pero se destacaban las rayas que yo había dejado en el cristal.

—¿Tu padre ha muerto, Buddy? El mío, no. Mamá se divorció de él cuando yo era pequeña.

—No, mi padre no está muerto.

—¿Tu madre también está divorciada?

—No, siguen casados. Los católicos no creen en el divorcio —suponía que seguirían casados aunque no compartiesen el mismo dormitorio. ¿Qué sabía yo realmente de ellos? ¿Habían cambiado de repente, o hacía ya tiempo que su relación había empezado a cambiar? Ya no eran papá y mamá, sino un par de extraños. Intenté verlos como si fuesen otras personas. Pero yo no tenía esa capacidad.

—¿No es extraño entonces que la uija haya deletreado la palabra MUERTO. ¿Qué querrá decir? ¿Dónde está tu padre?

Me puse en tensión. ¿Qué es lo que tenía que contestar?

—Ha estado fuera.

—¿Abandonó a tu madre? Mamá dice que los hombres son terribles, mejorando lo presente, por supuesto. Bueno, eso es lo que ella dice.

Yo no contesté. Seguramente Lurlane había conocido a muchos hombres. Pero para mí una cosa estaba clara; ella sí que no permitiría que un hombre como mi padre la tratase como si fuese basura.

—Por lo menos os dejó esta casa —siguió diciendo Tamara. Esta chica era un disco rayado que no necesitaba cuerda.

—Esta casa es de mi madre. Antes era de su padre y se la dejó.

—¡Qué bien! A veces pienso que me gustaría tener una casa. Un hogar de verdad. Pero mamá dice que la gente del espectáculo tiene que estar libre de cadenas y de compromisos. Tener muchos trajes, viajar... ¿Buddy?

—¿Qué? —me alejé de la ventana. Acababa de descubrir que no me sentía muy bien.

—¿Sales con alguna chica?

La miré. Su pelo rubio y dorado estaba todo revuelto sobre la almohada. Sus ojos azules, grandes y redondos tenían una expresión vacía y la boca era abultada, en forma de arco de Cupido. Del cuello para abajo parecía una mujer.

—No.

—¿Y eso, por qué?

—No sé. Fui a un colegio de chicos y no conozco a muchas chicas.

Se enderezó apoyándose en la almohada, se arregló el pelo con la mano.

—Vuelve a poner la radio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quiero preguntarte algo y no quiero que nadie nos oiga. Enciéndela.

La miré fijamente, me encogí de hombros y giré el mando de la Atwater Kent. Apareció un tipo cantando «La última ronda».

Tamara me hizo una seña para que me acercara. Y después:

—¿Has besado a una chica alguna vez?

Sentí que empezaba a enrojecer.

—No.

—¿Te gustaría besarme?

—No lo sé.

Sus abultados labios parecían suaves. Rojo-cereza y suaves. ¿Sabrían a cerezas maduras?

Levantó la barbilla, cerró los ojos. Me incliné, su cara se acercó. Su piel era dorada y había minúsculos pelitos dorados sobre su labio superior, sólo unos pocos, casi invisibles. Excepto si uno se acercaba tanto como yo.

No sabía a cerezas maduras, pero estaba conectada a algún tipo de corriente eléctrica que me hizo sentir un hormigueo por todo el cuerpo. Me incorporé.

—¿Tan mal estuvo? —susurró.

«Voy a por la última ronda», cantaba la radio.

—No, no ha estado mal —dije rápidamente.

Oí un portazo. Me eché para atrás..., bien atrás, al fondo de la habitación.

—Hace calor ahí fuera —dijo el señor Hall, secándose la frente junto a la puerta.

—Hace calor aquí dentro también —le contesté—. Te veré más tarde, Tamara, tengo que irme.

Por supuesto, tenía que ir a algún sitio, donde fuera y me acerqué a la iglesia. Entré a ver al padre Connelly. Pero había salido a hacer sus visitas a la parroquia, así que fui a pasear un rato al borde del lago. Intenté ordenar mis ideas, como por ejemplo, averiguar por qué me sentía tan raro, pero no conseguí encontrarle sentido a nada.

Lo único que descubrí era que esa sensación tenía que ver con mi padre.

¿Y con mi madre?

5

Cuando llegué a casa estaba a oscuras, excepto una luz encendida en el pasillo y otra en el cuarto de Tamara. Estaba muerto de hambre, así que fui a la cocina y miré en la nevera. Había unas sobras de cecina y me hice con ellas un sandwich; me lo comí vorazmente. No se oía ni un ruido en la casa. O todos estaban durmiendo, o no había nadie, o estaban muy callados.

Hice todo el ruido que pude pero no apareció nadie. Volví a salir al pasillo y me detuve dudoso ante la puerta de la habitación de mi madre. Empecé a subir las escaleras, volví a bajar y llamé a la puerta de mi madre.

Contestó ella en voz baja y somnolienta.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Donal?

—Francis.

Al cabo de un momento, dijo:

—He dejado un poco de cecina en la nevera.

—Ya la he visto —esperaba que me preguntases dónde había estado.

—Esa mujer, la señora Salome, dice que tiene un trabajo para ti. Tienes que ir con ella.

Me alegré, pero no tanto como si me lo hubiesen dicho ayer. Acerqué mi cara a la puerta.

—¿Dónde está?

—¿Tu padre? —pausa—. Ha salido.

—¿Va a volver?

—Sí —algo irritada—: Está de nuevo en casa. Deberías estar contento.

—¿Lo estás tú? —lo dije más fuerte de lo que había pensado.

Sonaron unos ruidos y luego se abrió su puerta. Llevaba un viejo y descolorido kimono encima del camisón y tenía el pelo suelto.

—No te comprendo. Deberías alegrarte.

—¿De qué se esconde?

Desvió la mirada.

—No se esconde de nada. Todo el mundo en esta casa sabe que él está aquí.

—Nunca pensé que me mentirías.

—No estoy mintiendo. No sé lo que te pasa...

—Me estoy haciendo mayor, eso es todo.

—¡Mayor! Te estás comportando como un niño de dos años.

Me di la vuelta, rabioso, y me fui a la cama. Así y todo, había descubierto algo que merecía reflexión.

Era más feliz cuando mi padre no estaba. No quería que se

quedara.

El Hindustani Palace no era tan importante como su nombre podía hacer pensar. Cabrían unas cien personas y no era un club nocturno como el de Jimmy; tenía asientos de cine. Había un escenario con una parte que se prolongaba hasta el público y la orquesta se sentaba a cada lado, debajo del escenario.

Mi trabajo consistía en vender caramelos entre actuación y actuación. Llevaba al hombro un gran saco de cuero y tenía que soltar una retahíla sobre los premios que podían tocar en cada cajita sorpresa. Se vendían a veinticinco centavos. El gerente, el señor Max Henry me lo explicó todo y luego me presentó al señor Sam Ordway, el rey de los caramelos.

El señor Sam Ordway era alto y huesudo, y olía muy raro. Tenía voz de bisagra oxidada y hablaba a cien por hora. Me llamaba Buster, aunque yo le recordaba continuamente que mi nombre era Buddy.

—Buster —dijo inmediatamente después—. Agarra una silla que luego, en el descanso, haremos un ensayo —me fui al fondo del teatro y me senté en un rincón mientras la orquesta afinaba.

En seguida bajaron las luces, sonó la fanfarria, y salió Bert Dawes. Llevaba una nueva nariz, roja y bulbosa, ropa demasiado grande, de colores chillones y unos zapatos inmensos. Contó un par de chistes sobre un jeque y sus esposas que no me parecieron muy divertidos y luego hizo la presentación de Salome y su danza de los siete velos.

La orquesta tocó una melodía oriental, al tiempo que Bert desaparecía en una nube de humo, y allí estaba ella, bajo los focos, toda envuelta en gasas plateadas y nebulosas, Lurlane, como algo sacado de un árbol de Navidad.

Llevaba una cosa negra alrededor del cuello. Dio dos pasos, balanceándose, y la cosa que le rodeaba el cuello se movió. Apareció una cabeza como surgida de la nada y se puso a bailar en el aire. ¡Madre mía, si era una serpiente!

No pude apartar los ojos. Los tenía como pegados, totalmente abiertos, siguiéndola allí donde fuese. Iba de un lado a otro, dejando caer velos, como había dicho Bert, y bailando con la serpiente. Al final se quedó con una mínima protección para la parte de arriba y un único velo en la parte de abajo. La música era cada vez más rápida e impetuosa, aunque no podía reconocerla, cuando, ¡zas!, algo voló por los aires y cayó en el pasillo, casi a mis pies. Comprendí que era la prenda de arriba de Lurlane y volví a mirar justo a tiempo para ver que la serpiente era lo único que Lurlane llevaba alrededor de su torso y que el séptimo velo lo tenía en la mano. Entonces las luces se apagaron de repente y volví a respirar.

Una voz salió de la oscuridad y se rió junto a mi oído.

—Te ha dado fuerte, ¿eh, Buster?

Volví la cabeza y miré indignado a Sam Ordway. Hay personas que consiguen ensuciar las cosas más bellas, y no me importaba lo que dijera la gente, pero yo nunca en mi vida, ni siquiera en sueños, había visto nada tan bello.

Sin embargo, para mi sorpresa, el señor Max Henry no parecía del todo satisfecho. Las luces de la sala se encendieron, subió al escenario, todo encorvado, y llamó a Lurlane.

Ella regresó envuelta en una túnica con plumas rosas y sin serpiente. Me asaltó una terrible inquietud: ¿Dónde guardaría la serpiente? ¿En casa?

—No sé qué decirte —empezó el señor Max Henry—. ¿Ese es todo el gancho que tienes? ¿Esa apolillada boa? Entiéndeme, está bien, pero hay muchas chicas bonitas y con talento en esta Feria y la competencia va a ser feroz. ¿No podrías hacer algún número con otra ropa, quizá algo más movidito? ¿Algo un poco diferente? ¡Maldita sea, en St. Louis habían montado un Egipto en pequeño y todo!

Ella le miró fijamente.

—Tú contrataste los siete velos para el tema hindú. Dijiste que era lo que querías. ¡Dios! No pensarás que a mí me gusta llevar una serpiente colgando encima de las tetas, ¿verdad?

El alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero me he enterado de cosas..., hay una fulana con unos abanicos que hace un número que deja a la gente boquiabierta, y hay otra que va vestida de niña y baja y se sienta encima de las rodillas de los palurdos...

Lurlane se puso muy tiesa.

—Yo soy una artista —dijo entre dientes—, ¡no una mujerzuela!

Parecía que al señor Max Henry le hubiesen dado una puñalada.

—Yo no he dicho que tengas que hacer lo mismo. Lo único que te decía es..., necesitamos algo electrizante, con clase.

—Todavía no has visto a Tamara —le recordó Lurlane—. Su número tiene clase. Con el tutú y las zapatillas de ballet.

Max Henry hizo una mueca.

—Sí, de acuerdo. Me liaste para que la contratara y si no, tú no firmabas, pero es sólo una niña. En serio, Lurlane, ella no tiene tu categoría. Quizá algún día la tenga, pero ahora, no.

Vi cómo relampagueaban los ojos de Lurlane, pero de repente cambió de actitud, alargó el brazo y tocó la arrugada mejilla de Max Henry.

—Max, todo va a ir bien, te lo prometo. Ya se me ocurrirá algo..., no sé el qué, pero ya me vendrá alguna idea... Y mientras tanto se volverán locos con la serpiente, te lo aseguro.

Se contoneó y le miró; él gruñó y se dio la vuelta, diciendo:

—De acuerdo, está bien. Vamos a repasar el número de Pfenn y

después la escena de Flugel Street.

Al Pfenn apareció muy puesto bajo los focos. Parecía mucho más joven, casi un niño, y cantaba muy bien. Sin embargo, el señor Max Henry volvió a encontrar defectos, y mientras discutía con la orquesta, Lurlane, en traje azul de calle, avanzó por el pasillo hasta el fondo del teatro, donde yo estaba.

—¿Qué te ha parecido, Buddy? —me preguntó.

—Estaba preciosa —contesté tragando saliva. Me di cuenta de que estaba poniéndome colorado.

Se sentó a mi lado y me palmeó la mano. Llevaba el mismo perfume que ya había olido yo en su almohada.

—Gracias, cariño.

Sus ojos brillaban en la oscuridad. Vi que estaba satisfecha. Sam Ordway dijo algo detrás de nosotros que yo no entendí y ella replicó:

—Cierra el pico, bocazas —casi automáticamente me sentí mal por ella. Imaginé que por el hecho de desnudarse en público tendría que soportar muchos comentarios desagradables. Gente que no podía comprender que era una artista y no una mujerzuela.

—¿Querrás acompañarme a tomar un café? —me preguntó.

Dije que sí antes de recordar que no tenía un solo centavo en el bolsillo.

—Invito yo —dijo como si hubiese leído mis pensamientos—. Cuando te paguen podrás invitarme tú.

Salimos del Hindustani Palace a la plena luz del día. Era difícil asimilar toda la amplitud de la Feria. Allá donde mirabas podías ver grandes edificios nuevos, extrañas estructuras, gran despliegue de vidrio y aluminio. La montaña rusa estaba dando una vuelta de prueba, por encima de nosotros y, aunque la Feria todavía no estaba abierta al público, parecía haber gente por todas partes, trabajando en la calle y en los jardines, preparándolo todo, limpiando...

Caminamos por la calle principal de la Feria y llegamos a la terraza de un café francés donde, según Lurlane, daban café y pasteles.

—Aún no he tenido tiempo de darle las gracias por lo del trabajo —dije.

Me dedicó una sonrisa.

—No te preocupes, Buddy, me encantó hacerlo.

Inmediatamente después se me ocurrió que con la primera paga que recibiese le haría un regalo. Sería lo primero que haría.

—Lurlane —tenía que satisfacer mi curiosidad antes de que nos fuésemos—. ¿Dónde guarda la serpiente?

Sonrió hasta que aparecieron los hoyuelos y sus ojos brillaron con malicia.

—No se lo digas a nadie, pero ¡adivina lo que hay en la sombrerera de mimbre!

A la mañana siguiente dormí hasta muy tarde. Cuando mi madre llamó a la puerta, muy temprano, murmuré:

—Vete. Ahora soy un hombre que trabaja. Que te ayude él.

Ella se fue.

Bajé a desayunar-almorzar con los demás y encontré a mi padre pasando la aspiradora por el vestíbulo: un agradable espectáculo.

—Oh, buenos días —Lurlane le saludó algo sorprendida—. ¿No es usted el nuevo inquilino?

El hizo una pequeña inclinación y la miró con sus ojos azul irlandés.

—Soy el hombre de la casa, señora. Donal Carmody, para servirle.

—Pero Buddy —se volvió hacia mí—, no me dijiste que tu padre estaba en casa —y a continuación, para mi inmenso placer, me cogió del brazo y entramos en el comedor.

No había metido aún la cuchara en mi tazón de cereales cuando mi madre asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Francis —dijo con frialdad—, tu amigo Crosby ha venido a verte.

Jimmy estaba sentado en la escalera de atrás fumando un Wing, descaradamente y a plena luz.

—Oye, estaba comiendo —le dije—. Se me van a enfriar los cereales.

—No te preocupes, es sólo un minuto. Pensé que tenía que decírtelo. John Dillinger no puede estar viviendo en tu casa porque ayer robó un banco en Indiana y consiguió despistar a la Policía tirando tachuelas por la ventanilla de atrás de su coche para pincharles las ruedas —Jimmy dio una profunda chupada a su cigarrillo, tosió.

—Te dije que no podía ser Dillinger —contesté y me di la vuelta para seguir con mis cereales.

—Veo que tu viejo ha regresado —dijo Jimmy.

—No vayas pregonándolo por ahí —le dije muy en serio—. Nadie sabe que se marchó y nadie tiene por qué saber que ha vuelto. Te lo conté a ti y a nadie más.

—Oh, venga, Buddy, todo el mundo sabe cuándo y por qué se fue.

Fui a echar un vistazo a la cocina. Estaba vacía. Volví fuera y me senté junto a él en un escalón.

—Si tanto sabes —dije altivamente—, dime por qué y te diré si tienes razón.

—Pues, porque... —me miró con agudeza—. Oye, ese truco es muy viejo. ¡Tú eres el que no lo sabes! No tienes ni idea.

—Claro que lo sé —me puse de pie—. Pero eso sí que es un truco, y no te lo voy a decir para que luego se lo sueltes tú a todo el vecindario.

—Vaya —dijo Jimmy a mis espaldas, según me iba alejando—, resulta que no sabe lo de su padre. Deberías preguntarle a Carmine Genna.

Carmine Genna tenía una tienda de ultramarinos unas manzanas más allá de nuestra casa. Mi madre no compraba allí, iba a Piggly-Wiggly; decía que no se fiaba de la frescura de los productos de Carmine porque pensaba que no debía vender mucho. Cuando yo le pregunté qué quería decir con eso, se limitó a mover la cabeza y cambió de tema. Como con casi todo, tuve que enterarme por medio de otra persona de que Carmine Genna era un contrabandista y que llevaba también una casa de juego en la trastienda.

Ya había estado algunas veces en la tienda de Genna, casi siempre con Jimmy, comprando cigarrillos. La mujer que estaba en el mostrador, la hermana de Genna, Fiona, no era demasiado exigente con respecto a la edad que había que tener para poder comprar tabaco. Había también revistas verdes que, siempre que podíamos, hojeábamos Jimmy y yo.

Me quedaba tiempo para ir a la tienda de Genna antes de empezar a trabajar, pero no se trataba de entrar y decir simplemente: «¿En qué lío está metido mi padre?» Lo mejor sería que entrase a comprar algo; lo malo es que no tenía dinero. Y aunque lo tuviera, ¿qué iba a hacer después de comprar? ¿Preguntar? El desgraciado de Jimmy, si sabía algo, ¿por qué no me lo decía? Lo más seguro era que no supiese nada y que se lo estuviese inventando todo.

Estaba sentado al sol en los escalones del porche intentando decidir qué podía hacer, cuando oí el sonido del arpa de mi padre. Había que reconocer que tocaba bien. Cuando sus dedos recorrían las cuerdas, sentía escalofríos.

Oí a Lurlane exclamar algo, pero no pude descifrar el qué. Era típico de mi padre. Yo podía, en vano, cantar al piano hasta quedarme ronco para intentar llamar su atención cuando ellas entrasen, y él, sin ningún esfuerzo, sacaba el arpa y ya estaban todas a su alrededor.

Apoyé la cabeza en las rodillas y, sin querer, me puse a escuchar la música. Nunca me había echado una mano ni lo intentó, y, desde luego, no había sido un buen padre. Cuando tenía trabajo siempre era durante la noche y, naturalmente, dormía de día. Y luego, cuando no tenía trabajo, tampoco estaba en casa. Y si estaba, se peleaban. Haciendo memoria, era como si, antes de irse, siempre se hubiesen estado peleando. Sin embargo, también siempre era ella la que le perdonaba, ¡siempre!, como ahora.

La música dejó de sonar y hubo aplausos. Como ya no se oía nada, corrí alrededor de la casa y entré por la puerta de atrás. El perro de la señora Hennessey me ladró al pasar. Mi madre estaba en la cocina fregando los platos. Iba a decirle: «¿Y él, por qué no te

ayuda?», pero en lugar de hacerlo cogí un paño y me puse a secar los platos.

—Francis —sopló ese rizo que siempre se le soltaba del moño y le caía sobre la frente—, ¿qué tienes que hacer en la Feria? Llegaste tan tarde anoche que no pude preguntártelo.

—Vender caramelos.

—¿Sí?, qué bien —me pasó un plato—. No es que tenga mucho futuro. Pero es una buena ayuda hasta que encuentres tu sitio.

—Sí, mamá —estaba seguro de que si supiera lo del Hindustani Palace, cambiaría de tono, pero como ella misma había dicho: Ojos que no ven, corazón que no siente...

—Quiero que tengas algo de dinero en el bolsillo —dijo de repente—. Después de que te fueras ayer, pensé que podrías necesitarlo para algo. Vete a la despensa y saca un dólar de mi monedero.

Coloqué cuidadosamente el plato en su sitio. Fui a buscar el dólar y me lo metí en el bolsillo. No sabía si me alegraba tenerlo. Ahora tenía que ir a la tienda de Genna. No me quedaban excusas. A no ser que ella me mandase alguna tarea...

—Y en lo de arreglar las habitaciones, mamá, ¿te está ayudando él? —pregunté.

Enjuagó la sartén y la puso boca abajo en la mesa.

—Les dije que cada uno tenía que hacerse su cama, excepto cuando cambiase las sábanas.

Eso explicaba por qué no había visto la pistola del señor Hall. En el fondo, sabía que tenía que contárselo, pero,

¿qué haría ella entonces.? Estaba debatiendo esa cuestión cuando la puerta de la cocina se abrió de repente y apareció mi padre, todo sonriente.

—Ya he conseguido trabajo —cacareó. Le brillaban los ojos.

—¡Donal! Pero, ¿cómo...? —a veces, cuando le hablaba revivía, como ahora. Desaparecían las arrugas de preocupación y su rizo daba brincos en la frente.

—La señora Salome. Necesitaba una novedad para su espectáculo y ha dicho que mi arpa viene de perlas. Cogió a mi madre por los brazos y la atrajo hacia sí. Desvié la mirada.

—Hall nos va a llevar a la feria en coche, con arpa y todo —dijo mi padre al cabo de un momento—. Vente con nosotros, Buddy, si quieres.

—Iré andando —dije rígidamente.

—Hay sitio. Puedes ir en el asiento descubierto de atrás —me miraba de una manera que me molestaba, casi suplicante. Un hombre no puede suplicar. No quería que me mirase así.

—He quedado con Jimmy Crosby —mentí.

—Donal, ¿estás seguro…? —la preocupación había vuelto a la cara de mi madre—. ¿Tiene la señora Salome la última palabra?

Sacudió la mano.

—El gran jefe es un tal Max Henry. Ella dice que lleva tiempo dándole la paliza para que encuentre algo nuevo. Y que la idea le va a parecer genial.

—Ojalá —mi madre se acordaba de las veces anteriores, como cuando lo de la prueba con la orquesta sinfónica. ¡Siempre tan seguro, y tan equivocado!

Tuve que ser sincero con ella.

—Es verdad —le dije—. Yo oí al señor Henry decirlo.

Entonces ella le sonrió.

—Estaré esperando impaciente… a que vuelvas a cenar.

—Para los Carmody, la rueda de la fortuna empieza a cambiar, ya lo verás —le lanzó un guiño y salió de la cocina pavoneándose. Yo me despedí de ella y salí por la puerta trasera.

6

La tienda de Genna al menos la zona de ultramarinos, era como un cajón, oscura. Tenían muchos productos italianos, un queso blanco fresco que no era precisamente ni blanco ni fresco, un gran barreño de spaghetti y especias raras que se podían oler desde la puerta.

Observé que incluso en la tienda de Genna hacían negocio con la Feria. Tenían un montón de objetos de recuerdo en las estanterías de al lado de las revistas. Había unos cojines con flecos en los que se leía, «Un Siglo de Progreso, Chicago, 1933». Me quedé junto a los souvenirs palpando distraídamente los flecos de un cojín, atento por si aparecía Carmine Genna. Allí estaba su hermana Fiona, al final del mostrador, atendiendo a una señora mayor que parloteaba en italiano. Creo que era italiano; para mí era chino.

La charla continuó hasta que, por fin, la señora se fue con su paquete y Fiona Genna levantó la mirada. Supongo que no me vio demasiado bien porque dijo:

—¿Hay alguien ahí? ¿Quiere algo?

—Sí..., yo... —agarré rápidamente uno de los cojines del Siglo del Progreso y se lo llevé—. ¿Cuánto vale?

—Ochenta y nueve centavos —su voz acabó en una extraña nota. Ahora que estaba cerca podía ver que iba a tener un hijo muy pronto.

Hurgué en mi bolsillo buscando el dólar y se lo entregué con el cojín. Podía regalárselo a Lurlane como muestra de aprecio. Un recuerdo de la Feria, algo que siempre le hiciera acordarse de mí.

—¿Tú eres el hijo de los Carmody? —preguntó Fiona Genna en voz baja, aunque ya no debía de llamarse Genna, puesto que iba a ser madre. Debió haberse casado sin que yo lo supiera.

—Sí, señora —aún tenía en las manos el cojín y el dólar.

—Fuera de la tienda —siseó.

La miré fijamente.

—Pero si estoy comprando. Este... —agité el cojín ante sus ojos. Se oyó la voz de un hombre al fondo. Fiona miró alrededor como si tuviese miedo. Descubrí que era una mujer bastante bonita, de una belleza oscura. Tenía unos grandes ojos y los pómulos salientes.

—Vete —ordenó casi en un murmullo.

—Pero yo quiero el cojín...

La voz de hombre dijo algo en italiano y enseguida se abrió en dos la cortina que había tras ellos. Apareció Carmine Genna en persona. Era de tez oscura, tenía el pelo rizado todo enredado y ojos de mirada dura. En una ocasión, Jimmy me había dicho que Carmine tenía contactos con la chusma de Capone. No lo dudé.

Cuando me vio, sus ojos se achicaron aún más. Fiona bajó la

cabeza, tomó el cojín e hizo sonar la caja registradora. Carmine dijo algo en su lengua nativa. Ella negó con la cabeza y me entregó once centavos. Vi que le temblaban las manos.

—¿Eres el hijo de Carmody? —preguntó Carmine.

—Sí, señor —luché contra el impulso de salir corriendo.

—¿Dónde está tu padre? —Carmine se asomó por encima del mostrador y puso su cara cerca de la mía—. Tú sabes dónde está, ¿a que sí? —me agarró de la pechera de la camisa y tiró. Su aliento olía a ajo, a ajo y a alcohol.

—No, señor. El, él nos dejó en febrero.

—No sabe nada, Carmine —Fiona le sujetó por el brazo—. Deja al muchacho tranquilo.

—Estoy buscando a tu padre, chico, ¿lo sabías? Tengo muchas ganas de encontrarle.

Pensé que no tendría tantas ganas como decía, cuando mi padre estaba a unas manzanas de allí. Pero no había duda; fuese lo que fuese, lo que había hecho había enfadado de verdad a Carmine Genna. ¿Habría estado jugando en la trastienda y se habría marchado con deudas? Seguro que era eso. En el pasado había oído discusiones entre mi padre y mi madre sobre el juego.

—No sé dónde está, señor Genna —lo dije lo más tranquilo que pude—. Mi madre y yo hemos tenido que meter huéspedes en casa para poder llegar a fin de mes.

Sus ojos oscuros miraron dentro de los míos. Esperaba que sólo viese en ellos inocencia. Fiona metió el cojín en una bolsa de papel y me lo tiró.

—Ya te dije que no quería volverle a ver —murmuró entre dientes.

—¡No importa lo que tú quieras! —replicó Carmine. Me soltó de mala gana—. Dile a tu padre que le cogeré. ¿Me has oído?

—Sí, señor —apreté fuerte el cojín contra mí y me volví. No eché a correr, aunque me apetecía.

En ese momento se me ocurrió la horrible sospecha de por qué Carmine Genna estaba tan enfadado con mi padre. No podía ser. No podía haberle hecho una cosa así a mi madre. Era un irresponsable, sí, y un vago, pero no, esto no, esto no podía hacérselo a mi madre. ¿Hacerle un hijo a otra mujer? No, ¡eso no!

Cuando llegué al Hindustani Palace Bert y Al estaban ensayando la escena de un juicio con una corista. No había ni rastro de Lurlane ni de mi padre.

Al hacía de abogado y Bert era el juez. La mujer, de pelo rojo brillante, estaba sentada en el banquillo de los acusados, con la falda bastante más arriba de las rodillas.

—Le disparé entre la cafetera y el tostador —dijo.

Bert la miró de reojo, con malicia, y dijo a su vez:

—Pues un poco más abajo y le das en el colador.

Al golpeó a Bert con una especie de globo de goma. Las luces se apagaron.

El señor Max Henry estaba sentado delante. Me acerqué a él y le pregunté:

—¿Está mi padre? ¿O la señora Salome?

—¡Ah!, estás aquí, Buddy. Sam te ha estado buscando. Está detrás del escenario llenando los paquetes de caramelos.

—Sí, señor. ¿Y mi padre?

—Salió con Lurlane a tomar café, o algo así. Deberías ir a echarle una mano a Sam.

—Sí, señor —recorrí el camino hasta la parte de atrás del escenario llevando conmigo el cojín. Imaginé que habrían llegado a un acuerdo en lo de meter a mi padre en el espectáculo, si no, no se hubiesen ido a tomar café.

Yo tendría que estar contento de que hubiese conseguido el trabajo, pero no lo estaba.

Nada, que no volvían, Al y la corista hicieron unas cuantas parodias más. Una era en un restaurante: Bert hacía de camarero y Al y la mujer eran los comensales.

—¿Tomaría la señora un poco de lengua? —preguntó Bert.

—Nunca como nada que haya estado en la boca de un animal —replicó ella.

—¿Y qué le parecen unos huevos?

El señor Max Henry empezó a pasear arriba y abajo mirando el reloj. Las coristas, había seis en total y algunas parecían mayores que mi madre, hicieron una canción y un baile en el que terminaron tirando las ligas al público, en el caso de que lo hubiese habido. El señor Henry me dijo que recogiese las ligas, que había que usarlas otra vez.

El director de orquesta llamó al señor Henry.

—¿Cuándo va a volver la *prima donna* y el trovador?

El señor Henry se encogió de hombros como si no le importara, pero parecía furioso. La bolsa del cojín estaba ya rota. Hacía tanto que la llevaba... Era casi la hora de volver a casa a cenar.

—Buddy —llamó el señor Henry—. Sal a buscarlos.

—Sí, señor. ¿Pero, dónde? ¿Dónde han ido a tomar café?

Negó con la cabeza.

—Inténtalo por los sitios en donde se pueda conseguir alcohol —me dijo cuáles eran—. No creo que lleven tanto tiempo tomando café.

Yo dije despacio:

—¿Lurlane, la señora Salome, bebe?

—No te quedes ahí parado haciendo preguntas tontas, muévete —

gruñó exasperado. Al salir me di cuenta de que me había traído el cojín.

Los encontré en la trastienda de un establecimiento que tenía un letrero en el que ponía CAFE. Estaban sentados en la esquina de un apartado. Por poco no los veo. Mi padre hablaba y ella le escuchaba, inclinada hacia él y mirándole a los ojos. Se veía que ya había tomado unas cuantas copas. Le brillaban los ojos como cuando se emborrachaba, como si tuviese fiebre, y sus mejillas estaban totalmente rojas.

Cuando me acerqué, estaban diciendo:

—Y los ríos llenos de truchas... son como el cristal, y el aire es como el vino, vino nuevo...

—Es hora de ir a casa a cenar, —anuncié—. Mamá nos está esperando —volvieron sus caras hacia mí, despacio, como si hubiesen estado soñando y todavía no hubiesen despertado del todo.

—Dios mío —dijo Lurlane—. ¿Qué hora es?

—Me temo que me he dejado llevar —mi padre sonrió lastimosamente—. Siempre me pasa lo mismo cuando me acuerdo de mi viejo país. Llevo aquí casi veinte años y aún sigo haciéndolo.

—Tenemos que irnos —Lurlane rió avergonzada y se levantó. Me pareció que le costaba un poco mantener el equilibrio.

—El señor Henry me mandó a buscaros —les dije.

Me miró como pidiéndome que me pusiera de su parte.

—¿Está enfadado?

—Un poco.

—Hay que volver. No queremos que pierda su humor y que cancele nuestro maravilloso número... —miró a mi padre.

—Dile a tu madre que nos hemos retrasado en los ensayos —me dijo, dándose importancia—. Ella lo comprenderá.

—¿No vais a venir a cenar?

—No podemos, Buddy. Habrá que hacerlo todo seguido. Tomaremos luego cualquier cosa —ella quiso cogerme de la mano, pero yo la tenía ocupada con el cojín.

—Se lo diré. Tome, esto es para usted —dije. Y me marché, dejándoles allí. Ella con el cojín en la mano.

No pude descifrar la cara que puso mi madre cuando se lo conté. La desvió. Lo único que dijo fue:

—Entonces, les guardaré la cena. Luego la querrán.

Bert y Al tampoco aparecieron. No sé si también les habría guardado la cena a ellos.

Mientras me entretenía con mi propia cena, Tamara anunció que volvía conmigo.

—El señor Hall nos llevará, ¿verdad, señor Hall?

Le mandó una sonrisa por encima de la mesa.

—Encantado de ayudar a una señorita.

—Estoy tan harta de dar vueltas por la casa —dijo enfurruñada—. Y además mi tobillo está mucho mejor.

Fuimos en el asiento de atrás. Sentí que, por culpa de mi padre, no estaba disfrutando lo suficiente del deportivo. El señor Hall dijo por encima de su hombro, que le gustaría que Tamara le dijese a su madre que estaría encantado de llevarla a cenar después del trabajo. Tamara contestó que si su madre no podía, ella sí podía. Después de decirlo me miró casi como esperando que me importase si iba o no. A mí no me importaba.

Cuando entramos, Lurlane estaba en el escenario. Llevaba un traje largo negro con el que parecía una reina. Mi padre estaba en el foso de la orquesta tocando el arpa, él solito. Tocaba «Lo único que hago es soñar contigo». Ella se puso a cantarla, bueno, más que a cantarla a hablarla. Cuando llegó al estribillo empezó a mover sus manos por todo el cuerpo. Al cabo de un minuto o dos me sentí molesto. Quería apartar los ojos del escenario, pero no podía. Al final de la canción dejó caer su vestido negro al suelo. La ropa interior era también negra, de encaje. No sé por qué, pero en el número anterior, el de la serpiente, no me había afectado tanto cuando se quitó los velos y lo demás. Ahora, con las bragas negras, era diferente.

Cuando terminó y volvió al escenario envuelta en la bata, el señor Max Henry dio unas palmas y gritó:

—Tiene clase, Lurlane, ¡auténtica clase!

O sea, que mi padre esta vez sí que tenía trabajo. Un trabajo que duraría todo el verano.

La Feria se inauguró oficialmente. Parecía un caleidoscopio, cambiando continuamente de formas. Un día era un lugar casi familiar y de pronto parecía algo nuevo, abarrotado de gente, siempre rebosante de luces eléctricas y de sonidos, ruido de gente, de músicas, de discursos, de aparatos electrónicos.

Esa primera mañana mi madre vino conmigo a la Feria. Se había levantado temprano, había preparan; un almuerzo frío.

—Ahí lo tienen. ¡Si no les gustan lo? emparedados, que coman en otro sitio...!

Se había puesto su mejor vestido; uno de muselina, estampado con flores azules y abotonado por delante.

Me extrañó oírla decir que venía, ni siquiera le había preguntado si quería, porque casi nunca salía de casa. Pero allí estábamos, en la cola, como el resto de la gente. Al fin, las puertas se abrieron, los torniquetes hicieron ¡clic!, y entramos.

Pasada la entrada principal estaba el edificio de la administración. Se leía en el folleto: «En este edificio en forma de E, en las tres alas de la parte descubierta que da al lago y en la parte

cubierta que va en paralelo al paseo de Leif Eriksen se realizaron los experimentos que dieron como resultado la original iluminación y los efectos de colores usados en todo el recinto.

»La ciencia, simbolizada por la rueda del Zodíaco en la base, y la industria, con ruedas y engranajes, fueron modeladas en yeso y recubiertas con láminas de aluminio para formar las dos figuras hercúleas que dominan la entrada al edificio. En el interior, se encuentra un amplio salón con el foto-mural más grande del mundo —una panorámica de la exposición—, situado en la pared este.» Miramos las figuras hercúleas y el mural.

—Vaya, vaya —exclamó mamá.

Seguí leyendo. «Una amplia puerta frente a la entrada permite el acceso a un corredor que da paso a una gran escalera que lleva a la sala de administración, donde fueron creados los planos que hicieron posible la realización del Siglo del Progreso como la instalación de un moderno espíritu creativo, por medio del uso de nuevos materiales y nuevos diseños.»

—¡Qué interesante! —dijo mi madre

—«El salón es muy bello en su moderna simplicidad», seguí leyendo. «Especialmente por la noche, cuando sus paredes ocres adquieren un suave matiz dorado bajo las cálidas luces rojo-anaranjadas. Un ventanal situado en el extremo este de la sala nos muestra una vista panorámica del lago Michigan y Northerly Island. El edificio es en sí mismo un experimento que muestra posibles tendencias en el terreno de la construcción de oficinas y factorías.»

—¿Qué viene después? —preguntó mi madre.

Después fuimos al edificio Sears-Roebuck y nos sentamos.

—Dios mío —dijo mamá abanicándose con el folleto—. Hay tanto que ver.

—Ni siquiera hemos empezado —le contesté. ¿Le estaría gustando? Tenía la cara colorada y parecía confusa más que otra cosa. En ese momento pasó un niño corriendo y tropezó en sus pies. Los recogió pensando que quizás estaba ocupando demasiado sitio. Le dije al niño:

—Mira por dónde andas. —Y a mi madre—, vamos, lo siguiente es la Casa de Illinois. Hay muchas cosas sobre Abraham Lincoln.

Mientras llegábamos al Templo Chino de Lama pensé que el mundo entero estaba en la feria. Caminando entre la multitud intenté leerle a mi madre los datos sobre el templo chino. Junto con el vanguardismo del Teleférico Sky-Ride y el Salón de la Ciencia reposa majestuosamente este antiguo santuario, el Templo Chino de Lama, que fue trasladado a la Exposición Mundial de Chicago por el notable explorador sueco doctor Sven Hedin, y donado por Vincent Bendix, industrial millonario.

«El Templo Dorado, lugar de culto de los emperadores Manchu, fue copiado fielmente por arquitectos y artesanos del norte de China, enviado en 28.000 piezas a Chicago y ensamblado en el Siglo del Progreso como un inmenso rompecabezas chino. La cubierta es de tejas de cobre revestidas con láminas de oro. Dentro del pabellón hay imágenes de Buda, quemadores de incienso, oratorios, campanas y demás objetos de este culto en vías de desaparición.»

—Buda —murmuró mamá mirando la imagen—. Nunca podré entender por qué cada país tiene su propio dios.

—¿Quieres montar en el Teleférico? —Señalé hacia arriba. Allá, a doscientos metros de altura, decía el folleto publicitario, había dos torres gemelas unidas entre sí por cables sobre los que se movían las cabinas en forma de cohete—. Aquí dice que desde las torres de observación se puede ver Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin.

Yo sí que quería montar en el Teleférico y estaba deseando que ella aceptara.

—¿Es seguro? —me preguntó.

—Pues claro que sí. Quiero decir, no iban a dejar montar a toda esta gente si no lo fuese. Aquí pone que ha sido construido con un coste aproximado de 1.200.000 dólares y que se usaron más de dos mil toneladas de acero para construir las torres. Y otras mil toneladas para los cables. Y que es tan seguro como tu propio coche.

—Ve tú, Francis —mi madre me dio un suave empujón—. Yo te espero aquí.

—No, déjalo, mamá. Tendré muchísimas ocasiones. ¿Qué quieres ver ahora?

—¿Dónde está el sitio en el que trabaja tu padre?

No dijo «donde trabajas tú», sino «dónde trabaja tu padre».

—En el paseo central.

—¿Dónde queda?

—Por allí. Al sur de la calle Veintitrés. Pero vamos primero al Salón de la Ciencia. Allí hay de todo. Fármacos y medicinas, un hombre transparente, y otras cosas. Aquí pone, «otras secciones de esta espléndida muestra están dedicadas a la Biología, la Química, la Geología, las Matemáticas y la Física. Se habla del romance entre el gas y el petróleo, de la refracción de la luz por medio de prismas y lentes, de los efectos de color producidos por varios medios y sus espectros; los fundamentos de la mecánica son demostrados y muchos otros interesantes aspectos de la vida diaria, aparentemente poco importantes, son analizados, de manera interesante. El lado suroeste alberga el carillón, un espectáculo de inusitada belleza cuando, de noche, miles de metros de tubos de neón escondidos en sus muros, se iluminan.

—Hace un calor terrible, Francis, y empiezo a estar cansada —por

la forma de decirlo me di cuenta de que alguna idea le estaba dando vueltas por la cabeza—. Pasemos por el Hindustani Palace y luego nos vamos a casa. Como tú dijiste, habrá muchas más oportunidades.

Señalé el Santuario Maya y al Mundo-Hace-un-Millón-de-Años, que estaban de camino, pero sólo asintió con la cabeza y dijo como ausente:

—Qué bonito. Cielos. Construir esto debe haber costado un montón de dinero.

—Y ese es el barco polar del Almirante Byrd, el «City of New York», ¿ves? Ahí, anclado en la laguna. Con eso se fue al polo Sur.

—Sí, desde luego, qué bonito. ¿Y este es el paseo Central?

—Ajá. —Caminamos sin hablar. No sé si llegó a ver las fotos de las chicas en los carteles de los clubs, ya que parecía que miraba tan sólo al frente. Pero se detuvo en seco cuando llegamos al Hindustani Palace sin que yo le dijese nada.

Allí también había fotos. Lurlane en su atuendo «Siete Velos», enseñando bastante. Tamara posando sobre el dedo gordo del pie, con un diminuto traje de ballet. Las chicas del coro vistas a través de una cámara mágica parecían años más jóvenes y mucho más guapas.

Me hubiera gustado que mamá dijese algo para que así yo pudiese responderle, pero no dijo nada. Sólo se dio la vuelta y se encaminó hacia el lugar por donde habíamos venido. Tuve que echar a correr para alcanzarla.

—Es un espectáculo artístico —dije cuando recuperé el aliento—. Y además yo no me fijo. Sólo vendo caramelos en el descanso.

Mi madre se abrió paso por entre un grupo de gente que estaba parada en medio de la acera.

—Por favor, mamá —dije—, no te enfades. Si tanto te molesta, dejaré el trabajo.

—Ya es demasiado tarde. —El tono de mi madre era terminante. Intenté figurarme lo que quería decir. ¿Demasiado tarde? ¿Por qué demasiado tarde? Si por lo menos me dijese algo concreto en lugar de andar con rodeos… Iba a toda prisa, hacia las puertas, hacia casa. Ahora no había quien la parase.

Aquella noche vi por primera vez el espectáculo completo del Hindustani Palace. Lo vi con un público casi enteramente masculino y los oí aullar y gritar, y cuando me tocó a mí «actuar», vender caramelos, me dio asco tener que rozar sus manos.

Durante toda la noche soñé con ello, pero en mis sueños la serpiente de Lurlane era un monstruo viscoso; el ballet de Tamara era una insidiosa trampa, y la música del arpa de mi padre un asqueroso canto fúnebre.

Me desperté muy temprano, estaba empezando a amanecer y me pareció oír a alguien que subía o bajaba las escaleras de puntillas. Fui

al pasillo para ver quién era, pero la escalera estaba completamente vacía y la casa en silencio.

Un pájaro hizo «piu-piu» desde el manzano de la señora Hennessey e identifiqué el afónico ladrido de su perro. Asomado a la ventana vi la puerta trasera de su casa abierta y cómo salía el perro, que iba corriendo a hacer sus necesidades bajo el manzano.

Me vestí y bajé las escaleras en silencio. Observé que las puertas de las habitaciones de mi padre y de mi madre estaban cerradas. Había un extraño arañazo en la puerta de la habitación de mi padre, la que antes era mía. Me acerqué cuidadosamente y pasé los dedos por encima. Parecía como si alguien hubiese disparado con una pistola, no hubiese apuntado bien y la bala hubiese rozado la superficie de la puerta dejando una marca, a pesar de que no pude encontrar dónde se había alojado la bala. Sin embargo, lo que sí observé fue lo que podría ser un nuevo agujero en la alfombra del vestíbulo. Por otro lado, el agujero también podía llevar ahí mucho tiempo.

Si alguien me preguntara, yo tendría que decir que no podía ser la marca de una bala puesto que nadie en la casa había oído un disparo. Aunque también puede ser que cuando dispararan no hubiese nadie en casa o que no lo oyésemos porque estábamos arriba. Pero la habitación de mi madre estaba en el primer piso y ella casi siempre estaba en casa.

Lo hubiese oído.

Y si alguien me preguntara y yo dijese que parecía la huella de un balazo, pensarían que tenía demasiada imaginación. Así que opté por no decírselo a nadie.

7

El padre Connolly estaba sentado en una hamaca en el patio de la escuela parroquial escrutando el cielo. Estaba allí, sin abrigo y con un delantal de carpintero. Había estado pintando la plataforma del tiovivo de los niños pero al verme lo dejó y dijo que de acuerdo, que si yo quería me escucharía.

Dio un pequeño impulso a la hamaca y yo hice lo mismo en la mía, con lo que nos pusimos a balancearnos adelante y atrás casi al unísono.

—Cuando yo tenía tu edad, Buddy —dijo lentamente—, ya estaba en el seminario, con lo que me evité muchos desengaños.

—¿Desengaños?— le di un impulso aún más fuerte a mi hamaca —. ¿Así es como lo llama? ¿Descubrir que el mundo es algo espantoso?

—No es espantoso, Buddy. Puede que algunas personas lo sean, pero tienes que aprender a ser compasivo...

—Diga —dejé de balancearme—, tengo algunas preguntas que hacerle y quiero respuestas concretas, no un sermón sobre la bondad de Dios.

El también dejó de balancearse. Sentí sus ojos sobre mí. Miré fijamente la lata de pintura y la brocha que había dejado al sol.

—Se supone que tengo que honrar a mi padre y a mi madre —dije —. Pero ¿cómo voy a honrar a mi padre siendo como es?

—¿Y cómo es tu padre? —Su tono era dulce, y eso me fastidió. El ya sabía cómo era. Antes de irse, mi padre se había confesado con el padre Connolly, como el resto de la familia. Además, el cura tenía que saber todo lo que pasaba en la parroquia. Si él no estaba enterado ¿quién lo iba a estar?

—No trabaja y bebe y... creo que fornica. Eso es adulterio, ¿verdad? ¡Y sólo Dios sabe qué más cosas hace!

—Sí, seguro que Dios lo sabe. Y si tú encontraras algo en tu corazón para poder perdonarle, estoy convencido de que le ayudarías. Tu madre es una persona caritativa, ¿no es así? Ella le perdona, y Dios también.

Fruncí el entrecejo.

—Fiona Genna... —Le miré a la cara—. ¿El es el padre de su hijo?

—No te puedo contestar a eso, Buddy. —No me miraba a los ojos.

—¿Por qué? ¿Es que soy demasiado joven?

—No. Porque, aunque lo supiera, los sacerdotes guardamos el secreto de confesión. Sólo puedo hablarte de lo que es de conocimiento común, que

Carmine Genna va a traer de Italia un marido para Fiona. El niño

va a tener apellido.

Me imaginé lo que podría sentir cualquiera que se casase con una mujer que iba a tener un hijo de otro.

—¿Cómo puede ser capaz? —dije ásperamente.

El padre Connolly se encogió de hombros. Estaba colorado por el sol hasta el límite de su incipiente calva. Por primera vez lo vi como a un hombre, un hombre como los demás, que había hecho unos votos. ¿Sería también igual que los demás por debajo de la sotana?

—Imagino que en Europa habrá muchos jóvenes ansiosos por venir aquí —dijo—. Tan ansiosos por venir que no ponen reparos... —Sus palabras se diluyeron—. ¿Has vuelto a pensar en lo del seminario? En alguna ocasión he llegado a pensar que tenías una auténtica vocación por el sacerdocio.

Moví obstinadamente la cabeza.

—No. No soy lo suficientemente bueno.

—A veces me pregunto —dijo reposadamente—, si alguno de nosotros lo es.

Me levanté de la hamaca rabioso.

—No me está usted ayudando. Puede que nos enseñe catecismo y a jugar a la pelota, pero usted no puede ayudar a nadie. Mi madre está sufriendo, ante mis propios ojos. ¿Qué puedo hacer? Eso es lo que quiero saber. ¿Por qué no se quedó donde estaba?

El padre Connolly miró al suelo.

—Buddy, debes perdonarle. Es tu padre. Lo hecho, hecho está. Me dijiste que ahora tenía trabajo. Quizá ha cerrado un capítulo de su vida.

—Lo dudo. Sí, lo dudo. —Volví a ver a mi padre bebiendo cerveza con Lurlane. ¿Cómo Lurlane me había podido hacer esto a mí?—. Trabaja en una casa de pecado. ¡Y yo también!

El padre Connolly me echó una mirada rápida.

—Si tú lo sientes así, ¿por qué no lo dejas?

Enrosqué mis manos en la barra que sujetaba las hamacas.

—Al principio no era así. No me lo pareció. Pensaba,...quiero ser un hombre, un hombre como es debido. Pero, ¿puede un hombre ser decente?, ¿puede un hombre ser bueno?

—Por supuesto que sí. Nació en el pecado, pero a pesar de ello, debe intentarlo.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? Tantos gangsters, tantos asesinatos. Siempre lo mismo en los periódicos. Pistolas y muertos. Muerte, muerte, muerte...Y la Policía. Continuamente oigo hablar de eso, todo el mundo habla de eso. Y los políticos burlándose de nosotros. Exceptuando quizás a Roosevelt. Puede que él se salve. ¡Eso espero!

—Todas las noches rezo por el presidente —dijo el padre

Connolly.

—¡Rezar! —casi escupí la palabra—, ¿para qué sirve? Nunca, en toda mi vida, he recibido una sola respuesta a mis oraciones.

—Puede que no rezases por lo que tenías que rezar.

Mi enfado iba creciendo, casi hasta convertirse en asco.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Y usted qué sabe por qué rezo? Quiero ser un hombre bueno, un buen hijo. Quiero encontrar un trabajo digno, trabajar duro y casarme con una mujer decente... —Me detuve. Mi madre debía ser una mujer decente. Me pregunté, a mí mismo o al que quisiera oírme—. ¿Por qué se casó con él? Ella era de buena familia. ¿Por qué tuvo que casarse con ese gandul irlandés?

—Si estás hablando de tu madre, puedo confirmarte que es de buena familia. Los O'Malley eran auténticos pilares de la Iglesia. Por entonces yo era seminarista. Llevo en St. Patrick cerca de veinte años... Recuerdo a tu madre en aquellos días. Era una joven buena, no una chiquilla atolondrada, sino con una mente sana y un corazón puro, y era una buena hija. Quizá no tan guapa como otras. Algunos incluso la calificaban de corrientucha, pero ella no quería aparentar, es decir llenarse la cara de pinturas y polvos, que eso es lo que algunos creen que es ser guapa. Y había muchas chicas guapas que echaron el ojo a Donal Carmody nada más llegar a Chicago, te lo aseguro. Era como un soplo de aire fresco del Shannon; en serio, un muchacho encantador de mirada vivaz y acento seductor. —Chasqueó los dedos para sí mismo—. Había algo del amigo Caín en él, sí, pero nada que no pudiera arreglarse... —Hizo una pausa, suspiró—. Me gustaría saber cómo el diablo consigue adueñarse de los hombres. No quiero decir con esto que tu padre esté endiablado. Te han estado contando chismes, Buddy, chismes que no deberían existir.

—Le aseguro que no son chismes —protesté—. Son cosas que yo he visto con mis propios ojos. ¿Cómo puede ella soportar tantos abusos?

—¿La pega? ¿Es cruel?

—¡Que si la pega! Pues claro. Una vez intentó ahogarla. Menos mal que entré yo y pude apartarle. Pero luego cerraron ía puerta. ¡Y entonces hizo lo que quiso!

—Buddy, yo, naturalmente, no me he casado, así que supongo que no me considerarás un experto. Pero he tenido padre y madre, como todo el mundo y, además he tenido que dar consejo en muchas ocasiones a más de un matrimonio. El caso es que las mujeres como tu madre se entregan en cuerpo y alma al hombre con el que se casan. Eso es todo. Siempre será igual. Al decir mujeres como tu madre me refiero a las que, como Beulah O'Malley, no tienen muchos pretendientes, a diferencia de otras. Luego viene a cortejarla un Donal Carmody con todo su encanto y la muchacha se siente como en la

gloria. Recuerdo perfectamente el día de la boda, en sus ojos cabían todas las estrellas. Muchacho, deberías estar orgulloso de que tu madre sea una persona tan equilibrada. Es hogareña. No se encuentra tan fácilmente una mujer tan fiel y amorosa como tu madre. Donal Carmody, en ese sentido, es un hombre afortunado. Marido, iglesia y hogar. Ese es el universo de tu madre. Ver esta viva imagen de la devoción es lo que más me complace.

—Es decir, que ¿no importa la cantidad de veces que la ha tratado mal? ¿Ni las que lo siga haciendo? ¿Me está diciendo que es justo que ella sea siempre la que tiene que dar sin recibir nada a cambio?

Se levantó de la hamaca y vino hacia mí.

—Escucha, Buddy, no creo que tu padre sea tan malo. A medida que vayas creciendo te irás dando cuenta de que hay muchos hombres que no pueden llevar a cabo sus sueños, o los de su mujer, en este caso. La mayoría de los pecados de tu padre son por omisión, no por comisión. Tu madre lo sabe y sospecho que eso hace que le quiera aún más.

—Entonces, ¿es que no tuvo nada que ver con Fiona Genna? ¿No fue por eso por lo que se fue de la ciudad?

—No puedo decirte —replicó, abriendo mucho los ojos.

—¡Sí lo puede decir! Ella se lo tuvo que contar. Usted es su confesor.

Movió la cabeza lentamente.

—No me dijo el nombre. No quiso. Pero hablábamos de no poder llevar a cabo nuestros sueños, Buddy. Cuando me ordenaron, yo tenía hermosísimas ideas sobre cómo ayudar a la gente, dedicándole toda mi vida. Pero luego descubrí, para mi amarga decepción, que la mayoría de las veces son ellos mismos los que no te dejan...

—¡Estupendo! —pegué tal puñetazo al poste que me quedé con la mano ardiendo—. ¡Maravilloso! Usted no quiere decir ni que es culpable ni que es inocente. Pues muchas gracias, padre Connolly. ¡Muchísimas gracias! —Me entraron ganas de darle una patada a la lata de pintura cuando me fui; pero no lo hice. Me hubiese producido demasiada satisfacción, y yo creo que quería sentirme miserable. De hecho, así me sentía; todo el camino hasta casa de Jimmy fui sintiéndome tan rastrero como el vientre de una serpiente y lleno de furia.

Cuando llegué a su casa, Jimmy Crosby estaba levantándose de la cama. No había nadie más, pues su padre estaba de servicio.

—Jimmy, quiero ir a una casa de putas —le dije—. Tú sabes dónde están.

—¿Ahora mismo? —respondió bostezando.

—Sí, ahora. Por la noche no puedo, tengo que trabajar. Y después, imposible, mi madre armaría un escándalo.

—Vaya —pareció dudar—. No sé si estarán abiertas tan de mañana.

—Tienen que estar —razoné—. Hay muchos tíos que trabajan de noche y algún apaño habrá para ellos.

—Pues no sé. —Jimmy cogió los pantalones que colgaban de una silla. Se movía más despacio que una tortuga.

—Venga, date prisa. No tengo todo el día.

Se quedó con una pierna dentro del pantalón y la otra fuera.

—¿Tienes dinero?

—Me pagaron ayer.

—Es caro.

—En fin, no costará más de cinco dólares, ¿verdad? Venga, espabila. ¿O es que... —De repente tuve una sospecha—. A lo mejor no sabes dónde están. A lo mejor aquel día me dijiste que habías estado con una, me metiste una bola. ¿A que sí? Por eso estás poniendo tantas pegas.

—No es cierto —me miró furioso—. Es que lo que no se puede es llegar a casa de alguien, sacarle de la cama y decirle: «Vamos a una casa de putas». Al menos dale tiempo a que se lo piense y se vaya haciendo a la idea.

—Mientes —le acusé—. Apuesto cualquier cosa a que no has hecho ni la mitad de lo que has contado.

—¡Sí que he estado en una casa de putas! —Ya tenía puestos los pantalones y ahora buscaba los calcetines.

—Habrás estado, pero seguro que nada más. Entrar y salir. —Empezaba a comprender que no podías fiarte de nadie en este mundo.

—Bueno... había mucho lío aquella noche. —Jimmy me miró y enrojeció—. Dijeron que..., bueno, ella dijo que no tenía tiempo para andar con niños, que volviese otro día que tuviera tiempo para jugar con niñitos. —Su rostro pasó del rosa al rojo remolacha sólo de pensarlo.

—A lo mejor por la mañana no están tan ocupadas.

Me senté al borde de la cama.

—Puede —encontró los zapatos y se los puso.

—¿Cómo era?

—¿Quién?

—La prostituta. ¿Era joven?

—Creo que sí. Más o menos —metió los brazos en las mangas de la camisa.

—¿Era guapa?

—Así, así. No lo sé. Tenía muchas porquerías en la cara.

—¿Era la única o podías elegir?

Se lo pensó unos instantes.

—Sí, había otras. Seguro. La mayoría estaban arriba y no las vi.

Algunas eran mayores, muy mayores, por lo menos de treinta. Y había otras más caras. Había hasta una china. Y una negra. Se dice que dan suerte.

—¿Qué es lo que da suerte?

—Una mujer de color. Y también dicen que las chinas están hechas de otra forma.

—¿De otra forma? ¿Cómo?

—Al biés —sonrió. Se puso de pie y se estiró—. Venga, vámonos.

A mitad de camino me di cuenta de que no me apetecía ir. Pero Jimmy ya se había emocionado con la idea y no podía echarme para atrás. Además, tenía que ir. Tenía que saber lo que era aquello. Puede que en el asunto hubiese cosas que hiciesen perder el control a gente como mi padre. Si quería tratar de entenderle tenía que aprender a pensar como un hombre.

La casa a la que llegamos tenía un aspecto absolutamente normal, con el tejado blanco y una gran terraza. Las ventanas parecían limpias y el césped cortado, como en cualquier casa. Al subir las escaleras, cogí por el brazo a Jimmy y le pregunté.

—¿Seguro que es aquí?

—Sí, estoy seguro —fue su respuesta. Sacó pecho y llamó al timbre.

Al fin, una corpulenta mujer nos abrió la puerta. Llevaba un negligée del estilo de los de Lurlane, y cuando nos vio puso cara de mal humor.

—No quiero suscribirme a ninguna revista, aunque lo hagáis para pagaros los estudios.

—No vendemos suscripciones —Jimmy sonrió lo más descaradamente que pudo.

—Tampoco quiero cepillos —dijo la mujer y se volvió para adentro.

—Somos clientes —aseguró Jimmy.

—¿Clientes? —Volvió y nos miró, primero a Jimmy y luego a mí —. ¿Tú también? —me preguntó.

—Sí, señora —me tembló la voz. Me dieron ganas de darme una patada a mí mismo.

Movió la cabeza incrédula.

—No sé dónde va a ir a parar este mundo. Bueno, no os quedéis ahí parados como pasmarotes. Pasad. Voy a ver quién está libre.

La seguimos. Jimmy pegado a sus talones y yo detrás. Por dentro era muy elegante. Los muebles eran modernos, con las patas cromadas, como en las películas. Dijo que nos sentáramos y esperáramos, así que nos instalamos en un par de sillas bastante incómodas, de esas que, aunque quieras, no puedes repantingarte.

Jimmy me miró.

—Desde luego, Buddy, eres único para las sorpresas.
—¿Tienes miedo? —le pregunté.
—¿Quién? ¿Yo? Por supuesto que no. ¿Y tú?
—No, ¿por qué iba a tenerlo? Ya estoy bastante crecidito.
—Eso es verdad. Alguna vez hay que lanzarse.
—Claro.
Oímos débiles ruidos de voces que venían de arriba de las escaleras. Se acercaban. Con las voces se oyeron unas pisadas. Jimmy miró a la ventana. Yo miré al suelo. Era de linóleo con dibujos en gris, naranja y azul.
—Dios santo, ¿qué tenemos aquí? ay, ay, ay —oí que decía una voz—. Pero si no sois más que unos niños.
Mi cabeza se levantó involuntariamente. Era bajita y regordeta y su pelo era una masa de bucles marrones. Sus ojos eran verdaderamente raros, uno azul y otro castaño. De pie, a su lado, estaba la mujer china de la que había hablado Jimmy. Recordaba a una de esas muñecas japonesas que vendían en el puesto de los caramelos. Sólo que no llevaba el traje típico; las dos llevaban negligées, una blanco y la otra negro. La china llevaba el blanco.
—Yo soy May Belle —dijo la de negro, la de los bucles, acento sureño—. Y ésta es Loto-en-Flor.
—Yo me llamo Jimmy —mi amigo estaba de pie, sonriendo nervioso—. Este es Buddy. —Me levanté también. Pensé que era lo que había que hacer.
—¡Buddy! ¡Pero si es el chico más guapo que he visto en mi vida! —May Belle cogió mi brazo y se apartó para mirarme—. ¡Con ese pelo ondulado de oro que tienes y esos ojazos azules! Y ¿qué me dices de esas mejillas sonrosadas? Buddy, cielo, ¡eres como un muñeco!
Intenté sonreír. Me vi como un idiota.
Jimmy se acercó a Loto-en-Flor.
—¿Eso es todo tuyo? —le preguntó guiñándole un ojo. Con su cara tan pálida, usaba polvos blancos, era absolutamente inexpresiva.
—Para descubrirlo tendrás que pagar, ¿no? —Su inglés era perfecto.
—Tú lo has dicho —hizo ademán de rodearla con su brazo, pero luego lo bajó.
—¿Y tú no dices nada, Buddy? —May Belle se había acercado. Sentí los bultos de su pecho contra mi brazo—. ¿No sabe hablar, Jimmy? ¿Te comió la lengua un gato?
—Sí que sé hablar —me salió demasiado fuerte—. Y también sé cantar. ¿Quieres que te cante una canción?
May Belle se acercó aún más.
—Bueno, eso sería la cosa más encantadora del mundo, pero la verdad es que tengo que colarte por delante de mi primera cita, y no

creo que nos sobre tiempo. Hoy no va a poder ser —miró hacia arriba y me sonrió.

Tragué saliva.

—Entonces, vamos.

—Sí —dijo Jimmy—. Vamos. Me sorprendió ver que a él también le temblaba la voz.

Subimos las escaleras, May Belle parloteando a mi lado. Su cháchara, atestada de «cariños» y «cielos», no llegaba a mis oídos. Me zumbaban, creo que es la mejor forma de describirlo. Me sentía ardiendo, quizás demasiado.

Jimmy y Loto-en-Flor nos seguían. Al menos eso es lo que yo pensaba hasta que me di la vuelta y vi que no estaban.

May Belle me agarró del brazo. Habíamos llegado a la puerta. Abrió.

—Entra, cariño —susurró—. Te voy a enseñar cosas que ni siquiera habías imaginado.

8

Cuando vino Lurlane a vestirse para la sesión de noche, yo estaba esperándola entre bastidores. Apareció radiante junto a mi padre y Tamara, riendo. En ese momento la vi más guapa que nunca.

—¿Puedo hablarle un momento? —le dije y ella respondió:

—Pero Buddy ¿dónde has estado? Tu madre está preocupadísima...

—¿Puedo hablar con usted un momento? —le pregunté de nuevo. Mi padre, asomándose por encima de su hombro, arrugó la frente.

—¿Dónde has estado, Buddy? Me parece muy mal que le hagas esto a tu madre.

Por un momento estuve tentado de decirle la verdad, pero me contuve.

—En casa de Jimmy —dije. Por tercera vez le rogué—. Lurlane, ¿podría hablarle sólo un minuto?

Me sonrió con dulzura.

—Naturalmente que sí. Ven, vamos a mi camerino. Donal —dirigiéndose a él—, no olvides lo que hemos dicho sobre el ritmo en la última parte. Tamara, pon más empeño en esas vueltas. Vamos, Buddy, que llegamos tarde. El coche del señor Hall ha tenido un pinchazo.

Ya en el camerino, que no era muy grande, se quitó el sombrero y empezó a desabrocharse el vestido como si yo no estuviese. Yo tenía el discurso preparado, pero con tantas prisas me salió así:

—Lurlane, ¿querría salir un día conmigo?

Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Intenté adivinar la expresión de su cara, sin resultado. Quizá expresase pena, pero no, eso no podía ser. Deseché esa idea.

—Pero, cariño —empezó a decir mientras se ponía detrás del biombo. El hecho de que no acabara la frase me indicó algo, que estaba nerviosa. Y eso era una buena señal, pensé.

Volví a mi discurso tratando de ponerlo en orden.

—Se ha portado tan bien conmigo, con todos nosotros, que me gustaría hacer algo por usted. Llevarla a algún sitio. Donde quiera —todavía me quedaban cuatro dólares del sueldo. No me importaría gastarme hasta el último centavo en ella.

—¡Oh, Buddy! —oí su risa musical. No la podía ver pero la oía moverse—. No me debes nada en absoluto, cariño. Además ya me has regalado ese precioso cojín. Lo he puesto encima de mi cama.

—Por favor, Lurlane —le supliqué—. ¿Quedamos mañana? Podemos ir a pasear por la Feria o, si lo prefiere, al cine, a ver King-Kong.

—Pues... —parecía que estaba en un aprieto. En ese instante supe que todo era inútil. Si quería hablar con ella, tendría que ser aquí y ahora. ¡Ojalá fuese rico y un poco más mayor! Pero no. Era absurdo.

—De acuerdo, Lurlane —me acerqué al biombo para estar bien seguro de que me iba a oír—. Ya sé que yo sólo soy un niñato. Pero quiero decirte algo.

Su cabeza asomó por encima del biombo. Me miraba fijamente. De repente parecía más vieja y más astuta.

—¿Que quieres decir algo? Pues dilo.

Tuve que mirar a otra parte. No sabía cómo empezar. No había planeado llegar a esta situación. Pensé que iríamos a un lugar tranquilo y que abordaríamos el tema de una forma mucho más natural, como si se me acabara de ocurrir. Y ahora no sabía como continuar. Así que dije:

—Mi madre es una buena persona.

—De eso estoy segura. Pásame la sombrerera, por favor, ¿no te importa?, está ahí encima, en la repisa —nunca había oído hablar a Lurlane de una manera tan diplomática.

—Claro —me acerqué a recoger la caja de la serpiente. Sentía su peso y cómo se movía. Se la pasé en seguida—. Ha tenido una vida muy difícil —seguí diciendo.

—¿Tu madre? —su voz sonaba apagada—. ¿Y quién no?

—Difícil por culpa de él. De mi padre —apreté los dientes y me lancé a fondo—. Y además no es tan famosa ni tan guapa, ni tan fascinante como tú. Es sólo una madre.

Lurlane salió de detrás del biombo envuelta en sus siete velos, con la cesta de la serpiente. Puso la sombrerera sobre el tocador y levantó la tapa. Se inclinó y se puso a hacerle arrumacos a la serpiente, después se sentó y empezó a maquillarse. Ni siquiera me miró al decirme:

—No sé donde quieres ir a parar, Buddy, pero te aconsejo que te pienses bien lo que vas a decir. No vaya a ser que luego tengamos que lamentarlo.

—Tú le deslumbras. Eso se ve —maldita sea, me entraron ganas de llorar. Como a un crío—. No utilices tus encantos con él. Tú tienes muchos amigos en Nueva York, te lo he oído decir, y además el señor Hall se ha ofrecido a acompañarte...

Vi en el espejo cómo me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes lo que eres? Un insolente.

—No es eso lo que pretendo.

Se volvió de repente con un cepillito en la mano. Me señaló con él.

—Si he entendido bien, lo que tú quieres decirme es que deje en paz a tu padre, ¿no? Después de todo lo que he hecho por él, y por ti,

te atreves a acusarme de intentar arrebatarle el marido a otra mujer —se volvió de nuevo hacia el espejo—. A mí me daría vergüenza tener una mente tan retorcida —levantó los ojos y comenzó a pintárselos con el cepillito—. Pero, ¿qué clase de mujer crees que soy?

Detrás de mí se abrió la puerta del camerino.

—Lurlane —empezó a decir mi padre y en seguida se quedó callado.

—Me voy —me dieron ganas de pegarles, tirarles algo a la cara, gritar. En ese momento me hubiera gustado poder dar órdenes y que me obedecieran—. ¡Maldita suerte! —mascullé—, me voy —al salir aparté a mi padre de un empujón.

Aquella noche le compré una cajita de caramelos a mi madre. Sam, muy sorprendido, me la dejó a diez centavos. Me la puse bajo el brazo y les dejé allí plantados a todos, a Tamara poniéndole caritas al señor Hall y a mi padre; a Lurlane, que decía que estaba totalmente agotada y sin embargo hambrienta y que haría un esfuerzo para mantenerse despierta hasta encontrar un sitio donde poder comer. Fui andando por la Feria, con las calles aún brillantemente iluminadas. No vi las estrellas hasta que no llegué a la puerta de casa.

Cuando entré estaba todo apagado, menos la luz del porche. Llamé suavemente a la puerta de la habitación de mi madre.

—Mamá —susurré— te he traído un regalo —no sé por qué susurré, si no había nadie más en casa, ni siquiera Bert y Al. Estarían por ahí.

Oí como mi madre se levantaba de la cama y se acercaba a la puerta. La abrió y dijo:

—¡Francis! ¿Dónde has estado metido todo el día?

Le puse delante la caja de caramelos.

—Para ti, mamá.

—¿Dónde está tu padre? —cogió los caramelos sin siquiera mirarlos.

—Está cenando fuera... Siempre se van a cenar después del espectáculo —la llama de cólera que ardía dentro de mí, se avivó de repente—. Está con ella. ¿Por qué no la echas a patadas de casa, mamá, antes de que sea demasiado tarde?

Me miró llena de ira. En la oscuridad de la habitación sus ojos se veían más grandes y más negros, y con el pelo suelto por la espalda parecía una niña.

—¿Cómo puedes tener tan poco orgullo? —mis palabras salieron atropelladas. Llevaba tanto tiempo conteniéndolas...—. Ya sabes cómo es. Ya sabes lo que le hizo a Fiona Genna; y ahora le toca a ella, ¡aquí, delante de tus narices! —veía cómo se abría su boca en la oscuridad, como cambiaba de forma, como se transformaba en un charco dentro del pálido óvalo de su cara.

—¡Que no se te vuelva a ocurrir, que no se te vuelva a ocurrir! —su oscura boca se contorsionó, se retorció como si fuese una ventosa—. ¡Hablar así de tu padre! —y me dio una bofetada con la mano libre, la que no tenía los caramelos. Me cruzó la cara y cerró con un portazo.

A la mañana siguiente encontré la tienda de Genna vacía. Habían puesto el cartel de cerrado en la cortinilla verde de la puerta.

Un niño estaba sentado en la escalera de incendios de la acera de enfrente.

—¿Cómo es que está cerrado? —grité y señalé el cartel.

—Fiona se casa —me gritó a su vez, riendo. Junto a la escalera, una mujer asomó la cabeza por la ventana y le echó una bronca en italiano. El niño volvió a reír, bajó corriendo la escalera y desapareció por la esquina.

—¿Dónde es? —le pregunté a la señora. Me lanzó una mirada llena de desconfianza. Hice con mis manos un altavoz—. ¿Dónde es la boda?

Obtuve una perorata en italiano como réplica. Las únicas palabras a las que encontré sentido fueron «Mama Tambollino». Mama Tambollino era un gran restaurante italiano donde, a veces, si te quedabas junto a la puerta, podías ver entrar a los mañosos vestidos para las grandes ocasiones. Me figuré que Carmine iba a celebrar la boda de su hermana en ese lugar. Me dirigí hacia allí.

Había grandes ventanales en la fachada, pero lo único que podía ver era a los camareros preparando las mesas. Un montón de camareros. Parecía que iba a ser una fiesta de mucho vuelo. Comprobé que eran casi las once en el reloj de pared del restaurante. ¿A qué hora empezaran las fiestas de boda? Se me ocurrió que podía entrar y pedir un plato de spaghetti para hacer tiempo hasta que llegasen.

Al abrir la puerta tintineó una campanita. Un par de camareros que estaban junto a la puerta me miraron.

—Está cerrado. ¿Es que no sabes leer? —dijo uno.

Había un cartel en la puerta que decía: «DISCULPEN LAS MOLESTIAS. CERRADO AL PÚBLICO. MAÑANA ABRIMOS».

—Ya lo sé —repliqué—. Soy un invitado. Me ha invitado el señor Genna.

Los dos camareros se miraron. Uno se encogió de hombros y siguió preparando las mesas. El otro dijo:

—Has llegado un poco pronto, ¿no te parece? Esto no empieza hasta el mediodía.

—Ya lo sé. Pero, si no le importa, esperaré aquí.

—Por mí, puedes perder el tiempo como quieras.

Me senté cerca de una ventana y me puse a ver pasar a la gente. Luego estudié detenidamente las pinturas de la pared. En una se veía

Venecia; en otra, el Vesubio; en otra, la isla de Capri. No eran obras de muy buenos artistas, y si no fuese por los letreros que había debajo, no hubiese adivinado lo que representaban.

Aún no eran las doce cuando un par de sedanes aparcaron enfrente. Los hombres que salieron de uno de ellos iban vestidos de smoking. Carmine, una mujer y tres niños salieron del otro. Pensé que sería su familia. La mujer era morena, no tan guapa como Fiona, y llevaba un traje de fiesta que parecía caro. Los chicos eran dos, llevaban trajes de pantalón largo y la niña iba toda vestida de organdí azul, con unos largos bucles rematados en un lazo.

Llegó un cupé y Carmine se acercó para abrir la puerta de atrás. Un hombre, bajito y regordete, con traje de etiqueta, salió del coche y le dijo algo a Carmine. Miraron dentro, al asiento trasero del cupé. El chófer salió y dio la vuelta hasta donde estaban los hombres. Parecía que Carmine daba voces y discutía con alguien que estaba en el asiento trasero. La señora Genna y los tres niños permanecían a un lado hablando con los hombres que iban de smoking.

Carmine empezó a gesticular. El hombre regordete se apartó. No parecía muy contento.

Carmine metió el brazo en el coche y tiró. Apareció otro brazo, éste con una manga blanca. Y luego, el resto de Fiona emergió lentamente del automóvil. Parecía que lloraba.

Para entonces, cuatro o cinco camareros se habían acercado a la ventana y observaban la escena. Uno hizo un comentario en voz baja. No lo oí. Los demás se rieron. Una grave voz de mujer dijo algo en tono severo desde el fondo del restaurante, desde la cocina. No sabía quién era, imaginé que la propia Mamma, porque la voz surgía de la puerta entreabierta. Al instante, los camareros se apartaron de la ventana.

Fiona ya estaba en la acera, mientras el cupé arrancaba. Llevaba un traje de novia en toda regla, con largo velo colgando, la cola a rastras. El vestido era de encaje blanco. Por delante, el traje sobresalía un poco, por lo del embarazo, pero no quedaba muy mal. Podía incluso parecer que se lo habían hecho así. El hombre regordete estaba al borde de la acera con un ramo de flores blancas. No creo que entendiese muy bien lo que estaba ocurriendo. Observé que era considerablemente más bajo que Fiona.

Las puertas del restaurante se abrieron y comenzaron todos a entrar. En primer lugar, la señora Genna y los niños y después los hombres de smoking. Hablaban muy fuerte. La señora Genna venía sonriendo, pero mostraba un profundo surco entre sus cejas pintadas.

A continuación iba Carmine, que no decía nada en absoluto y que, prácticamente, traía arrastrando a Fiona. El hombre regordete cerraba la fila. Nadie me miró. Según iban entrando en el restaurante iban

cogiendo sitio alrededor de una larga mesa situada al fondo. Llegó otro coche y bajaron de él dos chicas vestidas de damas de honor y dos jóvenes trajeados. Las damas de honor desfilaron hacia la mesa cacareando alegremente.

Fiona había dejado de llorar, pero parecía que todavía le quedaban ganas.

Empezaron a llegar los invitados. No pararon de llegar hasta que el lugar quedó completamente atestado de gente y de ruido. Los músicos entraron por el fondo y se pusieron a tocar; eran dos acordeones y dos violines. Todavía nadie se había fijado en mí.

No le quité ojo a Carmine y a Fiona. Carmine bebía champán y ya se había trincado un par de copas mientras charlaba con la gente. El hombre regordete se levantó de su sitio, junto al de Fiona, y se colocó detrás de Carmine. Parecía que estaban discutiendo algo. De repente Fiona se levantó y salió por una puerta. Encima había un cartel en el que ponía LAVABOS.

Ahora el restaurante estaba repleto. Un hombre de aspecto duro con traje azul luminoso de doble solapa y una mujer con vestido de satén, se sentaron a mi mesa. Saludé con la cabeza y ellos me respondieron igual. Se acercó un camarero y llenó las copas de champán. Cogí la mía y lo probé.

Era amargo y dulce a la vez. No estaba mal.

Todo el mundo hablaba ahora, incluso la pareja de mi mesa, entre ellos, claro. Al mismo tiempo, el cuarteto seguía tocando, más fuerte aún, lo que hacía que el ruido fuese realmente ensordecedor. Algunos se pusieron a bailar en medio del salón y ya no pude ver la mesa de los novios. Cogí mi copa de champán, el camarero la volvió a llenar y me levanté de la mesa. Iba dando sorbitos a medida que me abría paso entre las mesas, de forma que no se derramase. A mitad de camino otro camarero me la volvió a llegar. Tardé bastante en llegar a la mesa de los novios, y cuando lo conseguí los únicos que quedaban eran Carmine y el hombre regordete. Daba la sensación de que estaba tristísimo. Carmine parecía enfadado.

Di la vuelta a la mesa y me fui a sentar en la silla libre que había entre ellos dos.

—¡Hola! —dije, y para mayor vergüenza solté un hipo.

En principio, Carmine me miró como si no supiera quién era, pero enseguida cayó en la cuenta.

—¿Y tú qué haces aquí, imbécil? No estás invitado a esta boda.

Le sonreí. Me sentía inmensamente valiente. Delante de mí, en la mesa, había una botella de champán. Me serví una copa.

—¿Quieres? —le pregunté a Carmine. Le eché un poco antes de que dijera nada. Derramé algo—. Tengo un mensaje para ti.

El hombre regordete, a mi derecha, dijo algo a Carmine en

italiano, éste gruñó. Luego me dijo a mí:

—¿Un mensaje? ¿Qué clase de mensaje?

La banda empezó a tocar «O sole mio».

Me incliné sobre Carmine.

—¿Quieres saber dónde está mi padre? Te lo puedo decir.

Intuí que había alguien detrás de mí. Me volví y vi a Fiona. Estaba especialmente guapa en traje de novia.

—Hola, Fiona —le saludé. Me dio la impresión de que la conocía de siempre.

Ella se dirigió a Carmine en italiano. La vi un poco... un poco asustada. El hombre regordete habló. Ella ni siquiera le miré. Esta vez parecía enfadado.

Tiré a Carmine de la manga. La mayor parte de la gente cantaba con la música, «O sole mio...».

—¿Es que no te interesa? —le pregunté—. Me dijiste que sí.

—¿Qué quieres? —exigió Fiona—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La miré de frente. Parecía un hada.

—He venido a decirle a tu hermano dónde está mi padre...

Su mano se clavó sobre mi hombro.

—No le interesa.

Moví la cabeza.

—Estás muy equivocada. Claro que le interesa. ¿Es que mi padre no...?

—Ya te he dicho que no le interesa —se inclinó por encima de nosotros; pude oler su perfume—. Hoy es el día de mi boda, éste es mi marido —se refería al hombre regordete—, y a mi hermano lo único que le interesa es pasárselo bien. ¿No es así, Carmine? —dijo esto último en un tono demasiado agudo, aunque nadie pudo oírlo debido al tremendo ruido.

—Podría interesarme —contestó Carmine amenazador—. Podría interesarme mucho si alguien que yo sé no se baja de la parra y empieza a comportarse como una novia de una maldita vez.

Ella no contestó, sólo le miró. No podía verla demasiado bien, supongo que por culpa de ese velo que la hacía tan nebulosa, pero sentí la mirada. Había fuego en ella. Al cabo de un momento dio la vuelta a la mesa y se sentó al lado del hombre regordete. El habló con ella. Ella le contestó. Alguien gritó algo desde la pista de baile y Carmine exclamó:

—¡Adelante, Luigi, besa a la novia!

Luigi miró a Fiona y ésta a Carmine. Después, como si fuese un auténtico suplicio, Fiona levantó la cara y besó al hombre regordete. La multitud rugió y Carmine golpeó ruidosamente la mesa. Me entraron ganas de llorar.

—¿No quieres ver a mi padre? —le pregunté con un hilo de voz.

Carmine gritó:

—¡Bésala de nuevo, Luigi! —y Luigi lo hizo, esta vez más largamente que antes. Y Carmine a mí.

—Ve y. dile a tu padre que se aparte de mi vista. Por mí, se puede ir al infierno.

Sentí que el champán empezaba a sentarme mal, así que me levanté y me fui directamente al lavabo.

9

Empecé a pasar gran parte de mi tiempo libre en casa de Jimmy. Su padre había dejado el turno de día y había empezado a trabajar de nuevo por la noche, así que solía estar en casa. Me gustaba hablar con él; contaba cosas bastante interesantes, si uno se tomaba la molestia de escucharle. Como, por ejemplo, la masacre del día de San Valentín, cuando se cargaron a todos aquellos tíos en un garaje y luego se cepillaron también a un florista llamado Dion O'Bannion en su propia tienda.

Una vez le pregunté al sargento Crosby:

—¿Ha estado usted metido en algún caso de asesinato? No me refiero a asuntos de gangsters, sino a cuando se encuentra un cadáver y no se sabe quién ha sido.

Me dijo que nunca había llegado hasta el final, porque los que trabajaban en esos asuntos eran los detectives de homicidios. Pero que sí que había estado en alguno. Recordaba sobre todo uno de cuando él era joven y se dedicaba a patrullar por las calles. Se había fijado en una chica muy atractiva; ella vivía en un edificio de apartamentos en la zona que él patrullaba, y la solía ver llegar a casa después de su trabajo, por la noche Nunca había hablado con ella ni naca pero le había llamado la atención porque estaba muy bien. «Alta, morena y tenía un cuerpo así como una botella de Coca-Cola», era su descripción

El caso es que parece ser que un día mientras él paseaba por la calle pensando en sus cosas, salió corriendo del edificio una señora, gritando «¡Asesino!, ¡asesino!». Se agarro a él y, chillando tanto que no había quien la entendiese, le arrastró hacia la casa. Dentro, le subió a un apartamento, resultaba que ella era a portera y tenía las llaves, y allí, tirada en el suelo, con su preciosa cara ensangrentada, estaba la joven en la que se había fijado el sargento Crosby.

—Desnuda, como un pájaro sin plumas —recordó con un suspiro —. En fin, el caso es que el chalado que se la había cargado había dejado allí la pistola y había salido corriendo. La señora estuvo a punto de cogerla para dármela, pero yo grité «¡Quieta!». La envolví en mi pañuelo y llamé a los detectives. Encima, el idiota había dejado huellas dactilares por todas partes y le cogimos enseguida. Era su marido y quería que ella volviese con él. Como ella no quiso, la mató.

—Su marido —dije yo—. ¡Caray!

El sargento Crosby encendió un puro. Estaba esa mañana sentado en el salón, en camiseta, bebiéndose una botella de cerveza. Para Jimmy y para mí era la hora del desayuno, pero para él, que acababa de salir del trabajo, era como si fuera de madrugada.

—¿Y si él hubiese sido un poco más listo? —le pregunté—. ¿Y si hubiese borrado las huellas de la pistola, o se la hubiese llevado?

—Si hubiese borrado las huellas le hubiéramos pillado también. Seguro que la había comprado a alguna casa de ventas por correspondencia. Y si la hubiese escondido la habríamos seguido la pista y habríamos dado con ella, habríamos comparado sus balas con la que la mató y le hubiéramos pillado de todas formas. Los únicos que consiguen escapar son los mañosos . Tienen muchos medios para deshacerse de una pistola, toda una red subterránea de tráfico de armas.

Jimmy me miró. Supuse que estaría pensando en la pistola del señor Hall v le hice un gesto con la cabeza para que no dijese nada.

El sargento Crosby terminó la cerveza y se estiró.

—No sé qué hacer, si irme a la cama o tomarme otra cerveza.

—Imagino que a veces se sentirá un poco solo —dije con la idea de que siguiésemos hablando—. La señora Crosby que en paz descanse ¿cuánto hace de ello?

Frunció las cejas.

—Más de diez años.

—Espero no ser indiscreto, pero ¿ha pensado alguna vez en volverse a casar?

Me miró de una forma extraña.

—Alguna vez —echó una bocanada de humo del puro—. Pero luego me lo pienso mejor y veo que no merece la pena. Jimmy, baja a la bodega y súbeme otra cerveza, anda.

—Estaba pensando en el tipo ése que mató a su mujer —expliqué —. Qué bobada. Podía haberse ido tan tranquilo y haberse buscado a otra.

—No siempre es tan fácil —dijo el sargento Crosby—. No es su aspecto físico lo que las hace tan especiales, sino otras cosas. Por ejemplo, mi Mary Agnes... —se detuvo—. Bueno, era exactamente lo que yo necesitaba. No he vuelto a encontrar a nadie como ella.

Y se puso a hablar otra vez de formas y maneras de asesinar. Dijo que lo de las pistolas y los cuchillos estaba de moda. Igual que lo de dar palizas o estrangular.

—En las novelas policiacas se habla mucho del veneno —siguió diciendo—, pero en realidad no te lo encuentras muy a menudo. Es un sistema demasiado elaborado para la media de inteligencia de los que se empeñan en matar a alguien. Es más frecuente el empujón por una escalera o por una ventana, pero tiene el inconveniente de que si sobrevive la víctima, el que le empujó no tiene ninguna escapatoria.

Asentí con la cabeza. Era cierto.

—En fin —Jimmy se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta —. ¿Por qué no hacemos algo? Últimamente parece que lo único que

te apetece es estar sentado y hablar…

—A lo mejor es que me estoy haciendo mayor —le dije—. Cada vez me interesan más las cosas, me gusta leer los periódicos…

—¿Has visto lo de Hitler en Alemania? —me preguntó el sargento Crosby—. Fíjate bien en lo que te digo, este tipo está tramando algo.

—Sí, he leído algo de eso. Y también que esta mañana ha habido otro crimen pasional aquí, en nuestra ciudad. Sólo que esta vez fue la mujer la que disparó al marido porque le estaba engañando con otra.

—Gracias a Dios que no ha sido en mi distrito —dijo el sargento Crosby—. Bueno, ya está bien, muchachos, me voy a la piltra, que estoy muerto.

—Pues a ella también la han cogido, igual que lo que dijo usted antes. ¿Siempre se sospecha automáticamente de la mujer o del marido?

El sargento Crosby dio un gran bostezo.

—Nueve de cada diez veces se trata de alguien que conoce muy bien a la víctima. ¿Y quién mejor que el propio marido o la propia esposa?

—Sí —dije—, tiene razón. O el amante. Venga, Jimmy, si estás tan ansioso por hacer algo, vamos a acercarnos a los billares a echar una partida.

—Chico, desde que trabajas estás que lo tiras —Jimmy abrió la puerta y me dejó pasar el primero—. Por cierto, ¿cómo va el Hindustani Palace? Yo te puedo decir que la señorita Sally Rand los deja tirados por el pasillo.

—Estamos haciendo un buen negocio —dije—. Todo marcha de perlas.

No dormía bien por las noches. Era porque oía ruidos. Alguien seguía subiendo y bajando cuidadosamente las escaleras. Pero cuando salía a mirar, no había nadie. Se le debía dar muy bien lo de esconderse. Y debía ser muy listo. Un par de noches me quedé despierto y me escondí en el pasillo para pillarle, pero no apareció nadie.

Le pregunté a Al una mañana si alguna noche había oído ruidos. Estaba en su habitación, peinándose antes de bajar a desayunar.

Estaba muy concentrado haciéndose la raya ante el espejo.

—Oigo al perro de ahí al lado —me dijo—. Se pasa la noche ladrando. Le he dicho a tu madre que hable con la dueña —dejó el peine y se puso a contemplar el cabello, fino y rubio, en el espejo.

—Es la señora Hennessey —le dije—. Le trae sin cuidado lo que diga mi madre. Hace mucho, yo era un crío, se enfadó con mi padre por no sé qué y desde entonces no nos hablamos. Pero no me refería al perro; ¿no oye otros ruidos? —bajé la voz—. ¿Como si alguien fuese de puntillas de una habitación a otra?

Abrió un frasco que había sobre el buró y se extendió por la cara un líquido que olía como a dulce. Loción para después del afeitado, ponía en la etiqueta—. Pues no sé. No sé —puso cara de no querer decir nada más.

Me entretuve jugueteando con los cepillos encima del buró.

—Usted vive en Nueva York, ¿no es así, Al? ¿Cómo es la vida allí? Muy ajetreada, ¿no?

Frunció el entrecejo, colocó los cepillos que yo había desordenado y se puso el abrigo.

—Estoy casado y tengo seis hijos.

Para el que tiene seis hijos, Nueva York es exactamente igual que cualquier otra ciudad.

—Ya veo —me fui encaminando hacia la puerta—. Pero los otros, Bert y los demás supongo que le sacarán provecho, ¿no?

Se abrochó el abrigo y fue hacia la puerta.

—Lo que hagan mis compañeros es asunto suyo —dijo con mucho remilgo. Abrió la puerta y salió al pasillo.

—Claro, por supuesto, no quería decir eso. Yo siempre he deseado ir a Nueva York, sólo era eso. Porque allí hay de todo... Buenos días, Lurlane.

Ella cerró su puerta y pasó junto a mí sin mirarme.

—Buenos días, Buddy. —lo dijo con frialdad. Siempre me trataba así, desde la noche aquella en que hablamos.

Tamara salía también de su habitación en ese momento.

—Buenos días, Buddy —dijo con voz cantarina—. Hace un día espléndido, ¿verdad? —miró hacia el piso de arriba—. ¿Ya ha bajado el señor Hall?

—No le he visto —me aparté y dejé pasar a Al y a Tamara—. Voy a ir a avisar a Bert y a él. Mi madre ha hecho hoy bizcochos y no querrá que se enfríen.

Llamé a la habitación de Bert. Se oyó un gruñido, abrí la puerta y me asomé. Estaba de pie, en bata, mirando por la ventana.

—Buenos días —dije alegremente—. Dese prisa, que el desayuno está servido.

Bert hizo una mueca. Tras él, en la mesilla de noche, había una botella vacía.

—Esta mañana no tengo mucho apetito —dijo. Me miró beligerante—. Anoche me cogí una buena. Me siento horriblemente mal.

—Temía que hubiese dormido mal por los ruidos que hacía alguien que andaba por ahí. ¿No ha oído a nadie?

Se llevó las manos a la cara y se restregó los ojos.

—¿Que si he oído a quién?

—No sé quién sería —me acerqué a él—. Usted duerme justo al

lado de la habitación de Lurlane. ¿Ha tenido ella visita?

Se quitó las manos de los ojos y me miró con frialdad, fijamente.

—Eres un entrometido de mierda, ¿no? ¿Y a ti qué te importa?

—Esta es mi casa —dije con determinación—. La casa de mi madre —corregí—. A ella no le gustaría...

—¿Sí? Pues entonces deja que tu madre se preocupe. Y ahora sal de aquí para que me pueda vestir. No olvides el cuento de los tres monos. No ver, no oír, no hablar. Eso es lo que hay que hacer en este mundo, muchacho. Sigue esta norma y verás qué bien te va.

Mientras salía de la habitación de Bert, el señor Hall bajaba las escaleras.

—Hola —le saludé y esperé educadamente a que pasara—. Por favor, dígale a mi madre que bajo enseguida —le dije—. He olvidado algo en mi habitación.

Cuando dejaron de oírse los pasos del señor Hall, abrí la puerta de su cuarto y me deslicé dentro. Llevaba tiempo preguntándome si seguiría su pistola debajo de la almohada. Podía oír a Bert, bajo mis pies, dando vueltas por su habitación, así es que crucé el cuarto de puntillas y metí la mano debajo de la almohada.

Allí no había nada.

Miré debajo de la otra almohada, entre la ropa de cama e incluso debajo del colchón. No había pistola. Revolví los cajones del buró y dentro del armario. Tampoco estaba allí. Eché una mirada en redondo a toda la habitación, mordiéndome el labio. Es mucho más inquietante una pistola que ha desaparecido que una que está a la vista. Pensé que sería mejor que le contase a mi madre lo de la pistola del señor Hall. Y lo de que alguien se daba paseos nocturnos.

Llevaba demasiado tiempo cargándome la cabeza con el sentimiento de culpabilidad que me producía el saberlo. Tendría que decirle que me rondaba el horrible presentimiento de que algo malo iba a ocurrir. Puede que esta vez no me dijese que tenía mucha imaginación. Siempre de puntillas, lo coloqué todo y luego miré por la ventana del señor Hall. La señora Hennessey estaba en su porche. Sólo con ver la parte de arriba de su cabeza sabía que estaba mirando, como siempre, a nuestra casa. Tengo muy buena vista.

10

Cuando terminé de comer fui a la cocina, donde mi madre estaba apilando los platos. Antes de darle tiempo a que abriera la boca, le dije:

—Mamá, siento lo de la otra noche. Quiero que me disculpes.

—Yo también lo siento, Francis —replicó rápidamente, sin mirarme. Pero alzó la voz para añadir—: No vuelvas nunca a hablar así de tu padre. Nunca.

—Lo sé. Ya te dije que lo sentía —¿por qué siempre ella tenía que añadir algo—. Lo que ocurre es que estoy algo preocupado y lo descargo todo con él.

Esta vez me miró de frente.

—¿Y tú de qué estás preocupado?

—Quería habértelo contado antes, pero temía que fueses a echarle. El señor Hall tiene una pistola.

Se volvió al fregadero y abrió el grifo sobre la sartén.

—Ya lo sé.

—¿Que lo sabes?

Dejó caer un trozo de jabón en el fregadero.

—La vi al poco de instalarse. Le dije que no quería pistolas en esta casa.

—¿Y qué te dijo él? ¿Te contó por qué la tenía?

—Dijo que la necesitaba por su trabajo, que tenía que transportar el dinero de las nóminas de sus lavanderías. Yo le dije: de acuerdo, pero ahora no lleva dinero de ninguna nómina, está de vacaciones, así que entréguemela a mí. Y me la dio.

Le devolví su misma mirada.

—¿Te la dio? ¿Y qué has hecho con ella?

—La he guardado, por supuesto. Bajo llave.

—¿Dónde? ¿Dónde la has puesto?

—Eso no es asunto tuyo —aunque me había dado la espalda, podría asegurar que apretaba los labios.

Me moría por preguntarle si había oído algún disparo y fue así como la descubrió. Pero seguro que me diría que eso tampoco era de mi incumbencia. ¡El colmo! Claro, había cogido la pistola y la había guardado bajo llave. Así de sencillo. Bueno, al menos eso explicaba por qué yo no la podía encontrar. Sólo Dios sabe qué escondrijo habría encontrado para el arma. Podría estarse uno buscando una semana entera y no dar con ella. Cuando yo era niño, me cogía cosas que ella pensaba que yo no debía tener, la mayoría eran libros raros y cosas así, aunque una vez me pilló con unas fotos de mujeres desnudas y por más que las busqué por todos los rincones, no volví a verlas nunca.

Debe de haber por ahí un baúl, una caja, o incluso un armario lleno de pertenencias mías confiscadas hasta el día de hoy.

—¿Y también sabes lo de la serpiente de Lurlane? —dije para cambiar de tema.

Exageró al estremecerse.

—Sí. Le dije que no quería por aquí esa cosa viscosa, que la guardase donde trabaja, si no tiene más remedio que tenerla. Ella dijo que así lo haría, que sería más cómodo. La alimenta con ranas. Qué bicho más repugnante.

¿Con ranas? Nunca me había parado a pensar qué comería una serpiente.

—¿De dónde saca las ranas?

—De una tienda en el Loop. Dice que no come mucho. Yo le dije que me extrañaba que no se la hubiese tragado ya a ella, que eso es lo que me habían dicho que hacían esas serpientes. Se rió y contestó que era totalmente inofensiva —mi madre puso en remojo en el fregadero los vasos y los cubiertos—. A medida que va pasando el tiempo me doy más cuenta de que el mundo está lleno de locos.

—Los monos son los más locos —dije automáticamente imitando a un humorista de la radio. Cogí el trapo de secar los cubiertos y esperé a que acabase de enjuagar las cucharas y los tenedores—. Hay otra cosa... Creo que alguien anda haciendo el ganso por las noches. Me despierto oyendo ruido de pasos por la escalera —lo dije sin ninguna entonación. No quería que pensase que lo decía por alguien en especial.

—Pues eso sí que no —secó un plato pasando el paño bruscamente, con enfado—. Supongo que será esa chica.

Va detrás de todo lo que lleve pantalones.

—¿Tamara? —no se me había ocurrido.

—Está continuamente echándole miraditas al señor Hall. Podría ser su padre. Voy a tener que decirle unas cuantas cosas... a ella y a su madre.

Ya te había dicho que tener mujeres de huéspedes iba a traer problemas.

Sequé un vaso hasta dejarlo reluciente.

—Supongo que tenías razón. A mí me da la impresión de que...

—Francis —dejo lo que estaba haciendo y se quedó mirando al agua del fregadero con los platos sucios.

—¿Sí, mamá? —cogí otro vaso para secarlo. Ella no se movió—. ¿Qué decías? —insistí.

—El padre Connolly vino a verme.

Imité a mi padre:

—No me digas.

—Me contó que no fuiste a cantar estas últimas semanas y que

tampoco fuiste a confesarte el sábado.

Terminé con el vaso y cogí otro.

—A lo mejor no tengo nada que confesar.

Se volvió rápidamente.

—No te hagas el listo. Me contó más cosas. Dijo que estabas muy picajoso con respecto a tu padre.

Hice lo que pude para no parecer hosco.

—Tú ya sabes lo que pienso. Creo que es mejor que no sigamos hablando de eso.

Lentamente, empezó de nuevo a lavar los platos.

—El cree que sería mejor que te fueses de casa. Aunque sea una temporada. Tal vez unos ejercicios espirituales…

—Pero si yo no quiero irme de casa, mamá —mostré una sonrisa —. Me gusta. También es mi casa.

—Nadie te ha dicho que no lo sea —replicó.

—El padre Connolly se está haciendo viejo, ¿sabes, mamá? Creo que está perdiendo el juicio. Lo hablábamos el otro día Jimmy y yo. Chochea. ¿Qué te contó más?

La puerta de la cocina se abrió de repente. Mi padre asomó la cabeza.

—Estamos a punto de irnos, Beulah. Volveré a la hora de siempre.

—¿Qué te parece si vamos juntos dando un paseo? —le pregunté.

Disimuló su sorpresa.

—Sí que sería estupendo. ¿Ya estás preparado? Le diré a los demás que se vayan adelantando.

—En cuanto termine de secar los platos.

—No, Francis —la respuesta de mi madre fue rápida. Me quitó de las manos el paño—. Anda, vete. Yo lo acabaré—. Vimos cómo los otros se montaban en el coche del señor Hall y arrancaban. Después salimos nosotros camino de la feria.

—Bonito día —empecé diciendo.

—Sí que lo es. Un día magnífico —miró hacia el cielo sin nubes.

—Mucha gente anoche.

—No estuvo mal, pero muy ruidosos.

—¿No son siempre igual? Así es cómo funciona el asunto, ¿no? Se supone que van a eso, a que los divirtáis…

—Así es, Buddy. En este negocio el cliente siempre tiene la razón.

—¿Dónde te metiste cuando te largaste esta primavera?

Tuvo el detalle de aparentar un poco de vergüenza.

—Por ahí. Con unos amigos.

—El otro día vi a Carmine. Ya no te anda buscando.

—¿Carmine? Yo no… —empezó a andar más de prisa—. No sabía que al señor Genna le interesasen mis idas y venidas.

—¿No? ¿Entonces por qué te largaste sin decir ni pío?

—Yo... —se paró en seco en medio de la acera—. Buddy, hay ciertas cosas que es mejor no explicar. Por lo menos hasta que no seas más mayor. Digámoslo así: el hombre nunca deja de crecer, pero a veces da un tropezón y se vuelve a sentir joven, echa de menos la juventud... Yo tuve un desliz, pero fue sólo un problema personal y te estaría muy agradecido si pudieses olvidarlo todo.

—Ya. Comprendo. Y no puedo reprochártelo.

Me lanzó una extraña mirada y reanudó la marcha.

—Pienso que Lurlane es una mujer muy atractiva, ¿no lo crees tú? —pregunté al cabo de un rato—. Si yo fuese un poco más mayor me lanzaría a por ella.

Metió las manos en los bolsillos.

—Creo que la hija sería más de tu tipo. ¿Y no resultaría más correcto que la llamaras señora Salome?

—¿Tamara? Si es sólo una cría. Sin embargo, Lurlane, ella me dijo que la llamara Lurlane, Lurlane es otra cosa... Cuando hace ese baile de los siete velos me pone... ¿A ti no?

—Supongo que es normal—. Le temblaba un poco la voz.

—Es que los pone a cien, ¿a que sí? Apuesto lo que quieras a que en Nueva York tiene una fila de hombres de un kilómetro de largo que andan detrás de ella. ¿Te lo imaginas?

—No lo sé —dijo secamente.

—Seguro que sí. ¿Por qué no? A fin de cuentas, se desnuda mucho mejor que una..., ya sabes.

Se volvió a parar.

—Buddy, ya sé que no he sido muy buen padre para ti. Hay ciertas cosas que debí haberte contado de hombre a hombre, pero siempre lo fui dejando. Me decía a mí mismo: es demasiado joven...

—Bah, olvídalo. Ya me sé lo de los pajaritos y lo de las abejas y todo eso. Ya sabes, los chicos en el colegio... Además, ya no soy virgen.

Parecía atónito.

—¿Que ya no eres qué?

—¿Qué creías? Tengo diecisiete años. Seguro que tú eras más joven la primera vez que lo hiciste. ¿A que sí? —Le di un codazo. De hombre a hombre, como él decía.

—¡Dios santo! —me miró como si nunca me hubiera visto antes. Y, pensándolo bien, a lo mejor era cierto.

—Así que, te lo estás haciendo con Lurlane —le hice un guiño—. Háblale bien de mí—. Me puse a andar otra vez; ya estábamos llegando a la entrada de empleados. Entré, él venía detrás. El resto del camino no pronunció una sola palabra, ni yo tampoco. Yo ya había dicho lo que quería decir.

Sin que nadie me viese cogí un hueso de caña de la nevera y lo

puse al lado de la valla que separaba nuestro jardín trasero del de la señora Hennesey. El perro se acercó, cavó un hoyo por debajo de la valla y cuando quiso coger el hueso lo agarré bien fuerte, cerrándole la boca con una mano y, armándome de valor, me dirigí hacia el porche de la señora Hennessey. Como tenía las dos manos ocupadas con el perro, que, dicho sea de paso, no paraba de retorcerse, tuve que llamar a la puerta dando una patada.

La señora Hennessey no era tan mayor como creía, ahora que la veía más de cerca. Por supuesto, tenía el pelo gris y cuerpo de anciana, pero sus ojos eran vivos y penetrantes. Sus ojos no tenían nada de viejos.

—Su perro se escapó —dije agarrándole fuerte— y pensé que lo mejor sería traérselo —sonreí.

—¡Tippy! —me cogió el perro de los brazos y lo acunó en su amplio regazo—. Tú eres el hijo de los Carmody, ¿no?

—Sí, señora. Con lo de la Feria hay ahora más coches y temí que Tippy pudiese salir a la calle y que le atropellase alguno. Parece que hizo un hoyo por debajo de la valla. ¿Quiere que lo tape?

—¡Niño malo! —dijo al perro con severidad—. ¿Un hoyo? Pues mira, sería muy amable de tu parte. Yo antes le dedicaba tiempo al jardín, pero últimamente me cuesta mucho trabajar... Entra, ¿quieres? Encontrarás una pala en el cobertizo pequeño que está detrás.

Observé que la casa estaba llena de muebles oscuros y que había elegantes manteles encima de todas las mesas, e incluso una colcha de terciopelo teñido, con largos flecos colgando, sobre la mesa del comedor. Encima de la chimenea, con el cristal roto, colgaba un cuadro de un indio montado a caballo.

Salimos todos al jardín de atrás: la señora Hennessey, Tippy y yo. El perro estuvo ladrando un rato, pero luego, en cuanto olió el hueso, se le olvidó. Trató de conseguirlo otra vez metiéndose por el hoyo, pero yo le mantuve apartado con el pie mientras lo rellenaba. Cuando terminé —no tardé mucho— me apoyé en la pala ” me puse a mirar mi casa. Se veía el salón del primer piso, las ventanas de las habitaciones de Lurlane y Bert en el segundo piso y prácticamente nada del tercero. Las ventanas que daban a este lado eran demasiado pequeñas y estaban muy altas.

—Ahora tenemos huéspedes en casa —dije a la señora Hennessey, reanudando la conversación.

—Ya los he visto —intentó sonreír y, aunque parecía faltarle práctica, consiguió una buena imitación.

—¿Quieres un poco de leche con bizcochos? Los bizcochos son comprados, con los chicos fuera ya no los hago yo, pero no son demasiado malos.

—Bueno, gracias —entramos dentro de la casa, con el perro

pegado a nuestros talones.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y le hablé de los huéspedes. Parecía muy interesada, y añadió sus propios comentarios. Lurlane era «esa rubia oxigenada», y el señor Hall «ese hombre del coche lujoso con una voz tan fuerte». La gente del espectáculo no era «mejor que los demás», pero tuve la impresión de que si le proporcionaba una entrada gratis para el Hindustani Palace, iría sin rechistar.

—Veo que tu padre está en casa —dijo.

—Sí, señora. ¿Cómo lo sabe? —yo sabía, por supuesto, la respuesta. Probablemente podía contar la vida y milagros de todos y cada uno de los que había en casa—. Vi esa chaqueta suya de smoking de terciopelo verde en el vestíbulo, y en seguida supe que había vuelto. Nadie en todo el vecindario que no fuese Donal Carmody llevaría una chaqueta tan estrafalaria. Pero, ¿dónde estuvo? No creo que me lo cuentes, y no me parece mal. Nunca me han agradado los jovencitos que van por ahí contando los asuntos familiares.

—Estuvo buscando trabajo —había que reconocer que aquella chaqueta de smoking tenía la marca de mi padre. Había llevado durante tanto tiempo, y tan a menudo esa vieja chaqueta de terciopelo, gastada y descolorida, con las solapas deshilachadas... Mi madre le había puesto, hacía mucho, unas coderas. Se las solía poner para comer; mi padre no era de esos que se quedan en camiseta, por más calor que haga.

—No es que os esté espiando, es que no duermo muy bien —me sonrió; me pareció que tenía dentadura postiza—. Tippy me despierta todos los días casi a las cinco de la mañana. Yo le digo que se eche y siga durmiendo, pero nada, es más exacto que un reloj.

—No se pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo —tomé lo que me quedaba de leche. La señora Hennessey se rió de mi ocurrencia y se puso a hablar de algo muy gracioso que había dicho una nieta suya. Esperé a que me dejase un pequeño resquicio en su cháchara para colarle rápidamente mi agradecimiento por la merienda. Le dije que los bizcochos estaban muy buenos, pero que tenía que irme.

Ella y el perro me acompañaron, hasta la puerta. La señora Hennessey continuó hablando.

—No entiendo cómo puedes pegar ojo allí arriba, en un tercer piso. Debe de hacer muchísimo calor; debes de asfixiarte en ese sitio, que además parece tan cerrado.

—¿Asfixiarme? Oh, no, señora. No se está tan mal. Me alegro de haber charlado con usted, señora Hennessey.

—Vuelve cuando quieras, muchacho. Ya era hora de que nos comportáramos como vecinos... Debo decir que me has parecido mucho mejor de lo que imaginaba. Cuando eras niño eras un auténtico

bribón. Igual que tu padre.

11

Al día siguiente de que John Dillinger fuese capturado en Ohio y encerrado en la cárcel de Allen County, en Lima, me lo contó el sargento Crosby. Tenía mucho que decirme de los acontecimientos que habían ocurrido durante las últimas semanas: dos secuestros en julio, de John «Jake el Barbero» Factor, en las afueras de Chicago, y de Charles F. Urschel en Oklahoma. La banda de Roger Touhy había atrapado a «Jake el Barbero», y George «Ametralladora» Kelly había intervenido en el secuestro de Urschel.

Después, el sargento Crosby me contó lo de Dillinger.

—Esta vez le han cogido de verdad —seguía empeñado en que me apostara un dólar con él en las eliminatorias del Campeonato del Mundo, que iban a estar muy reñidas entre los Gigantes de Nueva York y el Washington, a ver quién salía de los dos.

Le dije que no, gracias, que últimamente no había estado siguiendo muy de cerca el béisbol, y le pregunté por Jimmy. Contestó que todavía no se había levantado. Quise saber si Jimmy tenía algún trabajo para después de la Feria. Dijo que no.

—Pero he oído decir que piensan volver a abrir la Feria para el año que viene.

—Eso dicen, pero nadie parece estar seguro. Dos de nuestros huéspedes, Al y Bert, ya están preparándose para regresar a Nueva York, tienen trabajo allí; pero Lurlane, la señora Salome y su hija, le dijeron ayer a mi madre que pensaban seguir aquí por el momento.

—Es un alivio. Eso os evitará las colas del pan este invierno, ¿no es cierto?

Miré al suelo.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Ocurre algo, Buddy? —aunque fuese de la Poli, el sargento Crosby tenía buen corazón. No estaba podrido, como los demás.

—No, señor —mi tono de voz era tan bajo que apenas si podía oírme.

Se quedó más tranquilo.

—Ya hay bastantes problemas en el mundo. Con lo que veo en mi trabajo y lo que cuentan los periódicos, me vienen por todos lados. Gracias a Dios que está la radio y que hay gente como Amos’n'Andy o Ed Wynn o Joe Penner.

—Sí, señor.

—Voy a llamar a Jimmy para que se despierte. Ya es hora de que se levante.

—No, déjelo. Además, tengo que ir a casa a ayudar a mi madre. Mi padre ha estado..., bueno, quiero decir que no ha sido de mucha

ayuda últimamente.

El sargento Buddy me dio una palmada en la espalda.

—Eres un buen chico, Buddy. El día de mañana serás alguien.

—Gracias, señor. Dígale a Jimmy que le veré luego.

Era muy pronto aún cuando volví a casa. La única que estaba despierta era mi madre.

Le pregunté qué había que hacer y me pidió que pusiese la mesa.

—¿Dónde has estado, Francis? —interrogó—. Te oí bajar las escaleras y luego ya no estabas.

—Estuve en casa de Jimmy. Le fui a preguntar si sabía de algún trabajo.

—¿Y bien?

—Estaba en la cama.

—¿A estas horas? Eso os pasa por trabajar de noche en la Feria. No va a haber quién os levante a las diez para ir a clase. Si quieres, puedes ponerte a limpiar el polvo en el salón

—Bien, mamá. Me ha dicho el sargento Crosby que han detenido a John Dillinger, pero, ¿sabes lo que pienso? Seguro que se escapa.

—No me hables de ese horrible gángster.

—No es un gángster, mamá. Sólo se dedica a robar a los bancos y a burlar a la Policía. Estoy seguro de que si le conociésemos diríamos que era un buen tipo.

—Venga. Vete al salón a quitar el polvo.

Mientras estaba limpiando vi a la señora Hennessey de pie junto a su ventana mirando a nuestra casa. La hice un saludo con la mano. Ella me lo devolvió.

—Mamá, ¿y ahora qué hago? —grité desde el vestíbulo cuando terminé.

Asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Shhh —me advirtió—. Puedes barrer las escaleras.

—Si ya es casi la hora de que se levanten —dije—. ¿Continúa en la cama Su Majestad?

Mamá tensó los labios.

—No te hagas el gracioso.

—Sólo era una broma, mamá —me puse a silbar bajito mientras subía las escaleras con la escoba. Empecé por el tercer piso de arriba abajo. Era la única forma de hacerlo bien. Oía al señor Hall moverse por su habitación.

También se oía actividad en el segundo piso, los ruidos que hace la gente al levantarse. Había alguien en el baño que había cerrado la puerta.

Al llegar abajo vi venir al señor Hall.

—¿Hoy es el último día, señor Hall? —le pregunté. Llevaba varios días diciendo que tenía que regresar a Indianápolis antes de que su

gente pensara que el negocio iba perfectamente bien sin él.

—Pues todavía no lo he decidido del todo... —se volvió. Tamara, con un vestido de seda color crema, bajaba los escalones con suma delicadeza—. Buenos días, Tammy —dijo él con dulzura.

La muchacha irguió la cabeza y replicó, a mi parecer con bastante frialdad.

—Buenos días, John —deduje que a ella no le agradaba la continua amenaza de oír todos los días que se iba.

Mi padre bajó al vestíbulo en bata.

—¿Está libre el cuarto de baño? —preguntó.

—Supongo que sí —contestó Tamara. Se dirigió al comedor, con el señor Hall tras ella como un perrito faldero. Repugnante.

—Buenos días, Buddy —dijo mi padre y subió las escaleras.

Guardé la escoba y me fui a la mesa. Había cereales y tortitas. Estaba refrescando y mi madre preparaba los cereales maravillosamente cuando empezaban los días fríos.

Al y Bert bajaron juntos. Estaban repasando un nuevo número que pensaban montar en Nueva York. En el momento en que cruzaban la puerta, Bert decía la parte graciosa del chiste: «Cuando has visto dos, has visto todas.»

Eché una rápida mirada a mi madre, pero o no lo había oído bien o no lo había cogido. Hacía mucho que no la veía reír. No podía recordar cuál fue la última vez; quizá oyendo a Jack Benny por la radio. Le gustaba. Aunque hacía mucho tiempo que no oía la radio con ella. Semanas. A lo mejor se partía de risa todas las noches; pero lo dudo.

En ese instante entró mi padre con su chaqueta de smoking de terciopelo verde; la dejaba en el armario del pasillo para tenerla siempre a mano. Echó una mirada alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Lurlane?

—Lo mejor será que vaya a buscarla —Tamara se levantó de su silla—. Anoche estaba muerta de cansancio; se habrá quedado dormida.

—Llegó bastante tarde, ¿no? —preguntó mi madre.

—No lo sé —dijo altivamente Tamara—. No me dedico a vigilarla.

—¿Puedo tomar un poco más de sirope? —dije.

—Señor Dawes, usted y el señor Pfenn se van el sábado, ¿verdad? —preguntó mamá.

—Eso es —Bert se llevó a la boca una gran cucharada de cereales y la ayudó a bajar con un trago de café.

—No me gusta quejarme, señora Carmody —Al tomaba sus cereales a pequeñas cucharaditas—, pero el perro de ahí al lado me ha despertado esta mañana a una hora que no tiene perdón de Dios.

—No quiero tortitas esta mañana, Beulah —dijo mi padre—. Con una taza de café…

En el piso de arriba Tamara lanzó un grito. Y otro. Y otro.

Me puse a temblar con la botella de sirope en la mano. Mi padre se levantó de un salto, golpeando la mesa, y el café de su taza se derramó por todo el mantel. Luego nos levantamos todos empujándonos unos a otros para llegar primero a la puerta, golpeándonos al precipitarnos por las escaleras. Fue mi padre el primero en llegar ante la puerta abierta de la habitación de Lurlane, después iba yo.

Tamara estaba de pie junto a la cama y estaba tan pálida como su vestido. Tenía la boca abierta, pero de ella no salía ningún sonido.

Lurlane estaba echada en la cama, bajo las mantas. Lo único que se la podía ver era el pelo y parte de la frente. Le tapaba la cara un cojín. Un cojín en el que estaban impresas las palabras «Un Siglo de Progreso». Mi padre se adelantó y rápidamente retiró el cojín. Los ojos azules de Lurlane miraban al techo y su boca se retorcía formando una horrible mueca. Sus manos, sobre la colcha, eran como garras. Me recordó a una vez que estuve en el cine y se rompió el proyector y en la pantalla se quedó la imagen parada, sin vida.

Al, que estaba detrás de mí, chilló:

—Está…

—Muerta. Parece que está muerta —terminé yo.

Tamara se dejó caer al suelo y el señor Hall la levantó. Mi madre entró en la habitación y se quedó mirando junto a la puerta.

Mi padre dijo con lentitud:

—Buddy, vete a buscar a un médico.

—Un sacerdote. Francis, vete a buscar al padre Connolly —ordenó mi madre.

—Y a la Policía —remató mi padre.

—¿A la Policía? —mi madre se retorció las manos.

—Sí, mamá —le acaricié suavemente el brazo—. Tenemos que llamar a la Policía.

La policía trajo su propio médico. Dijo que Lurlane había muerto por asfixia, una manera elegante de decir ahogada, probablemente con el cojín de la Feria Mundial, «…manteniéndolo sobre su cara; se puede apreciar por dónde lo agarró ella» …en algún momento de la noche o quizá a primera hora de la mañana, no dijo la hora exacta, tal vez después de la autopsia… No nos lo explicó a nosotros directamente; se lo contó al teniente Bryan Cline y el teniente nos lo dijo a nosotros.

—A no ser que entrara alguien de la calle y lo hiciera, lo más probable es que haya sido alguien de esta casa el que la haya ahogado con el cojín. Lo mejor será, entonces, que tomemos asiento y charlemos un momento —añadió.

—Tamara está arriba. ¿Quiere que suba a buscarla? —me ofrecí.

El teniente Clyne negó la cabeza.

—Más tarde hablaré con ella, cuando se sienta un poco mejor. Ahora veamos quiénes son ustedes —consultó una libreta en la que había estado garabateando sus notas—. La señora Beulah Carmody, el señor Donal Carmody, el señor John Hall, el señor Herbert Dawes, el señor Albert Pfenn y… ah, sí, Francis Carmody —nos miró a todos—. ¿Falta alguien?

—Falta Tamara —le dije—. Su verdadero nombre es Jenny Stanley. La señora Salome se llamaba en realidad Lurlane Stanley. Salome es su nombre artístico.

Me miró levantando las cejas. Era un hombre corpulento con gruesas cejas. Debía haber sido más corpulento aún, porque el traje le caía grande.

—Fagan —dijo dirigiéndose al otro policía, al sargento Fagan; no habían mandado al sargento Crosby, lo que me pareció una suerte, pues el sargento Crosby conocía demasiado bien nuestra vida privada y era mejor que no apareciesen muchas cosas de las que él sabía.

—Sí, señor —contestó Fagan.

—Me ha dicho la hija que hay un tal señor Max Henry al que habría que notificárselo. Vive en… —consultó en su libreta y le dio a Fagan una dirección—. Ve volando y te lo traes aquí también.

—Sí, señor.

—Siéntense todos. Y tómenselo con calma que esto nos va a llevar algún tiempo —el teniente Cline cogió una silla y se acercó a la mesa del comedor para poder escribir—. Bien, empecemos. Ayer por la noche. Hágame un resumen de sus actividades, Carmody, desde por la tarde.

—Pues estuve trabajando en el Hindustani Palace. Estábamos todos allí, excepto el señor Hall y mi madre —dije.

—No era a ti, hijo. Me refería a tu padre.

Mi padre, que estaba sentado junto a la ventana, murmuró:

—Sí, por supuesto. Ayer por la tarde —frunció el entrecejo—. Este horrible asunto me ha dejado la mente en blanco, palabra. Terminamos la función un poco después de medianoche, nos fuimos a tomar el habitual tente-en-pie y llegamos a casa alrededor de la una.

—¿Es eso cierto? —el teniente Cline dirigió la pregunta a Bert y a Al, que estaban sentados juntos en el sofá.

—Supongo que sí —contestó Al. Observé, primero mirándole a él y luego a los demás, que no hay nada como una muerte repentina para que la gente parezca más mayor y con una mirada más vacía—. Fuimos todos a comer, pero Bert y yo nos sentamos en una mesa aparte y nos fuimos antes. ¿No es así, Bert? —supuse que el teniente podría ver, igual que yo, que Al estaba nervioso, realmente muy

nervioso.

—Sí —Bert asintió con la cabeza para darle más énfasis.

—Volvamos con usted, señor Carmody —el teniente volvió la cabeza hacia mi padre; lo hizo de una forma un tanto astuta y, no sé por qué, pero me acordé de la serpiente de Lurlane. ¿Se acordaría alguien de que estaba en el Palace, o se quedaría allí, se moriría de hambre y aparecería la serpiente vacía, sólo la piel? Habría que recordárselo a alguien.

—Llegó usted a casa hacia la una de la mañana —apuntó Cline—. ¿Después qué hizo?

Mi padre abrió aún más sus irlandeses ojos azules.

—Dije buenas noches y me metí en la cama.

Cline inclinó la cabeza hacia mi madre.

—¿Confirma usted eso, señora Carmody?

Vi que el color se le subía a las mejillas. Apretó los labios. Sabía lo que estaba pensando. Quería testificar a su favor, pero, ¿cómo iba a hacerlo, si no compartían el mismo dormitorio? Pero además era incapaz de mentir. Y dijo la verdad, sólo que a medias:

—Creo que le oí llegar —dijo en voz baja.

—¿No está segura? —insistió Cline.

—No... Yo... Dormimos en habitaciones separadas —bajó la mirada hacia sus manos, encima de las piernas, pero sólo por un instante. En seguida alzó la cabeza y miró al teniente a la cara. Admiré a mi madre sobre todo porque sabía que ella odiaba tener que contar sus asuntos personales ante los demás.

—¿Entonces no puede decir si el señor Carmody permaneció en su cama durante toda la noche?

—No —fue un no rotundo.

—¿Y tampoco sabe él nada de sus movimientos?

—No. No lo creo. Tiene un sueño muy profundo y no se ha levantado hasta las once o así. Yo me levanté a las seis y media, como de costumbre.

—Y sus habitaciones están..., ¿en qué piso?

—En éste. En el primero.

—¿Hay en este piso cuarto de baño?

—No.

—¿Entonces no le sorprendería nada oír a alguien subir las escaleras?

—Probablemente no.

La cabeza giró hacia mí.

—Muy bien, Francis. Tú duermes en el tercero, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y tú tienes el sueño tan profundo como tu padre?

—A veces, señor —tragué saliva—. Otras veces, no tanto.

—¿Y anoche?

Me aclaré la garganta.

—Anoche estaba un poco nervioso.

—¿Por alguna razón en particular?

—Estaba preocupado. Pensando en cómo encontrar trabajo cuando termine la Feria.

—¿Oíste a alguien andando por la casa?

—A veces oigo ruidos..., crujidos en la escalera. Supongo que es alguien que va al cuarto de baño, como dice mi madre.

—Pero, ¿y anoche, o esta mañana?

—No estoy muy seguro. Puede que sí, muy temprano. Pero no estoy seguro.

—Señor Hall, cuéntenos su versión.

El señor Hall se atusó el bigote.

—He cogido la costumbre, supongo que se puede llamar así, de llevar a todo el grupo al teatro y luego paso unas horas dando una vuelta por la Feria. Como algo y después me voy al Hindustani Palace a ver el último pase. Después salimos todos a comer y les traigo a casa en coche.

—¿Los lleva al trabajo y luego los trae a casa? Sin embargo, Albert Pfenn dice que él y Dawes no regresaron con usted anoche.

—No siempre lo hacen. Anoche sólo éramos cuatro —dejó tranquilo su bigote, cogió un puro del bolsillo y lo encendió.

—¿Qué cuatro?

—Pues Lurlane y Donal, Tamara y yo. Y, efectivamente, regresamos alrededor de la una. Donal está en lo cierto.

—¿Y entonces se despidieron y se fueron a la cama?

—Sí.

—No parece estar muy seguro.

—Estoy intentando recordar. Lurlane fue la primera en irse, de eso estoy seguro. Luego nosotros...

—Yo me despedí después —le recordó mi padre.

—Sí, creo que sí. Tamara y yo fuimos los últimos —sonrió nerviosamente al teniente.

—¿Se les ocurre alguna razón por la que alguien quisiese asesinar a la señora? —la gran cabeza se movía de un lado a otro mirándonos a los ojos.

Nadie contestó. El teniente Cline cerró su libreta de golpe.

—¿Hemos terminado? —preguntó mi padre.

—Por ahora. Estoy esperando al señor Henry. Y luego, tal vez tengamos que empezar de nuevo.

Mi madre se levantó.

—¿Nos podemos ir?

Cline asintió con la cabeza.

—Pero, quédense por aquí. Aún hay mucho de qué hablar.

El señor Hall se sacudió la ceniza de su pantalón.

—Voy a preguntarle a Tamara si quiere que la acompañe a la funeraria. Pobre criatura, sola en el mundo —subió las escaleras seguido de Al y Bert.

El teniente Cline permaneció de espaldas junto a la ventana, mirando a la calle.

Salí al vestíbulo. Mi padre y mi madre habían desaparecido. Al acercarme a la cocina oí sus voces.

—¿Tienes algún dinero ahorrado, Beulah? —susurraba mi padre —. He oído hablar de un trabajo en Cleveland...

—¡Donal! Ya has oído lo que ha dicho. No te puedes ir así como así...

—Tiene razón —abrí la puerta—. Pensarán que es muy sospechoso.

Mi padre se volvió y se encogió en su vieja chaqueta verde como si tuviera frío.

—Beulah, ¿hay algo de beber en esta casa? Necesito un trago urgentemente...

—Donal, ya sabes que...

—Bert tiene algo de alcohol —le dije—. ¿Quieres que le pida una botella?

—Ajaaa —su voz sonó como si estuviese agonizando—. Buen chico.

—Donal... —protestó mi madre.

—Déjame en paz, Beulah. ¡Déjame en paz ahora!

Salí al vestíbulo y subí las escaleras. El señor Henry acababa de entrar por la puerta. Estaba despeinado y venía en zapatillas.

Cuando llegué, Bert estaba dándole también a la botella. Le pregunté si le sobraba una, que mi padre lo necesitaba muchísimo. Pagaría cualquier cosa. A Bert no le extrañó nada y me entregó una botella llena de un líquido color ámbar.

—Pobre Lurlane —murmuró.

—¿Quién crees que ha sido? —le pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Cualquiera. No hace falta tener mucha fuerza para asfixiarla con un cojín. Un gamberro de la calle, supongo. O si no, uno de esos mamones del Palace que se puso muy excitado y la siguió hasta casa. ¡Maldita sea! ¿Cómo quieres que lo sepa? —Inclinó la botella y tragó.

—Pueden sospechar de ti —señalé—. Creen que ha sido uno de nosotros.

—¿De mí? —su tosca cara reflejó asombro—. ¿Por qué iba a hacer yo algo semejante?

—Pues tal vez porque estuvieras enamorado de ella y ella no de

ti, o algo parecido.

Intentó soltar una carcajada, pero no le salió. Le dejé allí, con la mirada perdida y la botella en la mano.

Me crucé con Al en el vestíbulo. Iba al cuarto de baño sujetándose el estomago con una mano, como si le doliera.

—Creo que me está dando un ataque de úlcera —gimió—. Necesito salirme de este asunto —cerró el cuarto de baño de un portazo.

Me detuve un momento a la entrada del salón. Oí al teniente decir:

—...¿intereses románticos? Quién iba tras ella; eso es lo que me gustaría saber.

Le entregué la botella a mi padre. Estaba paseándose desesperadamente por la cocina. Mamá estaba apoyada contra la pila, de cara a la pared. La miré de reojo. Sus ojos estaban cerrados y su cara presentaba un tono grisáceo.

—Me voy un rato a casa de Jimmy. No tardaré.

Ninguno de los dos me contestó. Ni siquiera creo que me oyeran.

Un policía de uniforme me paró en la puerta.

—¿Dónde vas? —inquirió.

—A ver a mi amigo Jimmy Crosby. Su padre es el sargento Terence Crosby. ¿Le conoce?

—Sí, le conozco. Pero no sé si...

—Tengo que salir de aquí aunque sea un momento.

—Esto es horrible, horrible...

Oí la voz del señor Henry, al igual que el agente.

—Carmody andaba con ella; la seguía como un perrito. Yo le dije: «Lurlane, que ese hombre tiene esposa y un hijo...»

—Dígale al teniente dónde he ido. ¿Lo hará? —salí por la puerta como un rayo y me fui corriendo a casa de Jimmy.

Irrumpí en la casa sin llamar a la puerta. Jimmy y su padre estaban sentados a la mesa comiendo. Solté de repente:

—¡Lurlane Salome ha sido asesinada... en casa, y me temo que van a detener a mi padre!

12

Y así fue. Dos días más tarde le detuvieron, basándose en el testimonio de la señora Hennessey. La oí contarlo en el juicio:

—No crean que yo me dedicaba a espiar a los Carmody, entiéndanme, pero la verdad es que por las noches no duermo muy bien, bueno, y además tengo un perro, Tippy, que me despierta a todas horas… Bueno, aquella mañana Tippy me despertó entre las cuatro y las cinco de la mañana. Como en septiembre amanece ya tarde, encendí la luz de la escalera y la de la cocina, pero no me molesté en encender la de mi habitación. En fin, además, conozco la habitación como la palma de mi mano; es lógico, llevo viviendo allí cuarenta y dos años y no me gusta que nadie me vea…

—Nadie la está acusando de ser una fisgona, señora Hennessey —le aseguró el fiscal del distrito—. Por favor, limítese a contarnos lo que vio la mañana del veintitrés de septiembre.

—Pues estaba en mi habitación intentando volver a dormirme, cuando se encendió la luz del segundo piso.

Era la habitación de la señora Salome, lo sabía porque el muchacho, Buddy, ya me había hablado de los huéspedes, dónde dormían y demás. Me acuerdo que llegué a pensar: «pobre mujer, puede que sea una rubia oxigenada, pero no duerme mejor que yo…, incluso aunque ande por ahí hasta tan tarde».

—¿Pudo ver a alguien en la habitación de la señora Salome? ¿En la habitación donde se encendió la luz?

—No enseguida. Recuerdo que pensé que era como el cinematógrafo, ¿sabe? Como cuando se abre la pantalla y esperas a que aparezca alguien para saber lo que va a ocurrir. Al cabo de un par de minutos, cuando me iba a meter en la cama, vislumbré a alguien por el rabillo del ojo. Miré, naturalmente, atraída por el movimiento y el color…

—¿El color?

—Sí, ese verde tan curioso. Nunca he visto un verde igual que el de la chaqueta de Donal Carmody. Siempre se la he visto puesta, desde hace cerca de veinte años. Entonces, cuando vi al que tenía la chaqueta verde, en realidad no pude verle la cara porque estaba de espaldas, pensé: «Vaya, ¿qué estará haciendo el señor Carmody en la habitación de la señora Salome a estas horas?»

Naturalmente, el abogado defensor hizo todo tipo de protestas, y cuando interrogó a la señora Hennessey intentó, lo mejor que pudo, hacer que su narración se tambalease por algún sitio. En primer lugar, trató de que reconociese que ella nunca había apreciado a Donal Carmody, pero ella insistió en que, aunque había oído que él no era

como es debido, había que dejar a cada uno su vida y que a ella nunca le había hecho nada malo. Después, el abogado le hizo admitir de nuevo que en realidad no había visto el rostro del hombre. Insinuó repetidamente que la chaqueta verde se la podía haber puesto cualquiera. A eso la señora Hennessey dijo que ella lo único que sabía era que jamás había visto llevar esa chaqueta a nadie que no fuese él, y que estaba absolutamente segura de haberla visto al lado de la ventana de la señora Salome, aproximadamente a las cinco de la mañana.

—No podía jurar que fuese él, pero nadie más se la ha puesto nunca. ¡Es tan de Donal Carmody como su acento irlandés y su arpa!

Mi madre, que estaba sentada a mi lado, lo observaba todo sin que su cara mostrase expresión alguna.

Tamara, con un pañuelo para sus preciosos ojos azules, en este momento ribeteados en rosa, fue la siguiente testigo del fiscal. Dijo al tribunal que su madre era la mujer más amable y más dulce que jamás hubiera existido, y el abogado atacó por ahí de lleno. Lo calificó de irrelevante, parcial, subjetivo y muchas otras cosas.

Lo que no pudo hacer fue variar la declaración de Tamara, que dijo que antes de que ella y el señor Hall se fueran a dormir, había echado el cerrojo de la puerta principal, «como nos había dicho que hiciésemos la señora Carmody. Con respecto a esto, ella era muy exigente y si se nos olvidaba, a la mañana siguiente se ponía hecha una fiera». Aquello, sumado al hecho de que mi madre siempre cerraba la puerta de atrás ella misma, echó por el suelo la hipótesis del intruso.

También dijo Tamara que aquella noche se quedó dormida inmediatamente y durmió como una bendita, porque poco antes, el señor Hall, un caballero educado, atento, serio, viudo y dueño de una gran cadena de lavanderías de Indianápolis, le había pedido en matrimonio.

—Y —sollozó al final de la declaración— mi madre nos había dado su bendición... ¡Oh, pensar que nunca verá el día de mi boda!

Se la llevaron llorando y el señor Hall se levantó para acompañarla, dándole palmaditas en la espalda y susurrándole cosas al oído.

Bert y Al tuvieron que volver desde Nueva York para el juicio y no les hizo mucha gracia. En realidad, no dijeron nada en contra de mi padre, pero lo importante no era lo que dijeron sino lo que callaron. Es decir, a la sala le causó una horrible impresión el que Bert afirmase cosas como «lo que hicieran Lurlane y Don era asunto suyo. Eran libres y mayores de edad, ¿no es cierto?»

El abogado defensor armó también mucho ruido con respecto a esto.

Al se quejó de que por culpa del asesinato había vuelto a tener ataques de úlcera, que su mujer esperaba otro hijo y eso no le mejoraba el estómago, y que no tenía ni idea de quién había matado a Lurlane. Llegó a la casa, se metió en la cama, se durmió, se despertó por la mañana y justo a la mitad del desayuno se descubrió que había habido un asesinato en la casa en la que vivía.

—Para el que tiene una úlcera es funesto que le molesten a la hora de la comida —añadió.

El señor Hall, en el asiento de los testigos, más que recordarme a Clark Gable o a John Dillinger, me trajo a la mente a Hugh Herbert. Tenía una risa bobalicona y actuaba como un recién casado, aunque yo no supiese muy bien cómo se comportaba un recién casado; sólo lo había visto en las películas.

Después del señor Hall, llamaron a la «señora de Donal Carmody».

A mi madre le habían dicho que, como esposa del acusado, si no quería, no tenía que testificar. También le habían advertido que, según las leyes del estado de Illinois, podía ser considerada como testigo hostil.

—No —replicó. Yo estaba allí cuando lo dijo.

El abogado defensor, que era el que le había hecho estas advertencias, le preguntó el por qué. Era un abogado joven y creo que no podía entenderlo. Me dieron ganas de decirle que no infravalorase a mi madre. Se llamaba Héctor Farnum. Años después se hizo muy conocido.

—Si me niego a testificar, el jurado pensará que tengo algo que ocultar —mi madre asintió con la cabeza para darle a su razonamiento mayor énfasis.

—Pero, señora Carmody, está en su legítimo derecho…

—No. Voy a testificar porque esa es mi voluntad. Y me tendrán que creer. Se darán cuenta de que no tenemos nada que ocultar, de que estoy diciendo la verdad.

Y allí estaba ella.

—¿Su nombre? —preguntó el fiscal del distrito.

—Beulah O'Malley Carmody —había elegido un vestido negro, y éste no era un color que le fuese muy bien a una piel tan pálida.

—Mamá, parece que vas a un funeral —le dije yo. Ella se limitó a fruncir el ceño y se lo puso.

El fiscal le hizo las preguntas típicas Si podía dar testimonio de cuándo su marido se había acostado y cuándo se había levantado. Dijo otra vez que no. Luego sus preguntas le hicieron ir retrocediendo en el pasado, hasta el día de su boda. El fiscal era un hombre llamado Edward Costa. También él consiguió mucho prestigio en su especialidad. Creo que fue ayudante del Fiscal General en Washington.

Vi, tan claro como el agua, cuál era el cuadro que estaba

pintando. Mi padre, un emigrante irlandés, haciéndole la corte a la hija única de Patrick O'Malley, un hombre que había estado veinte años trabajando para una empresa constructora de ferrocarriles, que había ahorrado algún dinero y que se había comprado una casa.

Mi madre iba enrojeciendo a medida que él iba hablando y haciéndola responder. Ella no era tonta, y veía también la situación.

Costa se acercó a la testigo. Iba sonriendo de medio lado. «¡Ay!», me dije. Le preguntó a mi madre.

—Usted dice que no puede confirmar la hora en que su marido se acostó ni la hora en que se levantó. ¿Por qué?

Ella le miró directamente a los ojos y contestó:

—Porque dormimos en habitaciones separadas.

—¿Desde cuándo duermen en habitaciones separadas usted y el señor Carmody?

—Desde hace algunas semanas —el abogado de mi padre hizo una mueca que enseguida disimuló. Había tratado de advertirla para que estuviera preparada para ese tipo de preguntas, pero no quiso hacerle caso. Era una testaruda.

—¿Fue usted quien se mudó de habitación o fue él el que se trasladó?

Se puso más colorada que un tomate.

—No fue así. Lo acordamos el día de su regreso.

—¿De dónde regresaba?

—Se ausentó durante tres meses. Se fue a buscar trabajo. No tuvo suerte y por eso regresó a casa.

—¿Y cuando regresó ambos decidieron, sin mantener ningún tipo de conversación al respecto, ocupar habitaciones separadas?

—Sí —repuso testaruda.

—¿No tuvieron ustedes antes de su partida, creo que fue en febrero, una conversación sobre otra mujer?

—¡No!

—Señora Carmody, me imagino que usted conoce cuáles son las penas por perjurio...

—No en el sentido que usted dice —podía ser más testaruda que una muía.

—¿No le acusó usted de mantener relaciones con otra mujer, antes del mes de febrero? —el señor Costa la miraba incrédulo.

—No —y apretó los labios.

—¿Y acaso su marido no se fue de Chicago porque esa mujer tenía un hermano que le había amenazado violentamente?

—No. Ya le he dicho que se fue a buscar trabajo.

—Durante todos estos años de casada, casi veinte, ¿no es así?, ¿su marido no le había causado problemas, por no decir situaciones angustiosas, en relación con otras mujeres?

—No. Donal es un hombre atractivo. Es natural que guste a otras mujeres. Yo aprendí a no sentirme afectada por eso.

La miré, sentada allí, con aquel vestido negro color cuervo, preguntándome si decía la verdad, si se creía lo que estaba diciendo, o si había calculado las respuestas y estaba sencillamente mintiendo.

Finalmente, el señor Costa la dejó y tomó la palabra el señor Farnum.

—Señora Carmody, sólo una o dos preguntas breves. Primero, hemos oído hablar mucho de una chaqueta verde de terciopelo. ¿No es un hecho que esa chaqueta estaba colgada en el armario del vestíbulo, a mano para cualquiera que estuviera en la casa?

—Sí.

—Y con respecto a la propia forma en que se cometió el asesinato, con un cojín conmemorativo de la Feria Mundial, ¿dónde se guardaba ese cojín?

—Era de la señora Salome. Lo tenía encima de su cama.

—Así es que cualquiera que hubiese entrado en su habitación y se hubiese enfadado con ella, hasta el punto de querer asesinarla, sólo hubiese necesitado cogerlo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Cualquiera.

—Y una última pregunta, señora Carmody. ¿Tiene usted algún motivo para creer que su marido mantenía relaciones con la señora Salome?

—No —con voz clara y fuerte—. No los tengo. No había ninguna razón para que él la matase.

Y, por fin, me tocó a mí.

Mi padre, sentado en la mesa de al lado de la de Héctor Farnum, me miraba con ojos de halcón. Sentía que su mirada me traspasaba. Cuando me citaron como testigo, le dije a mi madre:

—Mamá, yo no sé nada de este asunto. ¿Por qué quieren preguntarme?

Ella sólo movió la cabeza como si le doliese mucho.

—¿Es que no puedes hacer nada por ayudarle? —suplicó.

—¡Pero si yo no sé nada!

Y ahí estaba yo, como testigo, ante el juez y el jurado.

El señor Costa fue muy amigable. Me preguntó mi nombre, mi edad y la relación que me unía con el acusado. Y después:

—Tú trabajabas en el Hindustani Palace, donde la víctima, eh..., bailaba y tu padre tocaba, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Así que veías a menudo juntos a tu padre y a la señora Salome?

—Sí, señor —y añadí rápidamente—. Porque trabajaban juntos.

—¡Ah! ¿No los viste juntos más que cuando estaban trabajando?

—Bueno, sí. Al ir y al volver de la Feria. Y después del trabajo.

—¿Después del trabajo? —todo él era de color cuero, su cutis, su pelo, e incluso sus ojos. Pero tenía unas cejas oscuras y finas que no paraban de moverse arriba y abajo.

—Iban a comer —tragué saliva.

—¿Tuviste alguna vez ocasión de estar con tu padre y con la señora Salome cuando..., cuando iban juntos a comer?

—Bueno, no. Siempre era bastante tarde y yo estaba muy cansado. Como estoy en edad de crecer, pensaba que estaba mejor en la cama. Además, mi madre se hubiese preocupado.

—¿Que se hubiese preocupado porque estuvieses con tu padre?

—Bueno, no. Imagino que no. Pero nunca me lo pidieron.

—¿Nunca te lo pidieron?

—No. Supongo que preferirían ir a algún sitio donde hubiese cosas de beber...

—¡Oh! ¿Bebían cuando salían juntos?

—Bueno, eso me imagino. La vez que les vi estaban bebiendo cerveza...

La voz de Farnum interrumpió mi frase.

—¡Protesto! ¿Cómo iba a saber lo que hacían si nunca había estado con ellos?

—Aceptada la protesta —dictaminó el juez. Tenía un aspecto muy severo, huesudo de cara y con gafas de montura de acero.

—Haré la pregunta de otra forma, señoría. ¿Viste alguna vez a tu padre y a la señora Salome bebiendo cerveza?

—Sí, una vez. Tardaban en volver al trabajo y el señor Henry me envió...

—¿Tardaban en volver al trabajo? ¿Quiere decir que no era después del trabajo? ¿Quizá a media tarde?

—Sí, señor. Creo que serían las seis.

—¿Y salían a menudo a media tarde?

—De vez en cuando. Para hablar sobre el ritmo o sobre los arreglos musicales o cosas así...

—¿Viste alguna vez a tu padre tocar a la señora Salome?

—¿Tocarla? —ahí apareció de nuevo mi temblor de voz.

—Sí, tocarla, cogerla la mano, rodearla con su brazo, darle palmaditas en el hombro...

Me retorcía en mi asiento mientras trataba de recordar.

—No lo creo.

—¿No te parece eso extraño? Trabajando tan estrechamente unidos, ¿no te parecería natural que tuviesen algún tipo de contacto físico...?

—¡Protesto, su señoría! —gritaba el señor Costa, aunque a pesar de ello, el señor Farnum consiguiese terminar la frase—: «...a no ser

que, deliberadamente, evitasen el contacto en público»?

—Aceptada la protesta —dijo el juez, y dirigiéndose al jurado—. No tomen en consideración esta última pregunta.

El señor Costa se apoyó en la baranda y me miró de cerca.

—¿No es un hecho, Francis, que si hubieses visto a tu padre y a la señora Salome en el más apasionado de los abrazos, te negarías a admitirlo?

Miré a mi padre, al otro lado de la sala.

—No, señor —contesté en voz muy baja—. No lo admitiría. Después de todo, es mi padre.

—Protesto —gritó el señor Farnum.

—Denegada la protesta— dijo el juez.

13

Es curioso, cuando se es niño, resulta difícil recordar lo que sucedió unos días antes. Pero cuando se es mayor, tan mayor como yo, lo pasado se recuerda mejor que lo reciente. Es así.

Recuerdo al padre Connolly llamando a la puerta aquella mañana del mes de noviembre. Yo estaba en la cocina tratando de conseguir algo para desayunar cuando oí el ¡riiing!, y palabra de honor que por un momento me quedé clavado pensando en que al abrir iba a encontrarme con Tamara y con Lurlane, allí fuera, con sus sonrisas, y sus vestidos azul y rosa.

Recuerdo que tuve que despejarme dando unos cuantos paseos por el vestíbulo hasta que volvió a sonar el timbre. Y enseguida supe quién era al ver a través de los visillos de la puerta el abrigo negro. Abrí y dije:

—Buenos días, padre.

Alargó su mano y estrechó la mía.

—Hijo mío —dijo cariñosamente.

—Pase —me aparté a un lado y le dejé entrar. Afuera estaba lloviendo. Se sacudió el agua del abrigo y yo se lo quité y lo colgué en el perchero.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó dulcemente.

Señalé hacia la puerta de su habitación y contesté en voz baja.

—No ha salido de su cuarto desde el día de la sentencia.

El padre Connolly movió con tristeza su canosa cabeza.

—Pase y siéntese, padre —insistí—. A lo mejor quiere salir a verle a usted.

—Dile que tengo buenas noticias.

—¿Sí? ¿Sobre mi padre?

—¡Ay, no! —unió sus manos—. Ya me gustaría. Su abogado ha presentado recurso, ¿no es así?

—Creo que sí. Voy a llamarla.

Llamé suavemente a su puerta, y dije en el tono más alegre que pude:

—Mamá, ha venido el padre Connolly. Quiere verte.

No hubo respuesta alguna. Llevaba así tres días seguidos.

Pegué el oído a la puerta. Oí unos débiles ruidos y al poco:

—¿Buenas noticias? —apenas parecía su voz.

—No sobre lo que estás pensando. Sobre otra cosa.

Más ruidos.

—Dile que no..., que no estoy... para visitas.

—Por favor, mamá. Te vas a poner enferma.

Una pausa, un ruido que yo tomé por un largo suspiro.

—Estoy enferma.

Esperé unos minutos, seguí rogando, pero lo único que oí ya fue el silencio. Me encogí de hombros y fui al salón junto al padre Connolly.

—Lo lleva muy mal —le dije.

—Lo creo. Lo creo. Es una pesadilla —parpadeó. Su cabello, bueno el poco que tenía, estaba mojado. Una gota de agua resbaló desde su frente hasta el montante de la nariz. Se la sacudió.

—Lo superará con el tiempo —me creí obligado a asentir—. Es bastante fuerte.

—Sí, es fuerte, sí —estaba sentado en la mecedora, balanceándose para adelante y para atrás, y de pronto se detuvo—. Bueno, pues no hay ninguna razón para que no te pueda dar a ti las buenas noticias. He encontrado colocación para ti, Buddy. Y con futuro.

—¿Sí? —me senté enfrente de él—. ¿Dónde? ¿Qué hay que hacer?

—Hay un muchacho en el centro al que conozco hace muchos años, que tiene un negocio de artesanía sacra. Tenía un hijo, que le mataron en la guerra, y mi amigo, que ya se está haciendo mayor, y ¿quién no?, está pensando en retirarse. «Yo me retiraría, padre», me dijo, «pero no tengo a nadie que se encargue de la tienda. Lo que necesitaría sería un joven decente y educado que se interesase en aprender el negocio. Luego, una vez que estuviese a punto, haríamos algunos arreglos financieros y ya está, asunto resuelto. Podría ir pagándolo anualmente y así yo tendría mi rentita... ¿Usted no conoce a alguien así?», me preguntó y al momento pensé en ti.

—¿Aquí? ¿En Chicago? Yo quería ir a Nueva York. Desde que era niño...

El padre Connolly se inclinó hacia delante.

—Te puedo asegurar que es una oportunidad única. Fíjate que, en estos momentos que están las cosas tan mal, a Harry MacCormack, así se llama él, le quedan limpios seis mil dólares al año. Y bien, ¿qué te parece esa cantidad? —dijo con una risa ahogada—. ¡Tendrías incluso que pagar impuestos!

—Pero en Nueva York hay muchísimas oportunidades. Mi madre podría vender la casa y con eso tendríamos lo suficiente para ir tirando hasta que yo me situase. Incluso había pensado en que yo podía meterme a hacer teatro, como cantante, ya sabe. Necesitaría quizá un poco de rodaje, pero como usted mismo dijo, yo tengo cierto talento.

La puerta de la habitación de mi madre se abrió de repente, golpeando contra la pared. Fue tan súbito que ambos saltamos en nuestros asientos. Era ella, con la bata a medio abrochar y el pelo suelto y desordenado. Jamás en su vida había aparecido así ante una visita, fuera quien fuese, y mucho menos ante un sacerdote.

—No estoy dispuesta a vender la casa —su voz sonaba a hueco—. Ni voy a salir corriendo con el rabo entre las piernas. ¡No estoy dispuesta! ¿Me oyes?

—Mamá... —me levanté y corrí hacia ella—. Abróchate la bata. Está el padre Connolly y...

Me miró a la cara. Jamás me había mirado así. Me puse a tartamudear.

—Mamá..., ¿qué te pasa?

Me cogió, me dio un violento empujón y cerró de un portazo. Oí el ruido de la llave.

—¿Qué le pasa? —pregunté al padre Connolly. Se había ido hasta el dintel de la puerta. Meneó de nuevo la cabeza.

—Yo, en tu lugar, llamaría al médico, Buddy. Creo que tu madre está en medio de una crisis. Rezaré seis avemarías por ella, y le pondré una vela.

Yo me quedé boquiabierto. Nunca había estado tan asustado. La mujer que estaba detrás de aquella puerta no era mi madre. En absoluto. Y la culpa de que estuviese así era sólo de él. «¡Qué lástima!», pensé lleno de rabia, «¡qué lástima que no le ejecuten y acabe todo esto de una vez!» Cadena perpetua. Cada día que él viviera, ella seguiría sufriendo.

No, me dije a mí mismo apretando los dientes. No, no puede ser. Con el tiempo lo superará y seguiremos adelante, como antes, sólo que ahora yo seré el hombre de la casa y nunca me pareceré a él. ¡Nunca!

—Creo que es mejor que acepte ese trabajo, padre —murmuré—. Al menos por ahora, hasta que todo se vaya arreglando. Pero no prometo quedarme. Sólo sé que siempre he querido ir a Nueva York.

El padre Connolly, asintió:

—Te alegrarás, Buddy. Yo te prometo que te va a encantar. Después, cuando lleves tú el negocio, podrás ayudar a tu madre a sobrellevar las penas que ha tenido que soportar.

Así que me puse a trabajar vendiendo crucifijos, rosarios, anillos de la Orden de Colón y candelabros de Adviento de cristal tallado, en nombre del señor Mac Cormack. El médico, que entonces era el viejo doctor Finnegan, venía a ver a mi madre, aunque ella no quería verle; siguió durante mucho tiempo encerrada en su habitación. Sin embargo, una mañana me di cuenta de que empezaba a mejorar, porque encontré platos sucios en el fregadero de la cocina y vi que había comido algo de noche.

Jimmy ingresó en el Conservation Corps y se fue a plantar árboles al Estado de Washington. Al sargento Crosby lo mataron en una refriega contra los del hampa un par de años después, y Jimmy vino al funeral. Parecía mucho más alto y corpulento y, desde luego, mayor. Me contó que había conocido a una chica en Washington, cuyo padre

era dueño de una compañía maderera, que se iba a casar con ella y a entrar en el negocio. Le deseé buena suerte, cosa innecesaria, pues siempre la tenía.

El señor MacCormack estaba listo para retirarse, pero se lo tomaba con mucha calma, y yo conocí a una chica con la que decidí casarme. Se llamaba Lila Terhune, y no sólo era atractiva, sino que además era universitaria. Pensé que sería muy bonito tener alguien con quien hablar al volver del trabajo, alguien que ayudase a mantener la casa arreglada pues, aunque mi madre estaba mejor y ya no se pasaba todo el día encerrada en su cuarto, no parecía mostrar mucho interés por la limpieza, y la casa era, desde luego, bastante grande. Yo había terminado por cerrar los pisos altos e hice instalar un pequeño cuarto de baño abajo, donde antes estaba la despensa.

El caso es que se lo propuse a Lila y ella aceptó. Aceptó tiernamente, incluso dejó que la besase, y le dije que quería que viniese a casa para que conociese a mi madre. Le conté algo acerca de mamá —de él, no, jamás hablábamos de él en casa—, que había estado enferma mucho tiempo y que ahora ya estaba mejorando y que no tenía por qué preocuparse, que ella, Lila, se haría cargo totalmente de la casa. Lo único, que mi madre tendría que vivir con nosotros.

Mis planes eran que Lila viniese a cenar un domingo por la noche para que me quedase tiempo de limpiarlo todo y preparar la comida. Le dije a mi madre que iba a venir. Asintió y pasó los dedos por el arpa, que ahora guardaba en su dormitorio. Pero nunca habló de él, ni una sola vez, y yo tampoco.

Lila vino ese domingo alrededor de las cinco y media; yo pensé que el salón ofrecía realmente un aspecto muy acogedor. Le había sacado brillo a los muebles como hacía mi madre. Hice sentar a Lila en el sofá y le dije que estaba muy guapa. Tenía un pelo suave y dorado, no del tono de Lurlane y de Tamara, sino más trigueño. Después fui a buscar a mi madre.

Llamé suavemente a la puerta de su habitación.

—Mamá, ya está aquí Lila. ¿Estás lista? —esperé un poco inquieto su respuesta. No teníamos muchas visitas últimamente; el padre Connolly había fallecido y mi madre no quería ni ver a la señora Hennessey.

—En seguida estaré —dijo. «Gracias a Dios», pensé, «parece la misma de siempre». Volví con Lila y estaba explicándole que la fotografía de encima de la chimenea era de mis abuelos, los O'Malley, en el día de su boda, cuando mi madre abrió la puerta.

Estaba sin vestir, en bata, creo que es lo primero que advertí. Lo segundo fue que tenía en la mano, la pistola del señor Hall y que apuntaba con ella a Lila.

—Echa a esa perra fuera de esta casa —gritó moviendo la pistola.

Bueno, después de esto, perdí un poco el interés y dejé de buscar con quién casarme. Parecía que cada vez que mencionaba el nombre de una mujer, mi madre recaía en su enfermedad. Lo consulté con el doctor Nelson y me dijo que a sus setenta años ella tenía muy buena salud, y cuando le pregunté que si estaba loca, me dijo que no, que no creía que estuviese enferma de la mente, sino más bien del corazón. (Por supuesto que él no era tampoco un jovencito, quizá por eso hablaba así.)

—Sin embargo, a veces se comporta como si estuviese loca —le dije.

—¿Y nosotros no? —replicó el doctor Nelson.

14

La llamada de teléfono fue a última hora de la tarde; por suerte, acababa de llegar del trabajo. Aunque sabía que se produciría algún día, cualquier día, no fui capaz de decir casi nada, era como si de repente tuviese algo en la garganta. Así que lo único que hice fue escuchar y graznar algún sí, no, hasta que mencionaron la carta.

—¿Una carta? —pregunté, y la burocrática voz del otro lado respondió:

—Se la enviaremos pronto —y colgó.

Me quedé allí viendo cómo mi mano colgaba el teléfono. Me di cuenta que tenía la otra mano ocupada encendiendo y apagando el mechero. Llama, no llama. Luz, no luz. Vida, no vida. Había imágenes en la llama.

Entonces oí algo por fuera de la casa y miré.

La señora Hennessey daba golpecitos en su ventana y me hacía señas de que fuese. Asentí con la cabeza, colgué mi chaqueta de lana en el armario y me puse el abrigo. El viento que venía del lago Michigan soplaba fuerte arrastrando arbustos de espirea secos y desparramando hojas de olmo por el jardín. Llega el invierno, susurraba el viento roncamente, otro largo invierno.

La señora Hennessey, que me esperaba junto a la puerta, la abrió lo justo para que yo entrase y la cerró enseguida para dejar fuera al viento.

—Tengo otro Tippy —me dijo con su cascada voz, toda excitada —. Creí que te gustaría verlo.

—¿Cuántos van ya? —di unas palmaditas al cachorro. Me lamió la mano e hizo unos pequeños gimoteos.

La señora Hennessey recapacitaba.

—He perdido la cuenta. ¿Cuatro? ¿O cinco? Me han durado una media de diez años quizá. No me puedo acordar exactamente, pero cada vez que tengo uno me siento rejuvenecer. Me siento como en los días del primer Tippy, ¿recuerdas? Ven a la cocina, te haré una taza de café. ¿Cómo van las cosas por tu casa?

—Igual —seguí sus lentos pasos a través del estrecho vestíbulo; sabía, sin mirar, que nada había cambiado. Terciopelo teñido sobre la mesa del salón, pañitos en los brazos y en los respaldos de los sillones... El Fin del Camino colgado sobre la repisa de la chimenea, con el cristal roto por encima de la cara del indio. Todo seguía igual, exceptuando al nuevo Tippy.

Bueno, no exactamente igual. La señora Hennessey envejecía ahora más rápidamente. Supongo que andaría por los ochenta. Qué curioso, ya pensaba que era una vieja, cuando yo era niño. Tendría

entonces unos cincuenta años, la edad que tengo yo ahora, aquel verano en que por primera vez me fijé en ella.

Aquel verano en que la dama de mis sueños abrió sus preciosos ojos azules y vio a la muerte sonriéndola. Aquel verano. Avanzaba tan despacio, tan lento, tan pastoso… Conservo en mi mente hasta el más mínimo detalle: colores, imágenes, sonidos… Lo que él había dicho, lo que ella contestó. Y mientras, la vida florecía como una rosa que moriría antes del otoño.

Aquel verano. Aquel verano que vino y se fue, pero que se quedó flotando por encima de todas las estaciones.

—Recorté esto del periódico de Indianápolis para que lo vieses —dijo, saliendo de mi trance, últimamente cada vez me daban más, y tomé el recorte que la señora Hennessey me entregaba con sus retorcidos dedos—. Ya sabes que mi hijo se fue a vivir allí hace cinco años y me manda el periódico. Lo he guardado para ti. ¿La reconoces? Yo al principio no. Ha envejecido, como todos. Je-je-je —se rió como las viejas.

Me quedé mirando a la mujer de la foto, rubia y con un abrigo de pieles. Sonreía fatuamente a la cámara. Llevaba al cuello un diamante. «La señora Cárter Pender inaugura la fiesta de Bellas Artes», leí. La reconocí, claro.

—Tamara Salome. Ahora tiene otro nombre. ¿Qué habrá sido del señor Hall?

La señora Hennessey volvió a su je-je-je.

—Pues, ¿qué va a ser? Más tarde o más temprano, al cementerio. —Su voz se fue desvaneciendo—. Más tarde o más temprano.

Me bebí el café de un trago.

—Me tengo que ir. No me gusta dejarla sola mucho tiempo.

—Creí que tenías a alguien para cuidarla. —Acarició el cachorro, que tenía en las rodillas—. A mí no me importaría, pero ella no quiere saber nada de mí.

—Aquello no cuajó. Duró sólo un par de semanas. He puesto otro anuncio en el periódico. Ya veremos qué pasa. Me alegro del nuevo Tippy. Le hará compañía.

—¿No había un coche de bomberos el otro día en tu casa? —Sus viejos ojos brillaron.

—Sí. Un pequeño incendio en el ático. No fue mucho.

—¿Lo hizo ella?

—Me temo que sí. Fue un accidente, por supuesto. Pero eso es lo que asustó a la enfermera. Le gusta fisgonear por el ático. Llevaba años guardando cosas allí. Menos mal que yo estaba en casa v al no verla, me preocupé. Después lo negó. Supongo que me vería enfadado. Pero la enfermera se dio cuenta enseguida. Se lo dijo. La verdad es que no me importó mucho. Era bastante estrecha de mente y hablaba

demasiado. Me refiero a la enfermera. Me ponía nervioso.

La señora Hennessey se estremeció.

—La verdad es que comprendo a la enfermera. Supongo que estarías preocupadísimo.

—No es de la cabeza, ya sabe —aseguré—. Lo que le pasa es que tiene sus días malos. Eso le pasa a cualquiera.

—Qué lástima —la señora Hennessey echó su silla hacia atrás con esfuerzo y se levantó con el perro en brazos—. Si no encuentras a alguien la tendrás que llevar a un asilo.

—No podría. No, no podría.

—No lo ha superado, ¿verdad? —empezamos a desfilar por el vestíbulo.

—Del todo no. No.

—Verdaderamente, estaba loca por ese hombre.

No fue una contestación, no hablaba con ella cuando dije:

—Jamás pude comprenderlo.

La señora Hennessey tenía al perrito muy cerca de su cara.

—Yo tampoco. Pero, por otra parte... —su voz se perdió.

—¡Mujeres! —no pude evitar el decirlo—. Aunque viva cien años, nunca entenderé a las mujeres.

—Bueno, cómo te diría yo... —la señora Hennessey besó al perrito en la cabeza—. Somos bastante especiales, me he dado cuenta. Siempre queremos lo que es peor para nosotras. Sencillamente, nos enamoramos de los hombres más despreciables, esa es la verdad. Fíjate en mi marido, muerto y enterrado desde hace tantos años; hombre de peor catadura no es fácil de encontrar, y, sin embargo —con un estremecimiento—, todavía le echo de menos.

—Usted quédese con los terriers, señora Hennessey —le aconsejé. Me levanté el cuello del abrigo y agarré el picaporte—. Le irá mejor.

—Parece que no tengo mucho donde elegir. Hasta luego, Buddy. Vuelve cuando quieras. A veces me siento sola, ya sabes. La gente no viene mucho por aquí, como antes. Sólo quedamos algunos viejos y siempre estamos encerrados en casa.

—Hasta luego, señora Hennessey —cerré la puerta tras de mí y anduve cabizbajo por el desvaído césped. La anciana me daba pena, pero la verdad, no es que me apeteciera mucho ir a verla. Sin embargo, iba cada vez que me lo pedía. La vieja señora Hennessey formaba parte de mi vida. Era como las varices. Aunque no las quieras, las tienes. Y como las tienes, hay que cuidarlas.

Alguien me llamo desde la calle. Levanté la cabeza para ver al basurero que bajaba del camión.

—¿Ha habido un incendio, en su casa? —gritó. Señaló los cubos de la basura. Se veían restos carbonizados y desde el jardín me llegaba casi su olor acre.

Asentí con la cabeza, ¡vaya una pregunta! Estaba vaciando los cubos. Distinguí entre las basuras algo enmohecido que puede que alguna vez hubiese sido un cojín, un trozo de tela verde brillante.

—Hay que deshacerse de todo —grité al viento.

El basurero se paró un momento y me miró. Me volví y entré en casa. Puse el oído en su puerta; todo estaba en calma, gracias a Dios.

Me quité el abrigo, lo colgué en el armario del vestíbulo y me volví a poner la chaqueta de lana. Tenía que hacer unas llamadas para preparar un funeral. Un funeral que se había hecho esperar mucho tiempo.

Entregaron el cadáver al día siguiente, lo que me supuso un viaje al depósito. Fui, lo hice todo y volví, pero no recuerdo muy bien cómo. Al volver, durante un fugaz instante, vi la casa como era antes. Sólo en ese instante, al volver de la funeraria.

Aparqué el coche y al levantarme del asiento sentí el sobre en el bolsillo. Pensaba leer la carta en privado y luego deshacerme de ella. No tenía por qué sobreexcitar a mi madre con mensajes de ultratumba.

Acababa de cerrar la puerta de la calle cuando mi madre abrió la suya.

—Hola, mamá, ya he vuelto.

El vestíbulo estaba oscuro; sentía que estaba allí, aunque no la viese, por el borroso halo de su pelo gris. Se había peinado. Unas veces se peinaba y otras no.

—¿Dónde has estado? —me preguntó. Dejé escapar un suspiro de alivio. Era uno de sus días buenos.

—En el trabajo, naturalmente —me desabroché el abrigo, pero no me lo quité. La carta me quemaba en el bolsillo—. La nueva tienda marcha muy bien.

Mi madre salió de las sombras. Se había arreglado muy bien el pelo, se había hecho un moño, como antes. Llevaba guantes y bolso. Dije, intentando no aparentar sorpresa:

—¿Vas a salir?

—Ha muerto, ¿verdad? Anoche te oí hablar por teléfono.

Me distendí. Había estado pensando cómo decírselo. El caso es que ya lo sabía, y se lo había tomado mucho mejor de lo que yo esperaba.

—Ocurrió anteanoche. Dicen que fue un enfisema, de los pulmones. Murió mientras dormía.

—Me dejó una carta, te lo he oído. Dámela —empezó a ponerse los guantes.

—Han dicho que la mandarán por correo —maldita sea. Hubiese preferido que no supiese nada de ella. ¿Qué hacer? Podía decir que se había perdido en el correo.

—¿Dónde está su cuerpo? —ya tenía puestos los dos guantes—. Quiero verle.

—En la funeraria de Bradley. No hace falta que vayas. Ya lo he arreglado yo todo.

—¿Y cómo lo has dispuesto? ¿Por qué no me has preguntado?

—Pensé en algo sencillo. Sólo somos nosotros...

—Tiene amigos. Donal siempre ha tenido muchos amigos —abrió el armario del vestíbulo y se puso a revolver en busca de su abrigo. Yo lo había puesto al fondo.

—¿Después de tantos años? Mamá, no habrás pensado en un gran funeral, con velatorio y todo eso...

—Quiero hacerlo como Dios manda, Francis —encontró el abrigo y se lo puso. Le quedaba demasiado largo, pero como no se había comprado ropa en todos estos años... Yo iba renovando lo que estaba viejo, pero para qué comprar un abrigo, si no salía nunca...

Aunque ahora, ahora que él no estaba, todo iba a marchar mucho mejor. Quizá había estado todos estos años esperando liberarse de él. A lo mejor todo consistía en eso. Mi madre no era de las que olvidan fácilmente. Ni siquiera yo lo había conseguido.

—Bien, si quieres nos acercamos —dije con un esfuerzo—. Pero no creas que está como le recuerdas. Ha pasado mucho tiempo.

Hizo un gesto con la cabeza, pero la verdad es que no sé si me oía. La metí en el coche y me sumergí en el tráfico. Por el camino le iba señalando los edificios que habían cambiado, los nuevos barrios...

—¿Ves? Aquí, donde estaba la tienda italiana y el restaurante han edificado unas torres de apartamentos.

Ella hizo algunos comentarios y pensé que sí, que gracias a Dios ya iba a ponerse bien. ¿Por qué no habría muerto hace años en lugar de aferrarse tanto a la vida, y haberla tenido presa durante tanto tiempo? ¡Tan presa como él mismo! ¡Dios, el poder que había tenido ese hombre sobre ella! Pero por fin se acabó. La carta me pesaba en el bolsillo. Hay que deshacerse de ella, me dije, deshacerme de ella cuanto antes.

Se portó muy bien en la funeraria. Estuvo mirándole un rato; yo me obligué a mirar también. Me equivoqué al decirle que estaba muy cambiado. Quedaba algo de la belleza que tenía... Había que reconocer que había sido guapo.

Ni lloró ni se emocionó. Le miró un rato, hizo un gesto con la cabeza y se retiró.

—Le velaremos en casa —anunció a Bradley.

Me puse a discutir con ella, porque ya no había contado con eso en absoluto. Pero no seguí. Era mejor dejarla hacer lo que quisiera, era más importante que volviese a ser la de siempre. A lo mejor no era tarde. Yo aún no era viejo, ni de broma, con cincuenta y tres años. Eso

no es ser viejo.

Terminamos el papeleo y la llevé a casa.

—¿Qué te parecen unas chuletas de cerdo para cenar, mamá? El otro día me las dieron buenas en el mercado. Yo las preparo.

—¿Cuándo crees que me llegará la carta? —parecía una chiquilla esperando un mensaje de amor.

—Supongo que dentro de un par de días. Ya no se puede fiar uno del correo.

Si era una carta como las de siempre, se la dejaría leer. Pero antes tenía que leerla yo.

—Me parecen bien las chuletas, Francis. Con trozos de manzana y cebolla. Como le gustan a tu padre.

Después de que se fuera a la cama llevé el sobre a la cocina y lo abrí con la ayuda del vapor. Estaba escrita a lápiz en papel rayado. La letra no era como yo la recordaba, sino más apretujada y con menos florituras.

Decía:

Querida Beulah: Te habré escrito quizá mil veces durante todos estos años, pero ésta será la última. Al principio las mandaba por correo, pero me volvían con un «domicilio desconocido» escrito en el sobre, con letra de Buddy. Así que después, lo que hice fue escribirlas y luego romperlas.

Digo que ésta será la última porque te llegará cuando yo haya muerto. Seguro que ésta te la dejará, qué más da ya. Me gustaría decirte que daría cualquier cosa con tal de que me perdonases por todo lo que te he hecho. He sido tonto, absurdo, pero nunca quise hacerte daño. Sí, Beulah, ¡yo te quería!

»Cuando sucedió aquello tan horrible en nuestra casa, no pude creérmelo. En el juicio pensaba que todo era una pesadilla, que estaba soñando y que cuando me despertase se acabaría. Pero no me desperté y aquello nunca se acabó. Me quedé atrapado en esa pesadilla por el resto de mis días. Y lo peor no ha sido eso, sino que tú también estabas atrapada.

»He tenido mucho tiempo para pensar en quién mató a Lurlane Salome, porque, claro, no fui yo. Y espero que me creas, te lo juro por Dios.

»Aquella chaqueta verde mía se la pudo haber puesto cualquiera, Beulah, y cualquiera pudo haber subido de madrugada a la habitación, coger aquel cojín y ponérselo en la cara mientras dormía. Cualquiera, incluso tú.

»Sé que eras una mujer celosa, figúrate si lo sé. Al fin y al cabo me disparaste aquella noche con una pistola; muchas veces he lamentado que fallases y no volvieses a intentarlo. Reconozco que has tenido motivos. Si lo uno contribuyó a lo otro, no te lo puedo decir, y

de todas formas es agua pasada y no quiero entrar en ello. De cualquier forma, llegué a pensar que habías sido tú la que la había matado. Pero al cabo del tiempo se me quitó esa idea. No me hubieses dejado pudrirme en la cárcel tantos años. No hubieses soportado vivir con esa mentira. Puede que alguna vez se te pasara por la cabeza para vengarte, pero nunca lo hubieses llevado a cabo. No me pareces una mujer vengativa, Beulah.

»Así que me puse a pensar en los demás. ¿La hija? Por supuesto que no. ¿Hall, Dawes o Pfenn? ¿Por qué motivo? Y entonces fue cuando empecé a imaginármelo todo. Te lo tengo que decir con mucho cuidado, para que seas capaz de creerme. Sabía que iba a tener problemas, aunque no la hubiese matado yo.

»Antes te dije que eras celosa, y puede que en eso él haya salido a ti. Bueno, no te estoy echando la culpa, pero de algún sitio tiene que haber surgido esa tendencia tan fuerte.

»En cualquier caso, ahora me doy cuenta de que él siempre tuvo celos de mí. Y también de cuánto te quería, quizá demasiado. Era muy joven, ¿comprendes?, y creía que yo te estaba haciendo daño. Imagino que se enteró de lo de Genna y además Lurlane me dijo que él le había amenazado, pero yo no me lo tomé lo suficientemente en serio. Quiso que me apartase de ella, pero el caso es que nuestra relación, Beulah, la relación entre Lurlane y yo, era totalmente inocente. Inocente de verdad, te lo juro. Entonces, ni le prestamos atención ni vimos el peligro que existía, simplemente era como si hubiésemos sido insultados por un niñato empeñado en hacer acusaciones falsas.

»Ahora lo entiendes, ¿verdad? Como vio que no podía romper nuestra relación, nuestra amistad, entiéndeme, llegó a la conclusión de que deshaciéndose de ella, también se deshacía de mí. En fin, sé que es difícil creer que nuestro propio hijo odiase tanto a su padre y amase tanto a su madre como para hacer algo tan monstruoso: ponerse mi chaqueta y encender la luz para estar seguro de que esa vecina tan fisgona pudiese jurar que había sido yo.

»Pero lo hizo, Beulah, sé que lo hizo. Está tan claro como el agua. Ahora, mientras escribo esto, de repente me entra la duda de si, después de todo, debo mandarte esta carta. ¿Para qué sirve ahora? ¿Y de qué iba a servir antes? Aunque hubiese podido probarlo, cosa que no podía, me lo hubiese pensado mucho antes de cambiarme por él.

¿Qué más da? ¿El aquí, detrás de los barrotes y yo allí, fuera, mirando al ancho mundo con unos ojos llenos de culpabilidad...?

—Quiero mi carta. Al oír la voz de mi madre detrás de mí, me sobresalté. Involuntariamente estrujé las hojas y las escondí a mis espaldas mientras me daba la vuelta.

Inspiré profundamente.

—No te la puedo dar, madre, créeme, es mejor. No te haría

ningún bien. No te puede hacer ningún bien. Dice cómo la mató y cuánto la amaba, y te pide perdón…

Tenía el pelo suelto y estaba en bata. Ese rizo de siempre, ahora gris, le caía sobre la frente. Sus ojos echaban chispas.

—El me amaba a mí —gritó llorando—. Hasta que no se deshizo de ella no me había dado cuenta. Esa fue la prueba… Ha sido lo más bonito que ha hecho nunca por mí. ¡Quiero mi carta!

Sus palabras retumbaron como címbalos dentro de mi cabeza. De pronto, me sentí vacío, como si estuviese hueco y mis paredes comenzasen a derrumbarse. Quise decir algo, pero no pude, así que le entregué la carta arrugada. La cogió y echó a correr perseguida por el vuelo de su bata. Mientras se alejaba, aullé:

—Lo hice yo, mamá, lo hice yo. Porque era yo el que te quería. El no, mamá. Yo. Yo. Yo…

Mi voz batía sobre las rocas, como el mar contra la costa. Veía luz, no luz, vida, no vida. Había imágenes en la llama.

Créditos

Título original: *The Sad, Sudden Death of My Fair Lady*
Stanton Forbes, 1971
Traducción: Annie Pinto y Miguel Ángel Mendo
Editorial: Forum, 1983
ISBN: 978-84-85604-65-4
Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford / Rbear*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a HTML con Word
Convertido a QED con QualityEbook
Retoques de QED con Notepad++
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor
Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.
Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura